

SEGISAMUN AYER: SASAMON HOY

CUATRO PALABRAS SOBRE ESTE ANTIGUO PUEBLO EN LA
ÉPOCA ROMANA Y LOS RESTOS QUE DE ELLA CONSERVA EN
LA ACTUALIDAD

NOTAS DE UN VIAJERO

I.

EN el itinerario de Antonio Augusto Caracaya se encuentra el camino de *Italia in Hispania*, y en él colocado *Segisamone* entre *Birovesca* (la actual Briviesca, punto donde se separaban los caminos de Zaragoza y Pamplona) y la *Cobriga*, situado cerca de Carrión de los Condes en el camino que se llama Francés. La distancia marcada de Briviesca á Sasamón es de cuarenta y siete millas, y de treinta la de Sasamón á la Cobriga. Otro camino describe el citado itinerario, y que se titulaba *Ab-Asturica Tarraconem*; en él aparecen *Segisamone* entre los pueblos de *Dessobriga*, que estuvo cerca de Osorno, en el mencionado camino Francés, donde aún se conoce la calzada, y á la distancia de quince millas, y de *Obrigula*, que estaba en lo que hoy se llama Rabé de las Calzadas, siguiendo el dicho camino Francés, que también se llamó después de Peregrinos,

el que, pasando por Burgos, se dirigía por *Manciles* y *Ornillos del Camino* hasta el dicho de *Obrigula*, recorriendo una distancia de quince millas.

Estas indicaciones hacen ver que por el actual pueblo de Sasamón, Segisamone romano, pasaban dos grandes vías que se confundían en una, en las inmediaciones de él.

Vamos á relatar lo que hemos visto, teniendo en cuenta á la vez lo que indican los historiadores; y como nuestra visita á dicho pueblo tuvo lugar hace algunos años, prescindiremos de la actual carretera provincial, que poco hace á nuestro objeto.

Contábase la distancia de Burgos á Sasamón, de cinco leguas; cruzaba el camino, por el Puente del Arzobispo, el río Arlanzón, y entrando en el pueblo de Tardajos, pasaba junto á una antigua basílica, que se llamaba Santa María; obra de fines del siglo X hasta mitad del XI: y sea dicho aquí de paso, ha desaparecido por completo. La casualidad hizo que unos cuantos preciosos capiteles pudieran recogerse, y se hallan en el Museo Provincial de Burgos. Pasaba luego el camino junto á la fábrica de harinas de Las Quintanillas: ascendía difícilmente al páramo de Citores, pueblo célebre por su aún más célebre preceptor de latinidad en el primer tercio de este siglo, y descendiendo luego por una rápida pendiente, se entra en una llanura, en la que sobre una colina aislada está edificado Sasamón.

Ocupa la actual población, y más extensamente la romana, la meseta y las laderas de Oriente y Norte; por Mediodía y Poniente los fuertes declives del terreno imposibilitan la construcción. Desde estos sitios se extiende la vista sobre anchísima vega, cuyo lejano horizonte limita alturas correspondientes á la provincia de Palencia, y cuyas aguas vierten á la región hidrográfica del Duero. En esta vega hay muchas poblaciones; corre de Mediodía á Norte y pueden considerarse como sus límites, de un lado, las alturas sobre quienes se asienta Castrojeriz y del otro Villadiego.

Fué Sasamón villa de mucho vecindario. Cuando la guerra de la Independencia, algunos de sus vecinos se declararon en favor de los invasores: el ejército francés, teniendo en

cuenta la estratégica posición del pueblo, consignó en él numerosa guarnición y uno de sus principales puestos de etapa. Estos hechos produjeron que, al retirarse el ejército extranjero fuera incendiada la villa y destruída en su mayor parte. Una de las más dolorosas ruinas de aquel tristísimo suceso fué la Colegiata, la que principiada en el siglo XI y terminada en el XIV, aún hoy demuestra el valer artístico y la grandeza de sus constructores.

Consérvanse aún grandes trozos de las murallas cristianas de los tiempos de los Reyes de Castilla, aportilladas en muchas ocasiones y vueltas á construir. Existen también en ellas, y en bastante regular estado, dos arcos que sirven de ingreso á la población y que han sufrido grandes reformas y retoques en los siglos XV y XVI. En los dos tercios del perímetro, el caserío ha rebosado de las murallas, quedando éstas arrasadas en unos sitios para dar fácil ingreso á las nuevas calles y formando, en otros, parte de las nuevas edificaciones.

Es el Sasamón de hoy una villa castellana, y con esto queda dicho cuán poca cosa ofrecerá al viajero que por primera vez y sin antecedentes penetra en ella. Es la policía urbana artículo de lujo en la mayoría de los pueblos; la modestia española no se permite innovar las antiguas y patriarcales costumbres de nuestros antecesores los iberos, los cántabros y los godos. De que los romanos procuraban el saneamiento de las poblaciones y la comodidad de los caminos, testigos son las grandes cloacas y los restos de sus calzadas, que han podido resistir la injuria de los siglos: nosotros debemos destruir todo lo que de aquella época y aun de otras más recientes llegamos á ver: y cuando la piqueta del contratista de obras públicas no arranca los sillares de antiguo templo, de histórico castillo, ó de estratégica atalaya, para arrojarlos en el firme de alguna carretera; nuestros hijos, ejercitándose en el manejo de la honda, toman por blanco de sus pedradas las molduras, los calados, las estatuas, los relieves, los capiteles y los mil primores de los pórticos y fachadas de los templos, que levantó la piedad, que consagró el culto, que engrandeció la historia; y á quienes la ciencia, la patria y la arqueología miran como irrecusables pruebas de antiguos días de

material grandeza, de científica fuerza, de patriotismo y de fe. Tal ha sucedido con la portada bizantina de Occidente de la Iglesia de Santa María de Sasamón; lo propio á la segunda portada de las dos que tiene al Mediodía, y no poco también está hoy destruído á pedradas en los pilastrones, doseletes y estatuas de la gran portada del mismo lado, correspondiente al crucero, que había sido maravillosamente restaurada en el siglo XVI. El incendio destruyó todo el cuerpo principal de la iglesia, que fué sede de los Obispos ascendientes de los de Burgos.

Destruídos los adornos exteriores y apesar de los estragos del incendio, obsérvase perfectamente que el templo se principió bajo la forma bizantina en el siglo XI, que fué reformado notablemente, recibió y completó su forma definitiva en el siglo XIV; y que en el siglo XVI con nuevas é importantes transformaciones se le añadió una decoración tan espléndida, como notable y de buen gusto. De este siglo son la portada del crucero que hemos mencionado, el coro catedralicio, cerrado en la nave central; la magnífica pila bautismal, bella por su construcción, extraordinarias dimensiones, delicadeza, buen gusto y minuciosidad de sus adornos; y el claustro procesional, cuyas bóvedas destruyó el incendio y que hoy está destinado á cementerio de la villa.

Entrando por la puesta de Occidente y en el muro de la izquierda está colocada la lápida romana de que habla y copia el P. Flores en la pág. 21 del tomo XXVI de su *España Sagrada*. En el claustro, cuando nosotros lo visitamos, más bien en sus ruinas, y sobre la puerta que daba entrada á la iglesia, existían dos estatuas de mármol, cuarta parte del natural, de buen dibujo y esmerada ejecución, las que afortunadamente se habían librado de mutilaciones; hoy, posible es que no existan ya donde estaban, ó que nuevas ruinas las hayan inutilizado.

El crucero, la capilla mayor y la sacristía fué lo que se libró del incendio, y esta parte del edificio es la que sirve de parroquia. El retablo mayor es del renacimiento; en la sacristía existían cuatro cuadros retratos de los Obispos de Sasamón: el que estaba colocado en la pared de la izquierda se-

gún se entra, era una buena pintura de fines del siglo XVII. También había, y de la misma época, otros cuadros más pequeños representando canastillos de flores, bien tocados y de buen colorido. Consérvanse algunas casullas y capas pluviales, notables por los cuadros bordados con seda y oro representando santos y pasajes de la Sagrada Escritura; creíamos y otros muchos lo mismo que eran de artífices de los siglos XV y XVI.

II.

Posible es que en los cimientos y gruesos muros de la iglesia de Santa María de Sasamón se consumieran grandes cantidades de piedras procedentes de edificios del tiempo de los romanos, y que al fundarse el templo bizantino y al engrandecerse luego, lo fuera sobre el sitio ocupado por el Pretorio y por algún Templo notable.

Largo sería describir todos los recuerdos que de la dominación romana se conservan aún, dentro del actual perímetro de la villa, y por rápida que sea la excursión que en su término se haga, adquiérese la evidencia de que fué *Segisamone* población de grandísima importancia y de notable extensión.

La villa actual, habida razón de la topografía del terreno y de su extensión, ocupa, según nuestro modo de ver, el *Castrum* ó fortaleza del *Segisamone* romano: y no fuera muy aventurado suponer que las murallas cristianas que en parte subsisten, se edificaran sobre los cimientos de las construídas por los Emperadores.

A más de un kilómetro de distancia del Sasamón de hoy y en las direcciones de Mediodía y Noroeste alcanzan los vestigios de edificios, los escombros y las ruinas. En toda esta gran superficie dominada por la colina que ocupa el actual pueblo, se han encontrado y encuentran medallas, piedras labradas, trozos de cimientos, restos de cerámica, tejas y ladrillos romanos y notables mosaicos; y dentro del actual recinto grandes cloacas de fábrica, limpias en algunos trozos, ocultas en otros por las nuevas construcciones y que prueban

la importancia de aquel distrito de la población y la idea, que indicada dejamos, de que allí estaba el *Castrum* y la residencia de los magnates y de los patricios.

Cuando los Emperadores de Occidente consideraban á la Península como una de las más importantes regiones del Imperio, el pueblo que acabamos de describir estaba sobre una de las grandes vías que partiendo del *capitolio* terminaba en las arenas y rocas que bañan las rugientes y espumosas ondas del Atlántico. Al correr de los siglos, en la Península ibérica, el *pueblo romano* se trasformó en *pueblo godo* para ser dominado por los sectarios del islam, hasta que la espada de los descendientes de D. Pelayo lo redimieron é hicieron de él una nacionalidad independiente y poderosa. ¿Qué se hicieron, entretanto, los monumentos materiales que erigió aquella civilización á quien el convencionalismo histórico llama el pueblo Rey? ¿Qué fué de las costumbres y las leyes, del idioma y de los intereses que Roma dejara como recuerdos de los largos siglos de su grandeza y poderío? Roma, en la Península, no dejó sus nombres y sus leyes como quedan los recuerdos de un ejército que acampa por más ó menos tiempo en conquistada tierra, sino que se implantó aquí, y la España fué romana porque en su mayoría aceptó las leyes que le comunicaban las legiones y los Procónsules, sino que también, y á su vez, mandó para gobernar á la ciudad del Tíber, Emperadores y Generales, legisladores y filósofos, oradores y poetas, oriundos y nacidos en esta tierra. Sin la espada, sin la sangre noble y generosa, sin la sabiduría y la prudencia de las familias patricias de la España romana, el Imperio de Augusto, corroído y minado por los vicios, el envilecimiento y debilidades de los hijos de Roma, del Lacio, de las Marcas y de los demás pueblos que forman la Península italiana de hoy, hubiera desaparecido muchos siglos antes: la ruina se verificó el día que los Godos sentaron su planta en los campos aquende el Pirineo: el día en que la España abandonó al patriciado y á los Emperadores y aceptó por aliados, por huéspedes y por amigos á los hombres de una raza, cuyas almas templadas por el sol de climas más duros, tenían más analogía con las de los enérgicos hijos de este suelo.

En el largo trascurso de los siglos las murallas y las fuertes construcciones hanse sepultado las unas y derruido las otras; de muchas, el viento de las invasiones, el huracán de las batallas y el torbellino de los individuales intereses han consumido hasta el recuerdo. Áridas campiñas que fueron bosques seculares aparecen, hoy, en sitios donde se alzaban hermosas mansiones patricias, sepulcros soberbios, termas y baños sibaríticos, formidables torres, respetables templos y temidos pretorios. La reja del arado termina unas veces la obra del tiempo y de la incuria, y otras pone á la vista del arqueólogo restos que indican hechos de que no se ha conservado recuerdo. Recoge la historia los nombres de algunos pueblos, pero muchas veces, el que guiado por ella crea hallar en aquellos lugares algo que indique la población importante que el historiador y el geógrafo designan, triste decepción sufrirá cuando mísera cabaña, humilde aldea ó árida campiña respondan á aquellos nombres: en el caso presente no sucede así. Hemos fijado la posición del *Segisamone* romano en el itinerario de Antonino Augusto Caracaya; hemos encontrado el Sasamón de hoy con antigua historia, y con notable importancia en siglos muy posteriores.

III.

Si para comprobar la villa de Sasamón su filiación del *Segisamone* no bastara lo que va dicho, podríanse añadir como testigos irrecusables de su antiguo esplendor, los restos de una gran muralla descubierta hace pocos años en las inmediaciones del pueblo, y el notable mosaico que el P. Flores dice existía en la proximidad de las eras de la villa. Pero nosotros podemos añadir algo más.

El mencionado autor, en la pág. 27 del tomo XXVII de la *España Sagrada* dice: «Persevera también fuera del lugar y junto á las eras, una buena porción de pavimento formado con piedrecitas cuadradas de dados muy pequeños, otras mayorcitas, algunas cuadrilongas, y unas blancas y

otras de azul oscuro, todas sólidas y unidas con firmeza, de modo que después de tantos siglos en que la obra ha estado al descubierto, sufriendo aguas, soles y piso de caballerías transitantes por allí; con todo eso resistían las piezas á la desunión, cuando puesto sobre ellas, procuré, acompañado de otros, recoger las que tengo en mi estudio á la vista.» De este mosaico nada queda en la actualidad. Pero hemos dicho que diríamos algo más y vamos á cumplir el propósito.

Corría el año de 1870, y la Junta de monumentos de esta provincia, tuvo extraoficial noticia de que en una heredad del término de Sasamón existían unos mosaicos del tiempo de los romanos, y acordó inquirir las circunstancias y condiciones del hecho. Auxiliada eficazmente por el Sr. D. Julián Gutiérrez, vicepresidente de la Diputación provincial y Gobernador interino, obtuvo detalles sobre el descubrimiento y la seguridad de que no habría dificultades ni para un reconocimiento detenido, ni para su traslación caso de ser posible; y nombró una comisión de su seno, para que pasando á la mencionada villa reconociera los mosaicos y adquiriese cuantas noticias pudieran conducir á formar una idea clara de lo que pudo ser ese pueblo en las antiguas edades, poniendo así la primera piedra para el estudio de la antigüedad de *Segisamone* y su despoblado.

No es esta ocasión ni sitio para ocuparnos de los trabajos que se hicieron en virtud del mencionado acuerdo de la comisión de monumentos de la provincia de Burgos. Sólo es de notar que los mosaicos que se iban á reconocer no eran ni podían ser los que mencionó el P. Flores.

Próximamente á un kilómetro de la población y al Noroeste, se hallan varias heredades plantadas de viña, la que había muerto y dedicádoselas luego al cultivo de cereales. Las viñas habían sido plantadas á barrón, con el que habían atravesado los mosaicos en muchos puntos, y estaban cubiertos por una capa de tierra llena de cascajo, procedente de edificios destruídos, que tenía en partes de 40 á 50 centímetros de espesor. Formaban los pavimentos de diferentes habitaciones de una casa. Se descubrieron tres; en gran parte alguno, y á juzgar por su forma y sus dibujos, la exten-

sión del que más no excedía de 10 metros cuadrados. Los cimientos de las paredes divisorias, de unas á otras habitaciones se veían perfectamente, sin embargo de que los labradores en el afán de quitar piedras al terreno y obstáculos al arado, los habían destruído y continuaban destruyéndolos, quitando de este modo hasta la esperanza de que un reconocimiento bien detallado y una excavación bien dirigida pusiera á la vista la traza de un edificio que, á juzgar por la riqueza de sus suelos, debió pertenecer á un patricio de valía. El haber sido descubiertos y cubiertos en varias ocasiones los había deteriorado y hasta casi destruído en muchos puntos, pues el sistema que seguían para mostrarlos era, separar la tierra, echar agua en abundancia y luego barrerla con fuerza para limpiar el mosaico; el agua quedada encharcada, reblandecía los morteros, ya por sí blandos á causa de la humedad del terreno, las piedrecitas saltaban en muchos puntos, y satisfecha la curiosidad volvían la tierra á su sitio y la nivelaban para sembrarla después.

Por este procedimiento los enseñaron al exclentísimo señor D. Fernando Álvarez y á otras personas; aun así el mal no hubiera pasado de ciertos límites; pero el deseo de arrancar grandes trozos, lo que nunca conseguían, ha sido de peores resultados.

Nosotros vimos estos mosaicos, y cuando lamentábamos su gran deterioro, se nos anunció que en las inmediaciones de aquel sitio debía haber otro más bonito y menos deteriorado, porque hacía muchos años no se había descubierto. Con efecto: á unos 10 metros de distancia y á 34 centímetros de profundidad, se descubrió; estaba intacto; sobre él se hallaban aún los restos de tejas y de ruinas; se intentó arrancar una porción crecida, y fué imposible por falta de medios, no por falta de voluntad. Salvados, sin embargo, muchos obstáculos, y cuando se esperaba el siguiente día para terminar la operación, una capa de nieve de 20 centímetros de espesor y la codicia luego de algunos desgraciados, apesar de los mandatos de la autoridad, inutilizaron una obra que contaba muchos siglos. Aun existen otros en las inmediaciones de éstos, según nos aseguran.

Están contruídos los mosaicos de Sasamón, al menos los que hemos reconocido, del siguiente modo. Nivelado el terreno hay una capa de piedras sueltas de unos cuantos centímetros cúbicos de volumen y fuertemente apisonada: esta especie de cimientó tendrá unos 11 centímetros de espesor. Sobre esta capa de piedras hay otra de hormigón de tres centímetros de grueso, y formado en unos de cal y arena, y en otros de cal y polvo de ladrillo. Sobre este hormigón, perfectamente nivelado, según se comprende, se extendió el mortero blanco y fino para aglutinar con él los cubos de piedras de colores con que se forman los dibujos y los fondos, y se cubre toda la superficie.

Quede para otros el discurrir sobre estos hechos; aquí nos limitamos á referir lo que hemos visto.

IV.

Procedentes de Sasamón existen, en poder de aficionados y en algunos Museos, bastantes medallas de oro y plata, la mayoría del tiempo de los Emperadores; y como aquí nos proponemos relatar lo que hemos visto; diremos que el reverendo cura párroco de la villa, D. Santos Sáinz, tuvo la bondad de enseñarnos algunas de las que posee, y entre ellas varias de oro de gran módulo y perfectamente conservadas.

De dos lápidas notables que posee el Museo de esta capital procedentes de dicha villa, réstanos hablar en estos apuntes. Es la una de piedra común; su objeto, consignar la división de los campos de la población romana; pues sabida cosa es que en los sitios donde se cruzaban las grandes vías y acampaba la caballería, se fijaban grandes extensiones de terreno, á imitación de las actuales dehesas para el pasto y mantenimiento de los caballos de los jinetes, y de los carros de batalla. Encontróse formando parte de la antigua cerca de una heredad: deteriorada y todo, es documento de gran valía.

V.

Corría el mes de setiembre de 1869, y en el sitio llamado *La Serna*, á cosa de un kilómetro de distancia al Poniente de la villa, se hacían escavaciones para un plantío. Dicho sitio está lleno de cimientos, y de ruinas de murallas y edificios. A la profundidad de unos 80 centímetros y debajo de una piedra labrada, el día 25 del citado mes se descubrió una plancha de cobre: lápida votiva que la comisión provincial de monumentos de Burgos procuró adquirir, y que hoy le pertenece por compra á la persona que la encontró.

Como se acaba de indicar, la lápida es una plancha de cobre, tiene de peso 2.229 gramos, y su forma es un rectángulo de 24 centímetros de base y 20 de altura; el lado superior de este rectángulo forma en la extensión de 20 centímetros la base de un triángulo isósceles, cuya altura es de 10 centímetros: á derecha é izquierda de este triángulo ó frontón se levantaban dos, que podemos llamar apéndices, de 19 milímetros de ancho por 33 milímetros de alto: el de la derecha no existe, se ve la fractura. El grueso de la plancha es de dos milímetros, sus cantos están toscamente recortados, su superficie fué pulimentada.

A cincel y golpe y á unos cuatro milímetros del borde está trazada una línea recta de gruesos diferentes, según profundizó más ó menos el cincel, la que recorre todos los contornos; á unos 11 milímetros de distancia otra igual y paralela, excepto en los lados oblicuos del triángulo coronamiento en que estas líneas sólo distan entre sí ocho milímetros. La irregularidad en el grueso de las líneas hace que éstas distancias varíen en algunos puntos hasta medio milímetro y más. En la base, lados verticales del rectángulo y oblicuos del frontón, el espacio comprendido entre dichas dos líneas paralelas está ocupado por unas *eses* de 15 milímetros de lon-

gitud, bastante irregulares, y con algunos puntos de picado con adorno, formando su conjunto una orla de tan mal gusto como tosca ejecución.

En el frontón, y á 25 milímetros del vértice, está el centro de un círculo de 24 milímetros de radio, en el que hay trazada una estrella de seis hojas por seis aberturas de compás, del mismo radio: en el espacio de cada dos hojas, un pequeño círculo de tres milímetros de radio: otro igual en el centro y los espacios entre las hojas y estos circulitos relleno de puntos, todo está á buril y toscamente ejecutado.

Cuando la lápida se sepultó entre las ruinas y escombros en que ha permanecido más de quince siglos, debió sufrir un gran golpe, de cuyas resultas no sólo está alaveada, sino que tiene una fractura en el lado derecho y una grieta ó resquebrajadura un poco más abajo y más hacia el medio, aparte de algún otro golpe, sin que felizmente estos desperfectos hayan inutilizado nada de lo escrito. Facilísimo sería devolvérsela á su posición primitiva, quitándole el alaveado y haciendo coincidieran los bordes de la fractura; la Comisión ha creído, prudentemente, que debe conservarse tal y como se ha presentado después de tantos siglos.

La inscripción consta de tres partes: 1.^a La contenida en el frontón y puede mirarse como la que expresa la dedicatoria y el objeto de la lápida. 2.^a La que en la parte inferior del triángulo ocupa el espacio interlineal, que en lo restante de la lápida es una orla de adorno. Está porción de lo escrito es la fecha de la inscripción. 3.^a La que está en el gran rectángulo y en la que constan los nombres y calidades de las personas á quienes se dedica y de los que la dedican.

Las letras están abiertas á buril y golpe en los trazos rectos y á mano en los curvos: la desigualdad en las letras, la variedad de ángulos, las distintas magnitudes, la irregularidad en los espacios, y hasta la particularidad de que hay más firmeza y exactitud en los últimos renglones, demuestran una mano poco acostumbrada, un artista incipiente. Sólo una letra nos parece que está hecha con punzón, la *o*, aunque no dejan de ser notables los arrepentimientos de alguna. El diámetro de la *o* es de cuatro milímetros, la altura de las

demás varía desde cuatro á seis milímetros, con gran irregularidad.

Antes de manifestar el contenido de la inscripción procede averiguar la época á que corresponde. La segunda parte de las tres en que la inscripción está dividida manifiesta: *Siendo Emperador Gordiano y cónsul Aviola.*

Gordiano Emperador, y *Aviola* cónsul, dominaban, según datos irrecusables, el año 992 de Roma ó el 239 de J. C., y como el reinado de Gordiano duró algo menos de dos años, resulta que los vecinos de Sasamón construían la lápida en dicho año 239, ó cuando más tarde en el siguiente de 240, habiendo trascurrido desde su fabricación hasta su hallazgo 1.630 años.

Si tan clara como es la época en que la lápida se construyó, si tan determinado y fijo como es el tiempo que ha mediado desde el día en que fué fabricada hasta el en que esto se escribe fuera el motivo que la produjo y las causas que á tal resultado condujeron, entonces, aparte de otras mil condiciones que avaloran su hallazgo, habría una más, la de la fijación de su acontecimiento, que no por ser del carácter de los particulares y privados, dejaría de ser reflejo de la sociedad y de la época en que aconteció; pero desgraciadamente esta segunda parte es más difícil de determinar. Tiempo es de entrar en el examen de la inscripción.

Desde luego se echan de ver ciertas faltas de ortografía que influyen notablemente en el significado de algunas palabras, haciendo variar hasta la causa de que pudo provenir su construcción.

Mirada la inscripción en su conjunto, se descubre que *varios havitantes* (cives) *de Segisamum* (Sasamón hoy), *dedican* la lápida á cinco individuos, cuatro varones y una hembra, que es posible constituyesen una familia.

Los que dedican la lápida son diez y siete individuos. Cuatro *libertos*, un *peluquero* ó *peinetero*, dos *bataneros* ó *tundidores*, un *zapatero* y *su mujer*, *hija* ó *hermana*, un *escribiente*, un *criado de servicio*, un *herrero* y tres individuos cuyas profesiones no se marcan. Al frente de estos individuos aparece:

Publio Paratus; Ant. f. Caliope. ¿Quién era éste? ¿quién

Ant. f. Caliope? *Publio Paratus* no era liberto, no era hombre de oficio: en la lápida está en blanco el lugar correspondiente y que debieran ocupar estos calificativos, si los hubiera tenido. ¿Quién era *Ant. f. Caliope?* Esta es una mujer, *Caliope* es nombre de mujer y de mujer casada; entre otros datos lo demuestra la lápida núm. 9 de la página 1.134 del *Murator*. Esta mujer, esta *Caliope*, está puesta en el mismo renglón y enfrente de *Publio Paratus*: la abreviación *Ant. f.* que la precede, es la que da lugar á algunas dudas; ¿era *Caliope* la dueña ó señora de *Publio Paratus?* ¿lo fué antes? Resultaría que el esclavo aparecía en puesto superior á los libertos: ¿era su mujer? ¿era su hermana ó su hija? Posible es uno de estos casos. No faltará quien crea, leyendo rápidamente, que *Publio Paratus* se llamara antes *Caliope*. ¿Cómo tenía nombre de mujer? ¿La abreviatura *Ant. f.* no puede traducirse *Antonia* ó *Antonina?* Seguramente. En la misma lápida, en la línea quince, se encuentra

aut Missillus sutor ort seviera

La dificultad desaparece; *Ant. f. Caliope* no es otra que la mujer, la hermana ó la hija de *Publio Paratus*.

Resuelta, en cierto modo, la condición del primero de los que hacen la dedicatoria, los restantes individuos son:

Publio Marcial, liberto de la familia de *Valiria Donata*.

Publio Maritimo, liberto de la familia *Bocia*.

Publio Marcelio, liberto de la familia *Valiria Britta*.

Publio Mercator, liberto de la familia *Valiria Avana*.

Valirio Cándido, peluquero ó vendedor de peines (*petenarius*).

Valerio Quintio y Julio Morino, cuyas condiciones sociales no se marcan.

Belio Valodo, batanero.

Antonio Misilio, zapatero, *Vitavia Severa*.

Octavia Severa es una mujer, y teniendo en cuenta el lugar que ocupa en el renglón, no es otra que la mujer, la hija ó la hermana del zapatero *Antonio Misilio*.

Julio Eufimo, escribiente (*amariencis*).

Eleno, Batanero.

Evaristo, criado de servicio (ser-gen).

Emilio, segundo.

Pelagio, herrero (clavarius).

Estos dos últimos individuos merecen aún una observación:

Los nombres *Emillius* y *Pelagius* están separados por un punto de los calificativos *secundus* y *clavarius*; la palabra *secundus* indica que había otro *Emillius* y para que el que en la lápida aparece no se confundiera con aquel otro, se le puso el calificativo *secundus*. La palabra *clavarius* puede significar también *portero*; pero como la mayoría de los dedicantes son gentes de oficio, aparece que es más racional el suponer que *Pelagio* era un *herrero*. ¿Quién sabe si fué el mismo que grabó la lápida?

Demostrado quiénes son cada uno de los individuos que hacen la dedicatoria, salta desde luego á la vista la variedad de condiciones y el que figuran dos mujeres: todas estas personas aparecen como dirigidas por *Publio Paratus*, que, como dicho queda, se presenta en condición social superior á los libertos, á los artesanos y demás que le siguen. Esta reunión de individuos que se ostentan formando un todo para mostrar su gratitud, es objeto digno de estudio, porque dice mucho respecto á las costumbres democráticas de la época en la localidad en que tal reunión se verificaba; y no es menos digno de atención el que entre ellos figuren dos mujeres, pues demuestra también, el lugar que esta mitad de la especie humana ocupaba en aquella sociedad.

Presentadas las personas que hacen la dedicatoria, tiempo es de examinar las que son objeto de ella. Estas son:

Gneo Sempronio Flavo, *Valeria Severina*, *Gneo Severio Prisco*, *Gneo Valerio Lupo* y *Gneo Turibia Casiano*.

No será aventurado suponer que estos cinco individuos constituían una familia cuyo jefe era *Gneo Sempronio Flavo* y *Valeria Severina* la esposa; pues de notar es que los dos individuos siguientes, el uno se llama *Severio* y el otro *Valerio*, que son los dos nombres de dicha señora.

A *Valeria Severina* la califican los que dedican la lápida de *patrona nostra* (nuestra protectora), nuestra amiga, nuestra

bienhechora. Este calificativo dice bastante para demostrar la parte que *Valeria Severina* debió tener en el hecho que produjo la consignación de un testimonio de gratitud en una lápida de bronce. También comprueba la influencia de la mujer en aquella civilización, en aquella localidad, en aquella circunstancia. Dichos quiénes dedicaban y á quiénes dirigían la dedicatoria, debe examinarse la causa que la produjo.

Que *Gneo Sempronio Flavo*, su mujer y su familia habrían dispensado señalados obsequios y distinguidos servicios á los individuos que erigen la lápida, queda fuera de toda duda al ver el lenguaje hasta apasionado que éstos emplean para encomiar las circunstancias de las personas á quienes se dirigen: *patronis merentísimis et prestantísimis*. Mas aparte de las causas de gratitud que hubiera para consignar en el bronce su recuerdo, ¿hubo alguna otra especial que produjera esta manifestación de simpatía? ¿Qué clase de servicios pudo prestar la que llamaremos familia de *Gneo Sempronio Flavo* á los que dedican la lápida? ¿Fué esta lápida la manifestación sencilla de cariñoso recuerdo á servicios y favores, ó fué el testimonio que almas agradecidas dan cuando sus protectores, cuando las personas de quienes han recibido beneficios sufren alguna contrariedad? ¿Pudo ocurrir que en las convulsiones del Imperio hubiera en el pueblo de *Sasamón* algún acontecimiento que obligara á varios de los individuos de las clases inferiores á sufrir la ley de los vencidos y que *Gneo Sempronio Flavo*, excitado por su mujer y por sus hijos, haciendo uso de su influencia apartara las iras de la ley, de las cabezas de los que hacen la dedicatoria? ¿Ocurrió alguna calamidad pública en que aquella familia acorrió á las necesidades de los que hacen la dedicatoria? Que la lápida, como queda dicho, es un testimonio de gratitud por favores y beneficios, desde luego se ve. Pero falta examinar si sólo la manifestación del afecto la produjo, ó si la familia que aquellos beneficios había dispensado tuvo algún contratiempo, que hizo se pusieran á su lado los que obligados se le encontraban. Para la una y para la otra opinión presta razones el contenido de la lápida.

Hecha abstracción de las faltas de ortografía, puede desde luego traducirse:

«Siendo emperador Augusto Gordiano y Aviola consul, los muy respetuosos y agradecidos avitantes (cives) de Segisamon (Sasamon hoy) Publio Parato, y (su mujer, hija ó hermana) Antonia Caliope; Publio Marcial, liberto de la familia de Valeria Donata; Publio Maritimo, liberto de la familia de Bocía; Publio Marcelio, liberto de la familia de Valeria Brita; Publio Nurcator, liberto de la familia de Valeria Avana; Valerio Cándido, peluquero; Valerio quinico, Julio Morino; Debio Valodo, batanero; Antonio Misilo, zapatero; Octavia Severa (su mujer, hija ó hermana); Julio Eufimo, escribiente; Eleno, batanero; Evaristo, criado de servicio; Emilio, segundo; Pelagio, herrero; hacemos fervientes votos por la felicidad de nuestros dignísimos, felicísimos, esclarecidísimos, y piadosísimos protectores *Gneo Sempronio Flavo, Valeria Severina*; nuestra protectora; *Gneo-Severino Rizo; Gneo Valerio Lupo, Gneo Valerio Casiano.*»

Para la precedente lectura ha sido necesario que *vot sucé*, que se encuentra escrito, se suponga que es abreviatura del *suscipere vota* (dirigir votos al cielo por alguno), *Plinio*; para lo cual falta una *ese* en la lápida. También es indispensable interpretar el *Fe* de la tercera línea por contracción del *felitissimus*.

Se ha traducido el *cives* por habitantes, pues ninguno de los que dedican, podían reunir la condición de nobleza para ser calificados de ciudadanos: tampoco consta que *Segisamone* fuera ciudad romana.

Se ha traducido el *patronis* por protectores, porque el patrono según la ley no podía usar sobre los libertos de otras familias, ni suponerse que los hombres de oficios eran clientes, ni mucho menos el que la familia de *Gneo Sempronio Flavo* fuera una familia patricia residente en Roma, en donde protegiera y amparara los negocios que en la Metrópoli tuvieran unos cuantos libertos y unos cuantos artesanos.

Aceptada la falta de una *ese* en la palabra *suci* que debiera estar escrito *susci*, con igual razón puede aceptarse la falta de una *o* en la palabra *merentissimis*, en cuyo caso, y suponiendo escrito *moerentissimis*, cuya significación es la de (aflicidos, llorosos, apesadumbrados), y entonces el *fi* de la ter-

cera línea un adverbio de *fillitus*, *a*, *um*, ó de *fisalis e*; en uno y en otro caso podría traducirse...

«Profundamente acongojados hacemos votos por la felicidad de nuestros desconsolados, caritativos y esclarecidísimos protectores.» O también: «Con la mejor voluntad y llenos de dolor, dedican este voto á sus afligidísimos, excelentísimos y piadosísimos protectores.»

Reasumiendo el precedente estudio, que dista gran espacio de ser completo en ningún concepto, aparece que á principios del siglo III de nuestra era, para dar una muestra de simpatía por favores recibidos de una familia, los hombres del pueblo en unión con sus mujeres, se reúnen y consignan su opinión en una lápida de bronce; comprendiendo en esta muestra de cariñoso recuerdo y haciendo especialísima mención de una dama que indudablemente fué la primera figura en las levantadas acciones que tal testimonio produjeron.

Si dignos de atención son los que por sus virtudes se hicieron acreedores á tal muestra de cariño, dignísimos de estudio son los que la consagran. No es un pueblo que eleva un monumento con que satisface la vanidad de conquistador desvanecido con la lisonja; no es una ciudad que consagra un recuerdo á autoridad orgullosa que supone le dispensó favores, quizá amasados con lágrimas y sangre; no es un magnate que erige estatuas é inscripciones al poderoso que lo colocara en la altura y que al encomiar la grandeza del protector aspira á perpetuar la vanidosa memoria del protegido: son, por el contrario, unos cuantos hombres de las últimas capas sociales los que reunidos á sus mujeres se dirigen á otros cuantos hombres y á otra mujer para decirles que los beneficios recibidos no cayeron en estéril terreno. Que el filósofo y el moralista mediten. Sea como quiera, la lápida habla muy alto en pro de los sentimientos de moralidad y de justicia que existían en los vecinos del pueblo de *Segisamone* en tan lejana época.

Más de lo que habíamos calculado nos hemos extendido en describir y analizar esta lápida; no se extrañe, pues su originalidad y condiciones pedían alguna detención y alguna minuciosidad.

VI.

Otros muchos objetos se han encontrado procedentes de la época romana; pero adquiridos por particulares habrán ido á enriquecer colecciones y museos de otros países. Aquí es difícil al hombre estudioso la adquisición de objetos de tal naturaleza; en cambio, los consiguen fácilmente los que se titulan tratantes de antigüedades, los que desde luego procuran darles salida para otros territorios ó para el extranjero, medio eficaz de que no se investigue el cómo llegaron á sus manos. Así, y no de otra manera, han desaparecido y están desapareciendo preciosos objetos históricos y de arte; pero si bien la materia es digna de meditación, no encuadraría bien en este sitio, y la dejamos á otros ó á otros tiempos.

S. DE LA C.

Burgos 18 de octubre de 1883.





D. ANTONIO MARIA ESQUIVEL ⁽¹⁾

(CONCLUSIÓN.)



L Sr. Prat ha presentado varios retratos bien empastados y con buen efecto; además una buena copia en pequeño del célebre cuadro del Baco de Velázquez.

»D. Juan Gálvez ha presentado dos cuadros originales como de cuatro varas, que uno representa la cena de Jesucristo con los apóstoles, y el otro la Oración del huerto. Los dos hacen muy buen efecto, y los fondos son excelentes, en particular el de la cena; las figuras están bien agrupadas; sólo me parece que hay en ambos alguna frialdad en el tono, resultando tal vez así, por estar rodeados de copias de Rafael y Murillo, todas muy vigorosas, ó por tener que ser colocados en sitios donde haya poca luz.

»El Sr. Castelló (padre) ha expuesto tres retratos de su familia, bastante parecidos y hechos con franqueza, pero la poca luz que disfrutan donde están puestos no me permite analizarlos más.

»El Sr. Corro, conocido por la semejanza en los retratos de miniatura, ha presentado uno al óleo, de un caballero, bastante parecido y de buen efecto.

»El Sr. Rodríguez ha presentado un cuadro bastante grande en que representa al Señor maldiciendo á Caín después

(1) Véase la pág. 275 de este tomo.

de su crimen, y éste aterrado delante de su criador. El pensamiento es bueno, pero se nota algún abandono en la espalda de Caín y mucha frialdad en las tintas del Señor.

»Hay tres bellísimas copias de cuadros de Murillo, que son San Félix, el Nacimiento y Santa Justa y Santa Rufina, existentes en el museo de Sevilla, y pintadas en la misma ciudad por D. José Roldán: están sumamente parecidas á los originales, conservando el mismo tono vigoroso y de tanta armonía que distingue á Murillo, é imitando muy bien la dulzura y fluidez de su colorido.

»Otras varias copias hay también de Murillo por D. Luis Delván, hechas también en Sevilla, de muy buen efecto, y si no son tan exactas como pudieran, se le debe disimular en virtud del atrevimiento y valentía con que están ejecutadas, y la suma dificultad que presenta el copiar tales cuadros.

»El Sr. Ugalde, célebre pintor de miniatura, ha expuesto tres retratos al óleo, y entre ellos el suyo, todos sumamente parecidos, bastante bien entonados y empastados; el colorido no tiene la limpieza que yo deseara.

»Hay además varias copias de Murillo, Rafael y otros autores por diferentes artistas, para cuya descripción tendría que detenerme demasiado, multitud de retratos de todos géneros, dibujos de todas clases, y entre ellos unos muy buenos como los del Sr. Cortés, y de otras varias señoritas, y otros tan detestables que no sé como la Academia les ha dado cabida en sus salones, como igualmente á algunos cuadros indignos de ocupar un lugar en el templo de las artes, pues es muy perjudicial al concepto que forman algunas personas de nuestros artistas, juzgando por tales mamarrachos.

»En los últimos días de la Exposición se presentaron dos bellos cuadritos de costumbres andaluzas pintados en Sevilla por D. Manuel Rodríguez, discípulo del malogrado profesor D. José Bécquer, sobresaliente en este género. Los dos son de igual mérito; están pintados con valentía y buena masa de color; el toque es franco y el colorido bello y jugoso, con todo el calor de la escuela sevillana. El dibujo es flojo, y los extremos de las mujeres amanerados, lo que será fácil corregir dibujando por el natural.

»Réstame sólo añadir que entre los cuadros que forman la Exposición hay diez míos, en los cuales hice lo que pude, dejando á juicio del público ilustrado su análisis y su crítica.»

En el año de 1842 presentó también el Sr. Esquivel algunas obras suyas en la Exposición, de las que un escritor acreditado hizo en un periódico que entonces se publicaba el siguiente juicio: «Restándonos, como los enamorados, que siempre dejan para el final ó posdata de sus cartas lo que más presente tienen en la imaginación; restándonos, pues, hablar del Sr. Esquivel, diremos que la Exposición de este año nos manifiesta la gran laboriosidad y facilidad de este distinguido artista. Nuestras doctrinas, que nunca serán exclusivas en materia de pintura, que ensalzaremos lo que particularmente sea bueno, y reprobaremos lo que nos parezca malo, nos ponen en el caso de analizar las obras del señor Esquivel, con aquella delicadeza de su escuela, aquel tino, aquella majestad que sólo este artista sabe emplear en sus obras.

»Sobre todo, quisiéramos que el Sr. Esquivel se dedicase por alguna vez á ejecutar cuadros de grandes asuntos, como las adoraciones de Rubens y otros así; en donde luciría la fuerza de su colorido, la dulzura de sus tintas, sus ligeros contornos, y aquellas cabezas admirables que sabe poner en sus vírgenes y en sus ángeles.

»Campean entre todos sus cuadros, aquel retrato de señora de medio cuerpo, con vestido claro y aquella mantilla trasparente, blanca, ondulante; retrato donde se ve el aire jugueteando entre los pliegues de las ropas. Después se para la consideración en otro retrato de caballero de cuerpo entero, sentado y recostado junto á una ventana. Inmediato á éste, el retrato del Sr. Cordero, con sus bien cortados calzones de maragato. Y por último, las restantes obras de este profesor, que ya el público ha juzgado y admirado, son para nosotros flores suspiradas que embalsamarán la atmósfera del casi olvidado templo de nuestras artes.»

Por aquel tiempo apareció en *El Corresponsal* un artículo acerca de la propia Exposición, en que al mismo tiempo que se reconocía el genio y facilidad del Sr. Esquivel, se le hacía

bajo otros conceptos sobrada injusticia. Si el artículo á que nos referimos se hubiese limitado á expresar la opinión de quien lo escribió, sobre el mérito de las obras que el Sr. Esquivel había presentado en la Exposición, habría éste guardado un profundo silencio; conoce demasiado el arte que profesa para que le ofendan las censuras injustas ó le engrían los elogios inmerecidos; su carácter, franco con exceso, es enemigo de toda lisonja. Pero como en el mencionado artículo se contenían doctrinas relativas al arte, se creyó en el caso de tomar la pluma para refutar las opiniones emitidas en aquel artículo anónimo. La materia de que se trataba era demasiado interesante para el arte y para los artistas, y el Sr. Esquivel no podía dejar de expresar sus opiniones; el artículo descubría bastante la inteligencia y talento de la persona que lo había escrito, y no merecía tampoco que se le contestase con el silencio del desprecio. Prescindiendo, pues, el Sr. Esquivel de toda personalidad, se limita á tratar ligeramente y á aclarar algunos puntos interesantes á la teoría de las artes. Este escrito del Sr. Esquivel, al mismo tiempo que da una idea de su instrucción artística, es demasiado interesante para que lo omitamos.

Dice así:

«De todos los artículos que acerca de la Exposición de Bellas Artes han visto la luz pública, ninguno es más notable que el dirigido á *El Corresponsal* é inserto en el núm. 1.229 de dicho periódico.

»Algunos otros se han publicado, otros han estado á pique de publicarse, que tienen íntimo parentesco con el de *El Corresponsal*; pero entre los impresos éste es el más explícito, el que más claramente demuestra el fin que se pretende alcanzar y medios por donde al fin llegar se quiere.

»Un tomo en folio sería acaso necesario para responder al citado artículo, para desentrañar sus embozadas alusiones, para poner frente á frente las notorias contradicciones que contiene, para revelar sus injusticias y la causa de ellas, para desmenuzarlo, en fin, según la trascendencia de su objeto. No es esto posible en un artículo de periódico; hay que contentarse con tomar algunas de las ideas más importantes, y

aceptarlas lisa y llanamente como el articulista pretende creerlas y demostrarlas.

»Despojando su artículo de patéticas lamentaciones, de pretendidas teorías sublimes y de cierto vaporoso entusiasmo que en todo él predomina, resulta clara y distintamente que es un ataque dado por la centésima vez á la escuela española especialmente, y por analogía á las escuelas veneciana y flamenca, que con la primera forman lo que originariamente se ha llamado escuela naturalista. Pero lo sorprendente, lo raro, lo inconcebible es que ahora no se habla como otras veces á nombre de la respetable y clásica escuela romana, no se pondera como base el exclusivo estudio é imitación de las estatuas antiguas; no se opone Rafael y Julio Romano á Velázquez y Murillo; no. Eso sería cosa vulgar, porque otros muchos lo han hecho, y porque es opinión defendible y racional. Los modernos regeneradores á quienes sirve de intérprete el articulista anónimo de *El Corresponsal* quieren ser nuevos, originales, misteriosos. Para derribar la escuela de Murillo, Vandik, Velázquez, Ticiano, Rubens y Ribera, no llaman en su auxilio á los colosos romanos, no hablan á nombre de éstos, sino es que, remontándose por un delirio de ridículo entusiasmo á los férreos tiempos de la Edad Media, cogen estatuas góticas, éticos relieves, tablas de carcomida y fabulosa pintura, y formando un extraño compuesto de tan ruinosos elementos, dicen á la Europa, á la España asombrada de su locura: quemad las inmortales obras de esos pintores que forman vuestra gloria y por las que os pagan millones: para nada valen: esto es lo bello, lo sublime, lo espiritual.

»Como algo hay que decir en prueba de tan desatinada pretensión; como no puede apelarse al testimonio de los sentidos, que da un solemne mentís á los preconizadores de tales extravagancias, se acude al recurso de oponer el espiritua- lismo al sensualismo, de aplicar á la pintura los sistemas literario-filosóficos, de utilizar en favor propio la reacción religiosa que se supone inminente. Ya se ve, no es posible colocar nuestros góticos engendros de frío colorido, de secas figuras, sin relieve, sin ambiente, sin el más remoto asomo de perspectiva aérea, al lado de esas magníficas creaciones

de Velázquez y Murillo, de esos cuadros en que todo es vida, calor, verdad, sin que la multitud retroceda horrorizada de tan nefanda asociación. Para combatir este movimiento espontáneo, este instinto de lo bello que tiene la muchedumbre, salen los regeneradores y dicen:—Cierto que á primera vista seducen las obras de los *naturalistas*, porque hay en ellas *magia engañadora*; pero lo perfecto, lo sublime es esto que horroriza verlo.—Y si se quiere averiguar en qué consiste aquella perfección y sublimidad, que escapa á los sentidos, dicen con misterioso acento:—Consiste en que esas éticas figuras, esas secas y recortadas formas, ese pálido color son espiritualismo puro, son la imagen más aproximada de la divinidad. Eso otro, que tanto gusta, que encanta, que conmueve, que atrae, es materialismo grosero, es ¡qué horror! *la imitación de la Naturaleza, tal cual existe ó puede existir*, y la pintura no tiene nada que ver con la Naturaleza.

» Ya tenemos aquí una teología aplicada á las bellas artes, que no puede menos de producir gran efecto en los aficionados á visiones. Los modernos regeneradores, á la manera del articulista, quieren que el espiritualismo, es decir, la flor y nata de la perfección en pintura, vaya á buscarse á la escuela gótica, italiana y alemana, anterior á Rafael de Urbino. Como la imitación de la Naturaleza es máxima enteramente profana y materialista, no puede su estudio haber servido de dato para llegar á tan *portentoso descubrimiento*; bien alto dicen los que de él hablan, que los sentidos nada tienen que ver con el espiritualismo. No hay, pues, más medio que el de la revelación. Los regeneradores modernos, los preconizadores del espiritualismo gótico-alemán han debido su sistema á alguna sucesión de visiones místicas, que con poco trabajo y tiempo les han puesto al corriente acerca del verdadero modo de pintar espíritus y gente del otro mundo. Lo único que les falta para persuadir á las gentes de la verdad de su misión apostólica, es hacer algunos milagros, ya que en conciencia no pueden llamarse sus obras milagrosas.

» Un solo inconveniente ocurre que oponer al sistema del articulista, que debe aconsejarse á los teólogo-pintores que lo tengan muy en cuenta. Una vez adoptado el principio de que

la imitación de la Naturaleza es cosa excusada y perjudicial en bellas artes; una vez resuelto que los profesores de ellas deben echarse á caza del espiritualismo; una vez que el juicio de los sentidos deje de ser el que resuelva el mérito y defectos en cuadros y estatuas, es muy de temer que algunos genios turbulentos, y mal hallados con el tipo gótico-alemán, se insurreccionen, se den por inspirados y por apóstoles, y pretendan que el espiritualismo se encuentra en las pinturas chinescas ó en los cuadros mejicanos de antes de la conquista. Ya conocerán los espiritualistas modernos que de aquí podían originarse tantos sistemas en bellas artes, como sectas en religión, y adiós verdadera revelación y espiritualismo ortodoxo de los alemanes de la Edad Media. ¡Cuidado con el inconveniente!

»Le falta tiempo al que esto escribe para extenderse más, como quisiera y como debiera, para demostrar que el afán de decir cosas nuevas, que el imperio en parecer originales, que el excesivo amor propio y otras pasiones no tan inofensivas y bien intencionadas, son capaces de inspirar los mayores absurdos, las más evidentes contradicciones. Para quien está más acostumbrado á manejar el pincel que la pluma, basta y sobra con lo dicho.»

Para aclarar más la materia que se discutía, añadió el señor Esquivel la réplica que sigue:

«El crítico desconocido, á quien dí una contestación en el número 1.238 de *El Corresponsal*, se ha creído obligado á volver por su honra; y en el número 1.243 de dicho periódico vuelve á la carga en el modo y forma que Dios le da á entender.

»Aunque á un artículo firmado debe contestarse con otro que tenga la misma condición, y aunque podría excusar entrar en contestaciones con un adversario embozado, quiero, sin embargo, decir cuatro palabras al que se presentó en la palestra con las pretensiones de regenerador de la pintura, para cantar una evidente palinodia, abandonando el apostolado por los más fáciles recursos de una sátira personal.

»Asustado, sin duda, el buen articulista con la monstruosa originalidad de su pretendido *espiritualismo*, y no pudiendo

menos de reconocer que las consecuencias deducidas por mí de su exótica doctrina eran obvias, palpables y precisas, tuvo á bien replegar todo su aparato de *arte culto, objeto poético, sagrada llama de las antiguas vestales, misión del artista* y otras frases de conjuro con que en su primer artículo hizo preceder la inoculación de su vaporoso sistema. Ya en su segundo escrito deja de ser el sacerdote inspirado de una nueva secta para convertirse lisa y llanamente en un ciudadano, pariente ó amigo de ciertos artistas, á quienes quiere preconizar, y para ello elige como medio más oportuno el deprimir á otros. Sin ser un lince se entreveía ya esta idea al través de sus nebulosas definiciones del arte cristiano; pero vale más que franca y sencillamente se presente así y se ahorra desde luego el trabajo no escaso de fabricar sistemas y defenderlos.

» Pero si no tengo inconveniente en permitir al articulista ese brusco salto é inesperada transición, le tengo sí en que pretenda no haber dicho lo que dijo. Reniegue en buen hora de sus palabras y avergüéncese de lo que respecto á nuestros grandes maestros dió á entender; pero no niegue ni su dicho ni su intención, porque para ayudar su memoria voy á darle con el texto en las mientes.

» Díjonos el articulista en su primer escrito que en España *no había escuela de pintura*, ni tampoco en ningún otro país, sin exceptuar más que la *primera aurora de una gran restauración* que se advierte en Alemania y en Italia. Mucho fía el articulista en el aislamiento é ignorancia de los artistas españoles, cuando después de haber soltado semejante prenda, quiere negar sus pretensiones; y habré de decirle que en esta ocasión contó sin la huéspeda. También por acá tenemos noticia de esa *primera aurora* que ha empezado en Roma y en ciertos Estados de Alemania; también conocemos esa nueva secta altamente despreciadora de cuanto en pintura se ha hecho desde Rafael Urbino acá; también hemos hablado con personas inteligentes y sensatas, que nos han dado curiosas noticias de esos desenterradores de pinturas góticas, de viñetas, de manuscritos antiguos y de relieves de los tiempos medios; y como esto se sabía, y como también era conocido

el conducto por donde esa secta pretende introducirse en España paso á paso y poquito á poco, por eso pude y tuve razón en afirmar lo que afirmé. El articulista vió que se había adelantado demasiado; advirtió que dejaba conocer su juego; tuvo evidencia de que como él mismo dice, *no es llegado todavía el tiempo*, y ha tenido por conveniente retractarse y recoger velas. Muy bien; pero vea para lograr su nueva idea, como puede borrar el siguiente párrafo de su primer artículo:

«Pero no entraremos en estas distinciones metafísicas; *no es llegado todavía el tiempo; transigiremos con el sistema dominante*; le pediremos cuenta tan sólo de lo que ha producido con arreglo á sus propios principios, á lo que él mismo parece prometer, que es la imitación de la Naturaleza tal cual ella se manifiesta á todo el mundo; en una palabra, *la reproducción de lo que existe ó puede existir.*»

»El articulista anónimo debe tener sin duda muy olvidado este parrafito que se le escapó en el calor de la improvisación. Por él se ve que el crítico no admite, sino es que á no poder más *transige* con el sistema dominante. Que este sistema con el cual sólo por necesidad *transige*, es el que se funda en la *reproducción de lo que existe ó puede existir*. Que esta transacción la hace el articulista, porque *no ha llegado todavía el tiempo* de que se adopte en pintura aquella *primera aurora* que hay ya en Alemania y en Italia. Esta pintura de primera aurora sabemos ya, por confesión del articulista, que no se ocupa *de lo que existe ni puede existir*, puesto que la pintura que esto hace es lo que el buen hombre llama *sistema dominante*, y este sistema no lo admite, no lo cree bueno, sino es que *transige* con él mientras llega *otro tiempo*. ¿Qué es, pues, esa *primera aurora*? Ya lo dije en mi primer artículo, ya lo saben las personas imparciales que han visto de cerca semejante extravío, y ya hay en España algunas obras por las cuales puede el más lerdo conocer y apreciar esa *primera aurora*.

»Pero los grandes maestros italianos, flamencos y españoles, lo mismo que los escultores griegos, nunca pensaron ni pudieron pensar en que sus obras no fuesen la reproducción de la naturaleza, si no como existía, al menos como *podía existir*, que en esta segunda circunstancia está fundado

el admirable dibujo de las estatuas griegas y el idealismo del pintor de Sanzio. Nuestro articulista dice *transeat* á esta máxima, y manifiesta que fuera de ella encuentra la perfección y la belleza. Por eso dije, y con sobrada razón, que el primer artículo de *El Corresponsal* era un ataque evidente y directo á los grandes maestros del arte, y mucho más á los de la escuela naturalista. Véase cómo Esquivel no inventó enemigos para tener el gusto de combatirlos. Véase cuáles son esos molinos de viento, y véase si el sistema que con inaudita retractación califica el articulista de *disparatado, insípido y monstruoso*, no está claro y terminante en el primer artículo de que ahora se reniega.

»El escritor anónimo se permite la ridícula suposición de que acaso quiera Esquivel defender sus obras al abrigo de las de grandes maestros, asimilando éstas á la crítica de aquéllas. A esto sólo puedo responder que es una baja calumnia. Cítese un solo párrafo de su artículo en que ni remotamente se haga la más mínima mención de sus obras.

»Esquivel es demasiado artista para no dejar el cuidado de su reputación al público. Esquivel no tiene tanto amor propio que se crea exento de defectos; pero cuenta con el suficiente para despreciar las críticas oscuras, anónimas y de pandilla. Esquivel jamás creará lícito formarse reputación á costa de la de los demás artistas, ni buscará ridículos pretextos para ensalzarse y deprimir á los demás. Respeta el talento donde quiera que lo encuentra, y no cree que el prestigio de nadie perjudique al que con estudio, aplicación y trabajo procura conquistarse. Téngalo así entendido el escritor anónimo, y si no lo ha sabido antes de palabra, consiste en el riguroso anónimo con que se cubre.

»Una respuesta análoga debo darle en cuanto á su insidiosa indicación respecto á ser ó no mío el artículo. Si suposiciones quisiera yo permitirme, y á la vista de un escrito anónimo bien pudiera hacerlo, fácilmente diría quién es el autor de los dos, que *El Corresponsal*, demasiado generoso, ha admitido y publicado; pero me estimo demasiado para querer penetrar los mezquinos recursos del amor propio. Yo respondo de lo que con mi firma se ha estampado; ¿quién responde

de lo que vergonzante y meticulosamente se me contesta?»

A principio del año de 1843 presentó el Sr. Esquivel en el Museo de Sevilla varias obras que antes habían admirado algunos inteligentes en casa del Sr. D. José Escacena. No habiendo tenido el placer de verlas, no podemos menos de referirnos al juicio que de ellas se hizo en *El Sevillano*, periódico de aquella ciudad. «Prometimos al público, dice, dar nuestro pobre voto, y vamos á hacerlo aunque con el respeto que nos inspira el nombre del autor, y sin dar á nuestro artículo la extensión debida, efecto de la poca que tiene nuestro periódico.

»El Sr. Esquivel, que tantos lauros había conquistado antes de ahora, y que ya gozaba de una brillante y justa reputación, no se ha mostrado menos digno del aprecio de sus compatriotas y del de toda la Europa artística al poner por obra los pensamientos de estas nuevas producciones. Son, pues, cinco lienzos que representan: el primero, la Ascensión del Angel de la Guarda; el segundo, el martirio de las Santas Justa y Rufina, y el tercero, una Venus acompañada de varias náyades que sostienen la concha que sirve á la diosa de carro en medio de los mares; el cuarto una Concepción de medio cuerpo, y el quinto, un San Gabriel de igual tamaño.

»Ocioso sería el apuntar aquí que el pensamiento del artista se halla en todos ellos expresado con mucha filosofía y naturalidad, que todas las figuras están dibujadas con suma corrección y esbelteza, y que todos los accesorios están en su lugar y elemento propio. Pero no pasaremos en silencio el observar que el Sr. Esquivel ha estado felicísimo cuando nos ha presentado á las mártires de Sevilla en tan gracioso é interesante grupo, con tanta belleza ideal y unción cristiana, recordándonos las mágicas producciones de Murillo, y rivalizando con ellas: no olvidaremos tampoco que las ropas están pintadas con mucho vigor y suma inteligencia, y que la entonación de todos estos lienzos es fuerte, armoniosa y está llena de vida; y por último, que es el colorido fresco, lozano y jugoso, como el de todos los cuadros de Murillo.

»El Sr. Esquivel es cada día más acreedor al aprecio y reconocimiento de los amantes de las bellas artes, y como ad-

mirador de la antigua escuela sevillana, mantiene el honor de los Pachecos y Velázquez al frente de la moderna, que aspira en nuestros días á levantar la noble y encantadora arte de la pintura á la elevación que alcanzara en tiempo de aquellos grandes ingenios.

»Nosotros, que somos siempre amigos de tributar á los que en nuestra patria brillan todo el reconocimiento y admiración debida, no hemos querido renunciar el dar al Sr. Esquivel este nuevo testimonio de la que nos ha causado la vista de sus últimas producciones.

»El público tendrá lugar de ver si son inmerecidos nuestros elogios, cuando estas obras se expongan en el museo de esta capital, que tendremos cuidado de avisar.»

El periódico de París intitulado la *Presse* habló de la Exposición de 1842, y aunque por cierto no hace justicia á nuestros más acreditados artistas, sin embargo, reconoce el mérito del Sr. Esquivel, á quien gradúa como á un artista de esperanza y porvenir. Los Sres. Esquivel y Villamil son los únicos de quienes no habla con desdén. «Entre los que han presentado cuadros, dice, en la Exposición, y que merecen que la crítica los examine seriamente, figura en primer término el Sr. Esquivel, cuyo talento procede con prudencia y saber, mostrando un espíritu tranquilo que en nada participa de la temeridad tan común á los que principian. El color rosa, tan bello y tan tierno en Murillo, ha sabido hacérselo suyo el Sr. Esquivel con una felicidad admirable: tiene tal vez el defecto de no estudiar bastante sus composiciones, pero en general es suave en los contornos, lleno de encanto, de efecto, siendo demasiado aficionado á aquel género vago y vaporoso, que es más á propósito para los misterios que para los retratos; pero es dulce, luminoso, seguro en la composición y en el estilo. Su patrono es evidentemente Bartolomé Murillo, de Sevilla, y ha debido estudiar á Juan del Castillo. Si el Sr. Esquivel hubiese nacido en 1618, habría hallado su época propia, y habría sobresalido en las admirables representaciones de la Virgen, reina florecida por millares de ángeles, en medio del vapor del cielo y del incienso; hubiera pintado frailes arrobados, limosneros y fundadores... La his-

toria de este joven pintor es un poema por sus desgracias; ha estado ciego, y milagrosamente ha recobrado la vista. Aunque joven, ha experimentado ya todo género de infortunios. Modesto aunque con noble orgullo, sabe hacer frente á la adversidad. Su taller es de los más sencillos, reduciéndose todo su adorno á algunos *bocetos*, varias copias de Murillo y de Velázquez, una cajetilla de cigarros y tres sillas para los amigos. Pasa las noches ordinariamente en el café del Príncipe, donde pasa el rato con D. Juan Florán, D. Ventura de la Vega, el Sr. Bretón de los Herreros, y otros varios amigos, todos admiradores de su talento. En este momento concluye el retrato del Sr. Roca de Togores: es un lienzo excelente, que es lástima que no lo presente á la Exposición.»

Este célebre pintor, no contento con haber enriquecido muchas galerías de pinturas con sus obras, ha prestado un gran servicio á su arte escribiendo un tratado de *Anatomía pictórica*, en la cual se trata de las medidas del cuerpo humano, de los temperamentos, de las razas, pasiones, etc., con veinte láminas litografiadas por él mismo, cuya obra, única en su especie y la primera que se ha escrito en español para los pintores y escultores, fué aprobada por el Gobierno después de oído el informe de la Academia, y ésta de los profesores del Colegio de San Carlos, para texto de la referida Academia.

Entre los cuadros más notables que ha pintado Esquivel se encuentran del tamaño natural: D.^a Blanca de Borbón, cuando le dan el veneno de orden del Rey D. Pedro; La Trinidad; Judit, ocultando la cabeza de Holofernes en el saco que le ha dado la esclava; Abraham, arrojando de su tienda á la esclava Agar y á su hijo; David descansando después de haber muerto á Goliat; Judit presentando al pueblo la cabeza de Holofernes. (Este cuadro y los dos anteriores fueron comprados por el comisario de Cruzada Sr. Alcántara Navarro.) David recibiendo en su palacio á Bersabé, cuadro comprado por el Conde de San Luis.

Con figuras menores que el natural, pintó á Cristóbal Colón, cuando llegó á la Rábida, explicando al prior y á otras personas sus proyectos de descubrir el Nuevo Mundo; La Ca-

ridad, presentada por una niña dando limosna á varios pobres en la puerta de un jardín (comprado por la Infanta doña Luisa Fernanda); Cristo resucitando á la hija de Jairo; Cristo resucitando al hijo de la viuda de Naim; Cristo curando á la suegra de San Pedro; Cristo en casa de Marta y María; Ismael muriendo de sed en el desierto; una Virgen de Belén del tamaño natural (comprado por S. M. D.^a Isabel II), y otros varios de vírgenes, santos y santas, entre los cuales no podemos dejar de hacer mención del de Santa Justa y Santa Rufina, cuando estando en la carcel murió la primera á consecuencia de haber sufrido el tormento de los garfios. Este cuadro, así como el de una Venus en la concha, hechos por encargo del Sr. Balmaseda, de Sevilla, son también del tamaño natural.

Entre los muchos retratos de este famoso artista, ha hecho varios tanto de S. M. D.^a Isabel II como de su esposo y de la Reina Madre D.^a María Cristina, habiendo tenido el honor de que el Infante D. Francisco de Paula acudiera á su casa todo el tiempo necesario para hacer su retrato, el cual pasó á poder de su hijo el Rey D. Francisco.

Ha retratado asimismo á todos los Ministros que han sido de Gobernación desde el año de 1832 en que se creó este Ministerio hasta la fecha en que murió el pintor, y en fin, sin otros muchos de personas notables que omitimos, ha pintado cuarenta y dos retratos de varios literatos distinguidos, oyendo leer al Sr. Zorrilla una poesía.

Ha pintado además diferentes cuadros del tamaño natural, tanto de osteología, en que hay algunos esqueletos, mitad con ligamentos y mitad sin ellos, y brazos y manos en pronación y en supinación, como de mitología, en que tanto en las figuras enteras como en los miembros separados están representadas las diferentes capas de músculos arreglados á las medidas generales del cuerpo humano y á la belleza de las formas. Estos cuadros están sirviendo para las explicaciones de anatomía en la Academia de Bellas Artes.

Por las obras del Sr. Esquivel, de que hemos hablado, admitiendo los juicios y calificaciones de escritores inteligentes en la materia, que han tenido ocasión de examinarlas deteni-

damente, cosa que, respecto de muchas de ellas, nos sería imposible en este momento, pueden conocerse con exactitud toda la extensión de su mérito y las singulares dotes naturales de que se hallaba adornado. El Sr. Esquivel, como hombre y según la franqueza y bondad de su carácter, no podía tener enemigos; pero como artista tuvo rivales, aunque no sea más que porque profesaban otras doctrinas, porque correspondían á otra escuela, ó porque hubiesen adoptado algún sistema y gusto diversos: éstos, sin embargo, reconocieron en él genio é imaginación brillante. Su conversación y sus escritos revelaban estas cualidades instintivas, que debió en parte á la naturaleza, y en parte á su país natal, y el mucho ejercicio de inventar y de ejecutar no pudieron menos de prestar vigor y ensanche á sus facultades naturales. Todas las personas inteligentes reconocen su singular mérito y su talento particular para las artes: unas le colocan en primera línea entre los artistas más célebres de nuestra época, y otras, aunque reconociendo sus excelentes cualidades, le consideran como un artista de segundo orden. Ambas opiniones pueden conciliarse, pues tanto unos como otros tienen razón. Los primeros le juzgan por sus grandes obras, los segundos por las que ejecutaba para atender á su subsistencia y satisfacer el deseo ó gusto de las personas que se valían de su talento. Con razón ha dicho un escritor, á quien más de una vez hemos citado, que «Esquivel no era un artista que trabajase sólo por la gloria, sino que á veces recordaba con oportunidad aquel dicho de Lucas Jordán: *la gloria en el cielo, y en la tierra el dinero*; y no es esto ambición de oro ni mezquina avaricia; en su posición hubiera sido una temeridad necia vivir sólo para la gloria.» Sin embargo, el Sr. Esquivel se consagró á ésta, porque ella forma el principal estímulo de los artistas; y apesar de que desempeñó constantemente cuantas obras se le encomendaban, acomodándose, según era justo, á la situación de las cosas y á las necesidades de la época, y aunque, según ha dicho, por su gusto no hubiera hecho un solo retrato, con todo, no ha dejado de producir multitud de cuadros, en los que exclusivamente ha trabajado por su gloria. Quizá ningún otro artista ha ejecutado tantos con este

fin: en prueba de ello, recuérdense los muchos premios que recibió en el Liceo y la multitud de cruces y distinciones con que le honró el Gobierno. Entre éstas, fué agraciado con la cruz de caballero de la real orden americana de Isabel la Católica, con el diploma de comendador de la misma, con el de socio de mérito de la Academia de San Fernando, de socio fundador del Liceo artístico y literario de Madrid, y otras varias condecoraciones y títulos con que el Gobierno y diferentes corporaciones científicas pretendieron manifestar el aprecio que hacían de sus obras.

Como no podía menos de suceder con un artista de mérito tan eminente, la crítica ha pretendido hallar en sus obras algunos lunares. Se ha dicho que Esquivel no estudiaba bastante sus obras, que abusaba de la misma facilidad con que producía, que no corregía suficientemente sus cuadros, etc. Todo esto no significa nada, ni rebaja un ápice de su mérito. Lo mismo se ha dicho de otros grandes artistas de la antigüedad, á quienes sin embargo, la posteridad conserva en el lugar en que su fama los ha colocado. Ese estudio, esa madurez y esa corrección extremada, ni se exige, ni corresponde ni es posible en obras que carecen de grande importancia y por las cuales nunca puede apreciarse el mérito y los talentos de un artista. ¿Se ha de juzgar á un poeta por una décima, un madrigal ó un ovillejo? En las obras grandes que el Sr. Esquivel ha presentado en las Exposiciones públicas, ó en las que de la misma clase ha trabajado por encargo particular, no podrá con fundamento observarse lo que antes hemos indicado: si la crítica asentase otra cosa, estamos seguros de que no podría probarlo. Las calificaciones que hemos mencionado son por otra parte demasiado vagas para que puedan fácilmente determinarse y demostrarse. Con este motivo debemos referir aquí la expresión de un artista sobradamente satírico. Viendo éste el retrato del general Espartero, hecho por Esquivel, y sorprendiéndole, como á todos los que le vieron, la brillantez de los dorados y cruces, se contentó con decir, para afear lo demás del lienzo: *¡qué lástima que este cuadro no fuese todo de oro!* Sin embargo, esta expresión cáustica, si bien se examina, y quizá contra la intención del que la pro-

firió, contiene un gran elogio, porque expresa la excelencia del colorido y del efecto de una de las partes principales del cuadro.

Cuando de las demás nada dijo un crítico tan severo, claro es que, sin disimular por aquéllas su admiración, nada hallaría que vituperar.

La época actual no ha favorecido al Sr. Esquivel. Las comunidades religiosas han desaparecido; los cabildos y los prelados eclesiásticos apenas cuentan hoy con lo indispensable para su precisa subsistencia; los grandes y títulos ven sus rentas bastante menguadas; los hombres de nueva fortuna no manifiestan un gran entusiasmo por las artes; el presupuesto de los Reyes se discute todos los años, al mismo tiempo que una justa prevision los obliga á aumentar su patrimonio. ¿Qué pintor, por célebre que sea, podrá esperar que se le encomienden obras de grandes proporciones y de grandes asuntos? ¿Quién será el que en estos tiempos pueda hallar su fortuna en el camino de la gloria? La fortuna y la gloria siguen hoy diverso rumbo; ¿qué esfuerzos y qué genio há menester emplear el que haya de conquistar la segunda sin desatender la primera? Así aconteció á nuestro artista. A las obligaciones precisas de su profesión robó todo el tiempo que le fué posible para consagrarlo, lleno de entusiasmo por su noble arte, á los progresos de éste y á la gloria de su nombre y de su patria.

Podrá disputarse acerca de las cualidades artísticas del señor Esquivel; la crítica, como ha sucedido constantemente con los hombres más eminentes en todos géneros, siempre tendrá que observar; pero el juicio general de los inteligentes y el sentimiento público mantienen la fama del ilustre artista, cuya biografía hemos trazado, en el elevado puesto que de justicia le corresponde. Ningún otro fué en su tiempo más conocido que él; ninguno fué más amado del público; ninguno gozó de un nombre más célebre ni más popular. Su casa era frecuentada de los personajes más distinguidos de la corte, de los literatos de más fama y de todos los amantes de las artes; todos se complacían en su conversación instructiva, en la amenidad de su trato, y en las agudezas felices y

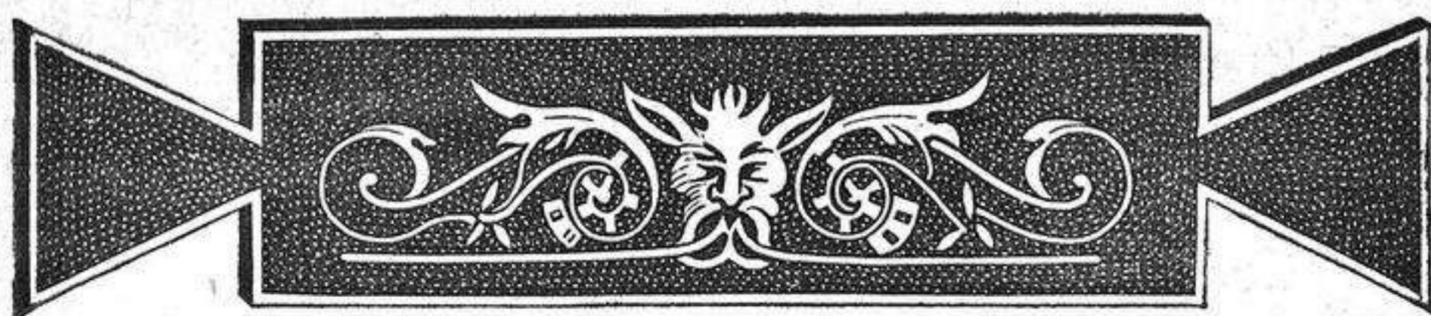
chistes andaluces con que comunicaba un tono festivo á cuanto decía.

Antes de que la edad le reclamase el descanso; con su amor ardiente por el arte que profesaba y con las brillantes facultades que hemos indicado, cuando aún podía esperarse más del Sr. Esquivel, atento siempre á extender sus conocimientos artísticos y filosóficos, incansable en el estudio y en la lectura, como lo era con el pincel en la mano, le arrebató la muerte en 9 de abril de 1857. La práctica de la enseñanza, que en todos los ramos se ha considerado siempre como un medio de perfeccionar los conocimientos, aumentaba cada vez más los del Sr. Esquivel, facilitándole hacer nuevas observaciones, y llegar en éstas á los últimos pormenores de ejecución. Bajo otro aspecto deben considerarse los servicios que nuestro artista prestaba con su enseñanza á la pintura y con ella á la gloria de su patria. El restaurador de la escuela sevillana, que con razón se considera por los inteligentes como la verdadera escuela nacional, no podía menos de comunicar á los alumnos, ya con sus explicaciones, ya con su ejemplo, el estilo y manera de Velázquez, Zurbarán y Murillo. El Sr. Esquivel no era sólo un gran pintor, era además el propagador de la más acreditada escuela.

Como testimonio de justo aprecio al mérito de tan ilustre artista, la real munificencia se dignó nombrarle, algunos años antes de su muerte, pintor de cámara; este cargo, y un asiento en la Academia de San Fernando son en nuestro país la prueba más insigne del mérito artístico.

A.





AL SIGLO XIX ⁽¹⁾



L EXCMO. SR. MARQUÉS DE BENALÚA.—Mi distinguido amigo: En los juegos florales celebrados en esta capital he tenido la fortuna de alcanzar la flor natural regalada por V., con la preciosa y artística joya en que estaba prendida.

Creo en este caso un deber de amistad y cortesía dedicarle la composición poética á que debí tan señalada honra.

Sírvase V., pues, aceptarla con la seguridad de mi más distinguida y afectuosa consideración.—B. S. M., *B. de Loma y Corradi*.

Amor, amor! Tú sólo eres fecundo;
Universal aliento de la vida,
Tú das el ser á cuanto encierra el mundo,
Desde la humilde y tímida violeta
Que nace y muere en el peñón asida,
Hasta la dulce nota dolorida
Que se mece en el arpa del poeta.
Tú, creador inmortal de cuanto existe,
Al envolver en tu vital aliento

(1) Oda premiada con la flor natural en los juegos florales celebrados en Alicante el 3 de agosto de 1883.

El alma noble de esta edad, quisiste
Dar á este siglo, de verdad sediento,
Las alas colosales
Con que se alzó para sellar con gloria
Sus sublimes y excelsos ideales,
En el eterno libro de la Historia.

Sí, tú lo hiciste, tú: cayó en Oriente
La deidad de sus templos y palacios;
La artista Grecia coronó la frente
De sus héroes sin fin, y los espacios
Pobló de dioses que vibrar hicieron
De las arpas la célica armonía,
Y en el mundo infundieron
El aliento del arte y la poesía.

Aun resuena en las cumbres del Olimpo
El eco de sus cantos poderosos;
En el mármol de Paros aun palpitan
Los cuerpos de esos héroes generosos,
Mientras su noble espíritu, flotando
Del Himeto en las brisas perfumadas,
Un nuevo sér acaso va buscando
Donde encarnar las glorias disipadas.

¡Perdido afán! No vuelven á la vida
Esas hermosas lúbricas deidades;
Si su belleza al goce nos convida,
No son sus liviandades
El fuego santo del amor profundo,
Unico redentor de las edades,
Unico eterno y único fecundo.

Esos dioses pasaron,
Desplomáronse altares tras altares,
Mientras los soles que en redor giraron
Alumbraban las aras seculares
Del Dios, cuyas pupilas inflamaron
Del Sinaí la gigantesca cumbre,
Y de majestad lleno,
Dictó su ley al reventar el trueno
En ráfagas sin fin de viva lumbre.

Unico, inmaterial, omnipotente,
El gran Jehová del escogido pueblo
Con majestad severa se ostentaba
En las llanuras de la Arabia ardiente;
Mas su grandeza al hombre anonadaba,
Y de su pequeñez compadecido,
Quiso templar su tímido desmayo
Dando al mortal, ante sus pies rendido,
De su profundo amor un dulce rayo.

Entonces, en la humilde Galilea,
Condujo un astro extraño y luminoso
A reyes y pastores confundidos;
El arado y el cetro poderoso
Se prosternaron con amor profundo
A las plantas de un niño misterioso,
Nuncio de paz y redentor del mundo.
Y ¡yo soy el amor! dijo aquel niño,
Y al escuchar su acento soberano,
El orbe en un impulso se conmueve,
Del mundo el ideal se hace cristiano,
Y el germen fué del siglo diez y nueve.

Así como el botón de la azucena
Se ciñe al tallo, apenas perceptible,
Y lentamente se colora y llena
Con impulso insensible,
Hasta que al fin la flor esplendorosa
Alza su cáliz que acaricia el viento,
Y en la vega anchurosa
Se derrama el perfume de su aliento;
Así el germen aquél fermenta y crece
De la barbarie entre la densa bruma,
Hasta que al fin florece,
Victoria excelsa y sin igual alcanza,
Y la tierra perfuma
Con su aroma de amor y de esperanza.

Y el siglo fué: sus alas en el tiempo
Magnífico tendió: quiso el pasado
Ser valladar á su gigante idea,

Y cual fiero torrente desbordado
Se lanzó con ardor en la pelea.

Como el padre que al hijo extraviado,
por reintegrar á la virtud, fustiga,
Como el amante que á su dulce amada,
Ardiendo en celos, con dolor castiga,
Así alza el siglo la fulmínea espada,
Graba «¡Adelantel!» en su soberbio escudo,
El dique rompe á la implacable guerra,
Y del hoy y el ayer al choque rudo,
Cruje en sus ejes la anchurosa tierra.

Derrumbándose tronos seculares,
Segadas caen cabezas con coronas;
De las naciones bórranse los lindes
Confundiendo los pueblos y las zonas,
Y en la tierra y los mares
Se agita y centellea
El duro acero y la invencible idea.

La furia del revuelto torbellino
En caos convierte pueblos y naciones,
Pero cual otro Génesis divino,
Entre el fragor de inmensas convulsiones,
Del caos brotó, magnífica y serena,
Nueva creación de aliento soberano
Que con amor la omnipotente mano
De su luz celestial pródigo llena.

A su fulgor desplómanse los muros
Que á la familia humana dividiendo,
De siniestros recelos la alimentan,
Y las cadenas bárbaras cayendo,
Libres los pueblos su grandeza ostentan.

El yugo arrojan de la media luna
Egipto y Grecia; América ya es libre,
Se acerca el Asia, Italia se hace una,
Caen las murallas del celeste imperio,
Se lanza al argelino á otro hemisferio,
El enhiesto Himalaya es conquistado,
El africano continente aislado,

Y todas las barreras así rotas,
 El mar de Faraón, antes inerte,
 Sus aguas por do quier derrama y vierte
 Desde el Danubio al Ganges y al Eurotas.

La llama en tanto del amor divino,
 Inunda en luz la inteligencia humana,
 Y de la ciencia en el triunfal camino,
 Montaña, abismo y piélagos allana.

Gigantes impalpables encadena
 Que arrastran pueblos de una á la otra zona,
 Y burlando á los límpidos espejos,
 Rayos de luz fugaces aprisiona,
 Y la imagen que pintan sus reflejos.

Soles hacen brotar cual luminares
 Que convierten la noche en claro día;
 Cruza á través de las inquietas mares
 Rápido el impalpable pensamiento
 Que el uno al otro continente envía,
 Y por miles de prensas esculpido,
 Instante tras instante repetido,
 La humanidad entera,
 Desde la humilde choza á los palacios,
 Conversa placentera,
 Palpitando en palabras los espacios.

Así el verbo inmortal, don de los cielos,
 Con el raudal de ideas que difunde,
 Los hombres todos en el hombre funde,
 Y cuando á tal impulso se levantan
 La humanidad magnífica agigantan.

.....

¡Oh siglo redentor! ¿Quién no se inclina
 Ante la majestad de tu grandeza
 Nutrida al fuego de la luz divina!

¿Qué nube empaña la preclara alteza
 De tu evangélica virtud?... ¿La duda?
 ¿Y qué importa la duda en nuestra mente
 Si dudar es creer, y nos escuda
 Contra la inercia vil del pensamiento,

Y el alma agijonea
Para lanzarla al ancho firmamento
Y hacer que adore, y que medite, y crea?
¿Por ventura la llama generosa
Podrá apagar, del siglo que redime
Al mísero mortal á quien oprime
La esclavitud infame y ominosa?
¡No, no, jamás! Ya no será arrancado
Del maternal regazo el tierno niño,
Para arrojarlo en bárbaro mercado.
La dignidad del conyugal cariño
No será hollada en triste gineceo;
El patíbulo horrible será odiado;
El hierro incandescente
No marcará del criminal' la frente;
No crugirán las carnes en la hoguera
Que la ignorancia bárbara encendía,
Ni el fanatismo, de rencores lleno,
Rasgará con placer el blanco seno
De la hermosa y poética Hipatía.

Tú, siglo, que aun te lanzas
De los combates en la ruda arena,
Al que rinden los botes de tus lanzas,
Del sangriento pavés alzas humano
Obediente al amor que tu alma llena
Y cuya voz te grita: ¡ese es tu hermano!

Por eso eres tan grande, porque amas,
Porque la caridad en ti palpita
Y en su calor purísimo te inflamas;
Y al influjo benéfico cediendo,
Del dulce sentimiento que en ti excita,
La tierra recorriendo
Con la antorcha de amor en que flamea
El fuego santo de tu noble idea,
Como en fiestas nupciales,
Continents y razas van uniendo,
Desde el polo á las zonas tropicales.

.....

Y tú, Señor, inmenso é infinito,
Cuya excelsa bondad á amar te mueve
A esta fugaz palpitación del tiempo,
Que en la lengua mortal de lo finito
El hombre llama siglo diez y nueve;

Tú, que para sellar en él tu gloria,
Realizando tu intento soberano
De hacer una en la vida y en la historia
Las razas todas del linaje humano,
Siempre á sus armas diste la victoria;

Tú, que alumbraste la inspirada mente
Del inmortal Colón, para que hallara
En ancho espacio un nuevo continente,
Cuya lozana juventud, avara
De libertad y amor, vivificara
Del viejo mundo la abatida frente;

Tú, que nos prestas alas poderosas
Para plegar del mundo las regiones
Y partir por igual los ricos dones,
De tu creación espléndida corona,
Que generoso diste
Y en prodigiosa variedad tendiste
Del polo helado á la abrasada zona;

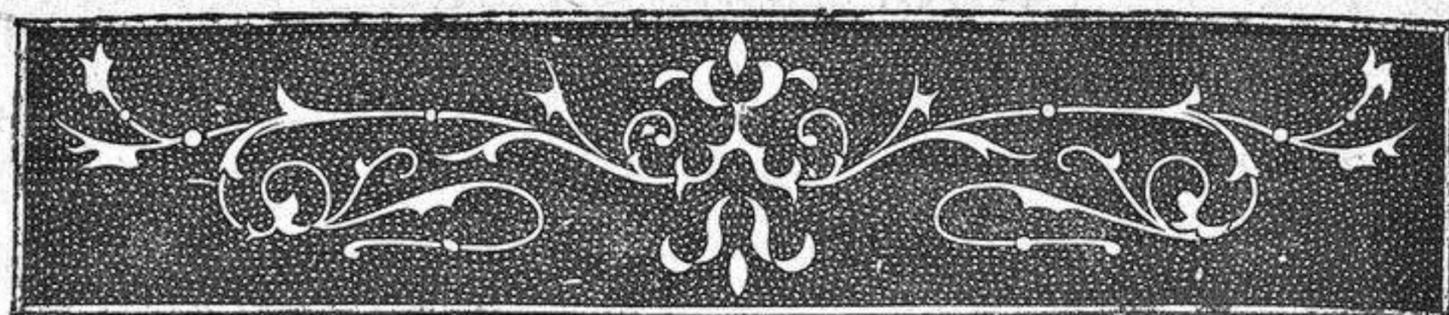
Tú, que así das al hombre por do quiera,
En confusión magnífica reunidos,
El roble añoso y la oriental palmera,
Los sauces doloridos,
Los pomposos laureles,
Del Líbano los cedros colosales,
El naranjo, monarca en los verjeles,
Y las robustas plantas tropicales
Ceñidas de jazmines y claveles;

Y al penetrante aroma regalado
Que en las auras difunde
El azahar de pétalo nevado,
Y el cinamomo ardiente,
Con el incienso arábigo mezclado,
El jugo saborea

De la rica, fecunda y dulce caña
Que en la América virgen se cimbrea,
Y la del cielo azul, hermosa España,
Espléndida le ofrece
El néctar puro que en su vena entraña
La trepadora vid que allí florece;
Tú, en fin, Señor, que generoso y bueno,
Con pródiga largueza
Nos das la luz que brota de tu seno,
Y extendiendo tu brazo omnipotente,
Con el sello inmortal de tu grandeza
De este siglo feliz, marcas la frente;
Haz que en él sea cumplida
De tu amor la promesa soberana.
Y que la raza humana
Inspirándose en ti con fe sincera,
Realice al fin unida,
Y en esa llama de tu amor fundida,
La universal fraternidad que espera.

BLAS DE LOMA Y CORRADI.





RESEÑA CRÍTICA DEL TEATRO

EN ALGUNOS PUEBLOS ANTIGUOS Y MODERNOS

Continuación (I).

III.

AL tratar de la poesía dramática española prescindimos de detenernos en refutar los errores de algunos escritores extranjeros cuando niegan á nuestro teatro la fecundidad, la riqueza y las brillantes condiciones que otros más justos y con conocimiento exacto del asunto le conceden y ensalzan; al presente tan sólo hablaremos de la escena española y ligeramente, siguiendo nuestro pensamiento al escribir esta *Reseña crítica*.

Así como la poesía lírica y épica tienen como base principalmente la naturaleza, así el arte poético dramático reconoce como fundamento la expresión de lo bello realizado: las dos primeras están inspiradas en el entusiasmo, en la tradición gloriosa, en los grandes recuerdos y en el modo de ver y pensar originariamente poético; mientras que la segunda, pertenecien-

(1) Véase la pág. 257 del tomo anterior.

do al estado, á la vida social y política, requiere también un centro de vida político y social para su desarrollo.

Reconcentrando en sí la grandeza y poderío de las naciones se eleva con sus triunfos, decayendo con sus infortunios; por eso la poesía dramática sigue, refleja de un modo perfecto el estado social, la vida entera del pueblo á quien retrata. Si alguna duda tuviéramos de esta verdad, la encontraríamos desvanecida totalmente al considerar nuestro teatro hacia la mitad del siglo décimosétimo. La monarquía española aparece en su mayor esplendor en esta época, temida de las demás naciones, su nombre es respetado por Europa, llevando por doquiera sus armas vencedoras, dueña ya de un vasto territorio, y contribuyendo de esta suerte al desarrollo progresivo en las diferentes esferas de la vida. El espíritu nacional, carácter distintivo de los españoles en esta como en todas las épocas, se hallaba fuertemente arraigado, desenvolviéndose en sus distintos aspectos é informando á todos sus actos; por eso el teatro, fiel reflejo de la vida nacional, se ostenta brillantemente luciendo sus más hermosas galas, representadas por la copiosa invención, por la prodigiosa fecundidad y por la sorprendente riqueza de sus producciones, como así lo ha reconocido la Europa entera. Consecuencia de esto es que el teatro español haya servido de ejemplo y de modelo á la vez á todo otro; porque libre de toda influencia é imitación de los antiguos, se presenta con vida propia, original, con un carácter marcadamente peculiar de este pueblo; separándose, por consiguiente, del italiano y del francés, los cuales en su formación han partido de la idea de querer restablecer la tragedia y la comedia griegas en toda su pureza; no libertándose de esta misma influencia el drama inglés, aun cuando sea sólo por imitación de Séneca, ó de las antiguas piezas francesas.

Este carácter nacional, rasgo principal del drama español, reflejado en todas sus formas, fundamento de recursos, vida de sus espectáculos hasta en los bailes populares, se le ve tomar de aquí sus elementos más importantes para llevar á la escena la sociedad que ella representa. Era tan popular el teatro, tanta era la legítima expresión de sus sentimientos é ideas, que no obstante la severa legislación y las repetidas tentativas

de Felipe II para ponerle trabas y modificarle cuando menos en su espontánea manifestación, se hacía ineficaz, siendo de todo punto estériles sus medidas para contenerle.

Poníase á la cabeza de cada compañía de representantes un autor; conocido con este nombre desde los tiempos de Lope de Rueda, dando á conocer del público diálogos dramáticos, diversión favorita del pueblo. La función se hacía al aire libre, en medio de la plaza ó de la calle, práctica seguida en Francia por Hardy, el cual al frente de su compañía de farsantes, formada por él mismo, ponía en escena las comedias más groseras imitadas de Lope de Vega; así se abría el camino á Corneille, y así también se hacía la importante y notable distinción entre autores dedicados á la representación y autores destinados á escribir comedias.

La condición de los cómicos era poco envidiada, por más que mejoró en influencia por el grande impulso dado al drama en el siglo XVII. Antes de esta época no se conocían los teatros, se representaba en patios ó corrales, se organizaban compañías ambulantes ó de la legua, proponiéndose como único objeto de sus trabajos la ganancia que pudieran obtener. Poco después, viviendo todavía Lope de Vega, se despertó tanto la afición á estos espectáculos, que fueron levantándose con profusión, llegando á construirse algunos más suntuosos en diferentes palacios reales, y aumentando al propio tiempo las compañías para representar, en términos, de que al morir Calderón, era tal el deseo por el teatro, la afición á las representaciones escénicas se había extendido por todo el reino, que no se encontraba un pueblo, aun el más insignificante, que careciese de él. No obstante de haber mejorado las condiciones del drama español y presentarse ya completamente formado en tiempo de Calderón, no por eso se hizo más envidiable la suerte de los cómicos. El trabajo que pesaba sobre ellos era duro en extremo, teniendo que aprender de memoria gran número de comedias para satisfacer al público, deseoso siempre de la novedad, y este sacrificio, lejos de recompensarse, se hacía insoportable, ya por los ensayos repetidos, ya por el auditorio dispuesto á no sufrir la más ligera falta: así Cervantes asegura pasaban una vida más dura que la de los mismos gita-

nos, y Rojas dice era mejor la condición de los esclavos en Argel que la de los cómicos. Si esto no fuera suficiente, y el cuadro apareciera todavía favorable, hay que añadir estaban muy mal pagados, andando casi entrampados los mismos autores de las compañías, consistiendo en parte estode que sus individuos, atraídos por el amor de la libertad y de una vida vagabunda, no podían tener los elementos necesarios para sostenerla y retribuir con regularidad el trabajo de sus representantes.

Perdida ya la importancia y popularidad del teatro, las compañías también decrecieron en número principalmente; así se explica costase mucho reunir tres en el reinado de Carlos II para solemnizar las fiestas de su matrimonio.

Respecto á la disposición del teatro español, es en extremo curioso saber sus partes principales. El proscenio, especialmente en los de Madrid, estaba más alto que el patio, no estando separada la orquesta, por presentarse los músicos, cuando así lo exigían las circunstancias, en las tablas. Enfrente había bancos reservados á los billetes personales, y tras de ellos el patio ó corral donde se reunía la multitud en pie y al aire libre. Entonces, como ahora, generalmente deciden del éxito de las piezas esta parte bulliciosa del auditorio. Había entre ellos quien ejercía un dominio incontrastable sobre la opinión pública, disponiendo á su antojo de los que en el patio se congregaban, causa de los aplausos ó de los silbidos de una comedia nueva, desempeñando estos cargos gentes de oficios bajos. Detrás del sitio destinado á los inquietos estaban las gradas para los hombres y la cazuela para las mujeres, y sobre estos sitios los *desvanes* y *apuestos* ocupados por personas de ambos sexos, las cuales disfrutaban, por su posición social, de alguna comodidad, llegando á veces á trasmitirse un balcón de padres á hijos, como si fuera otro objeto cualquiera que formase parte de su caudal hereditario, teniendo estos apuestos, no sólo comodidad, sino, lo que es más, las damas asistían á ellos con mascarilla.

La entrada en el teatro se pagaba en dos veces: la una era cobrada por el mismo empresario en la puerta exterior del edificio, y la otra en el interior, donde un eclesiástico recogía

la parte correspondiente á los hospitales y establecimientos piadosos, con el modesto nombre de limosna.

El auditorio se mostraba en muchas ocasiones injusto, lamentándose de esto mismo Cervantes, Lope y Suárez de Figueroa. Cuando querían armar jarana, llevaban carracas, petardos, campanillas, llaves y pitos, teniendo necesidad los autores de implorar el favor de los circunstantes. Si la comedia gustaba, se aplaudía pronunciando la palabra *víctor*; si desagradaba al público, los silbidos y el ruido producido por tan discordantes instrumentos manifestaban su disgusto.

Anunciada la comedia por carteles, y aquietado el vulgo con la recitación de algún romance favorito, si la función tardaba en dar principio, se *echaba la loa*, forma de prólogo, encontrado ya en Torres Naharro y llamado por él *introitos*. Después de la loa seguía la primera jornada de la comedia, habiendo entre una y otra algún intermedio de baile algunas veces y otras la recitación de un romance, diversión ó entretenimiento muy del agrado del público. Concluída la primera jornada, comenzaba el primero de los dos entremeses, escritos en castellano puro y castizo, y espíritu verdaderamente nacional; sirviendo de asunto las aventuras y lances de las clases ínfimas de la sociedad, cuyas costumbres ridiculizaba, y acabando los más de ellos con golpes, mogicones y palos, como se advierte en el *Coloquio de los perros*, de Cervantes. Seguía á la segunda jornada otro entremés de música y baile, y terminada la comedia, se daba fin á la función con un sainete, llamado así por Benavente. A lo último se bailaba, siempre con mucho gusto y complacencia del público, retirándose de este modo contento y satisfecho concluída del todo la función.

Si consideramos ahora el teatro español en sus diversas formas, le veremos ser un espectáculo y diversión eminentemente nacional, dirigido por el gusto popular. Dotado el pueblo de un sentimiento poético, de condiciones artísticas, se refleja su poesía en la historia primitiva con el encanto de la novela, habiendo hasta en sus costumbres mismas cierto colorido pintoresco, lo cual hace no se confunda con ningún otro pueblo. Obsérvase en él la energía, la imaginación, los sentimientos, el entusiasmo en todas y en cada una de las diferen-

tes épocas de su historia sin decaer un solo momento, sin debilitarse y conservando siempre el mismo, apesar de sus diferentes vicisitudes, de los innumerables obstáculos que por doquiera se le presentaban; así se explica sea el teatro español por sus atributos y carácter excepcional y único; así no se sirviera, proponiéndose como modelo, de otros aunque fuesen éstos los de las literaturas clásicas, especialmente la griega; así sus elementos son propios, hechura suya, como que están ingénitos en su misma naturaleza; así se le ve no tomar nada del drama francés, ni del italiano; así sus mejores argumentos están sacados de tradiciones familiares del auditorio, lo cual hace sea nacional y patrio, y así, en fin, apesar de sus faltas, reflejó siempre su carácter popular, siendo, por consiguiente, uno de los ramos más interesantes de la literatura moderna.

Examinado ya el carácter del teatro español, y consignado de un modo claro y terminante no haberse formado con elementos de otras literaturas, como le sucede al francés é italiano, reflejando perfectamente las costumbres de la sociedad, haciéndole popular; veamos, aunque sea con brevedad, la historia de su comedia desde su origen hasta el momento actual.

Al investigar el origen de nuestro teatro no debemos buscarlo ni en la literatura de los visigodos, que sus piezas escritas en el lenguaje usado por la multitud era una mezcla informe de latín y romance; ni tampoco en las poesías de los árabes y provenzales por habernos dejado los primeros diálogos sin acción, y los segundos se limitaron á cultivar la *gaya ciencia*, género de poesía desprovista totalmente del carácter teatral. De esto resulta que hasta el siglo XI no aparece en España cultivado el arte dramático, y entonces son representadas las farsas teatrales en los templos, estando vinculadas en el sacerdocio, el cual intervenía como actores en estos espectáculos. Esta especie de monopolio ejercido por el clero duró largo tiempo, contribuyendo el Rey Alfonso X con sus prohibiciones á castigar á los que por dinero representaban las habilidades pantomímicas de bailar, cantar y tañer.

Los primeros ensayos, mejor dicho, en donde se encuentra algo parecido á la poesía dramática es en el Arcipreste de

Hita, el que imitó bastante este género, mezclando en sus composiciones chistes, cuentos, descripciones y diálogos cómicos. Pueden considerarse también de esta clase las composiciones escritas por el Infante D. Pedro, siendo representadas el año 1328 en Aragón con motivo de la coronación de Alfonso IV.

En Castilla, por los años 1360 aparecieron algunas piezas, y en la biblioteca del Escorial se halla escrita una en verso de arte mayor, suponiendo es de aquel tiempo, y en la cual el autor ha reunido el baile, la música instrumental, la declamación y el canto. También escribió composiciones dramáticas, imitando las del teatro latino el mayordomo mayor de don Enrique González de Mendoza; y en Zaragoza, por el año 1414 para celebrar la coronación de Fernando de Aragón, se representó delante de los Reyes una pieza alegórica del célebre Marqués de Villena, revelándonos esta producción la decadencia del antiguo lemosín, tan celebrado por los poetas catalanes y valencianos. Más tarde Juan de Mena enriqueció el habla castellana con nuevos giros y palabras latinas. En el reinado de Juan II el arte escénico dió un gran impulso, elevándose á gran altura mediante la protección dispensada por el mismo Monarca; y no obstante los disturbios políticos, las agitaciones promovidas por la aristocracia, merced al poderoso ascendiente de su valido, lo cual conmovía profundamente aquella Monarquía; se había hecho de moda ser trovador, y en el real Palacio no pasaba noche dejase de representarse algún juguete cómico en presencia del Rey, estimulando con el ejemplo á los demás poetas á fomentar esta clase de diversiones. Estas fiestas decaen notablemente en tiempo de Enrique IV, reduciéndose el arte dramático á diálogos como el de Rodrigo Cota entre el amor y un viejo y el de Mingo Rebulgo y Gil Arrebato, de carácter pastoril, y en el que pinta los desórdenes de su tiempo.

El reinado de los Reyes Católicos, no tan sólo es notable por los importantes hechos en él realizados, por haber conseguido la unidad política y religiosa, por haber restablecido el orden en las distintas esferas y haber asentado la Monarquía bajo sólidas bases; si es que también acusa un progreso moral

é intelectual causa de su engrandecimiento. El teatro, en medio del sorprendente desarrollo adquirido en las diversas manifestaciones del espíritu humano, era natural siguiera la misma suerte que los demás géneros tan brillantemente cultivados; por eso vemos á Juan de la Encina con sus bellísimas composiciones dramáticas adornadas de un exquisito lenguaje, de una sonora versificación y de una gracia natural; y por eso también, Fernando de Hojas, continuador de la novela dramática, de la que con tanta gracia como oportunidad dijo Cervantes: *sería una obra divina si ocultara más lo humano*: se presentan ambos escritores inaugurando con sus felices ensayos la escena española. El siglo XVI trajo consigo la portentosa invención de la imprenta, la comunicación y frecuente trato con los italianos, el talento creador del Cardenal Jiménez de Cisneros, el poderoso vuelo que toman las letras en nuestra Patria y las grandes conquistas llevadas á cabo producen en la literatura una verdadera revolución; entonces, y como consecuencia inmediata de este gran movimiento, el erudito médico y buen prosista, Francisco Villalobos, nos da á conocer *El Anfitrión*, de Plauto; Torres Naharro compone ocho comedias, en las que revela profundo conocimiento de su lengua, facilidad en la versificación y talento dramático; Cristóbal de Castillejo, en cuyas producciones se deja ver imaginación profunda, acompañada de recto juicio, agudeza satírica y expresión clara, desmereciendo y quitando su mérito la falta de moralidad y sobra de desenvoltura en sus personajes; y en fin, Fernán Pérez de Oliva, á quien la literatura dramática es deudora de un gran servicio prestado por él al traducir en prosa *El Anfitrión*, de Plauto, y otras tragedias del teatro griego.

Después de tan distinguidos autores, la escena española decae, reconociendo por causas la falta de estudio y de recompensa y la decidida afición á lo maravilloso, engendrada por la lectura de los libros caballerescos; causas que motivan la reforma en el teatro, teniendo que aplacarse hasta mediados del siglo XVI, en que Lope de Rueda, autor y representante, aplica con buen éxito la prosa familiar. Siguiendo este camino Juan de Timoneda y Alonso de la Vega, contribuyen con sus esfuerzos á la reforma tan necesaria como provechosa;

por otra parte, la derogación, ó el desuso de lo prohibido por Alfonso X, y la multiplicación de las compañías cómicas, que recorrían las provincias entreteniendo al pueblo con sus variadas representaciones de comedias, tragedias, tragi-comedias, églogas, autos, farsas y entremeses preparan todavía más y hacen porque el teatro se presente con muy distinto carácter. Apesar de tan profunda alteración en la poesía dramática española introducida, continuaba sin manifestarse en el estado floreciente á que en tiempos posteriores había de llegar, debido principalmente á que las representaciones se hacían en los templos, no desterrándose de ellos hasta 1565 y 1566 por disposición del Concilio toledano, prohibiendo además á los clérigos se vistieran de máscara y representasen en la fiesta de los Inocentes, ni en otra alguna de las ejecutadas en las iglesias con desdoro del culto católico. Esto fué causa para que los teatros públicos adquirieran mayor desarrollo, gracias al ingenio de Torres Naharro, enriqueciéndolos con decoraciones pintadas y movibles y con otras reformas no menos útiles.

Las compañías cómicas esparcidas por los diversos pueblos de nuestra España daban nuevo impulso al teatro, siendo muy semejante á la semilla que arrojada en la tierra crece y germina para dar después sazonados frutos. Si en las provincias se sentía ese noble deseo á las representaciones teatrales, si se establecían en todas partes, en la corte con mayor razón habían de ocupar la atención pública como así fué con los llamados *Corrales* de la Cruz y el Príncipe; dándose á conocer en ellos muchas producciones del fecundísimo Lope de Vega Carpio.

El teatro, en manos de tan distinguido poeta, se elevó á tan grande altura, que pocas literaturas habrá donde aparezca con tanto brillo y esplendor. En efecto, su prodigiosa fecundidad, su dulzura y fluidez, la claridad en la expresión, variedad en los argumentos, facilidad en el diálogo y la bella invención en los caracteres de los personajes, son dotes que caracterizan á ese *Monstruo de la naturaleza*, como le llamaba Cervantes. Como prueba del favorable juicio formado de tan célebre poeta, véase lo consignado en la *Historia comparada de las literaturas española y francesa* del erudito Mr. Puibusque: «El

hombre asombroso, á quien hemos nombrado el primero, labra en todos los dominios del campo literario y por cualquier parte donde se dirige se oye gritar: *Plaza al prodigio de la naturaleza, al fénix del saber, al afortunado, al glorioso Lope de Vega Carpio*. En él la poesía es como el néctar de los dioses del Olimpo, mana hasta colmar la copa, sin que derrame una sola gota de amargura; los aplausos que le saludan hoy, le saludarán mañana más fuertes, más ruidosos, más frenéticos, y le acompañarán hasta el último momento de su vida, y una sola voz no osará levantarse contra tan continuada ovación y la misma envidia se verá precisada á pasar la frontera para derramar su ponzoñosa hiel.

Parecería á primera vista había de morir el teatro tan pronto como Lope de Vega abandonase la escena, por no ser posible sostenerla á esa altura; y sin embargo, se da el hecho de presentarse, después de su muerte, el más grande y legítimo representante de la poesía dramática española, D. Pedro Calderón de la Barca, digno émulo de Lope de Vega. Sus excelentes cualidades como poeta, creemos verlas enumeradas en el acertado juicio emitido por el crítico alemán Schlegel en su *Curso de literatura dramática*: «Escritor no menos fecundo, genio no menos poderoso que Lope, pero mucho más poeta, poeta en toda la extensión de la palabra, si alguna vez ha merecido un hombre este epíteto. Repitióse en su favor, pero en mayor grado, la admiración de la naturaleza, el entusiasmo del público y la dominación del teatro... Hasta en los dramas de Calderón que representan costumbres modernas y que casi todos descienden al carácter de la vida común, se siente uno encadenado por un atractivo fantástico, sin que pueda considerarlos como comedias en el sentido ordinario de esta palabra... Florecía aún Calderón cuando en los demás países de Europa dominaba el gusto amanerado en las artes, y las letras iban declinando hacia el prosaismo, que tan universal fué en el siglo XVIII. Podemos, pues, considerarle como el punto más alto de la poesía romántica; todo el brillo de ésta concluyó en sus obras, del mismo modo que en un fuego artificial se suelen reservar los colores más bellos y las luces más deslumbradoras para el final.»

No es ciertamente este el juicio de otros críticos extranjeros; empero la verdad se abre paso por doquiera, sus relevantes dotes brillan cual esplendente faro en el campo de lo dramático, y su genio creador ha conseguido colocarse por cima de los Corneille, de Racine y Alfieri y sentarse al lado de los Shakspeare y Schíller.

Inteligencia vigorosa, conservando siempre aquel brillo propio de su fecundidad en las diversas edades de su vida, como lo prueba el haber escrito á los trece años *El carro del cielo*, continuando escribiendo á los ochenta como en su juventud; favorito de la corte y del pueblo, no habiendo acontecimiento notable ó suceso faustoen que dejase D. Pedro Calderón de intervenir, ya con sus *loas*, ya también con sus *autos sacramentales*; tuvo el privilegio, durante treinta y siete años, de proveer á Madrid de toda clase de representaciones, sin excluir la *zarzuela*, importada de Florencia y protegida por el Cardenal Infante D. Fernando. Tal fué el influjo ejercido por tan ilustre poeta en el teatro, tanta su justa y merecida fama y tal el merito de sus obras, que la posteridad ha confirmado el fallo de su siglo, admirando los raudales de poesía esparcidos por todas ellas, siendo la admiración de propios y extraños las comedias conocidas con el nombre de capa y espada, especialidad cultivada por tan extraordinario genio. Luzán en su *Poética*, cap. 1.º, lib. 3.º, uno de los críticos más enemigos de la escuela romántica y calderoniana, dice lo siguiente: «En las comedias de capa y espada no sé que Calderón tuviese modelo. La invención, formación y solución de enredo complicadísimo; las discreciones, las agudezas, la galantería, los enamoramientos repentinos, las rondas, las entradas clandestinas y los escalamientos de casas: el punto de honor, las espadas en mano, el duelo por cualquier cosa y el matarse un caballero por castigar en otro lo que él mismo ejecutaba; las damas altivas y al mismo tiempo fáciles y prontas á burlar á sus padres y hermanos, escondiendo á sus galanes aun en sus mismos retretes; las citas nocturnas á rejas ó jardines; los criados pícaros, las criadas doctas en todo género de tercería, por cuya razón hacen siempre parte principal de la trama, y en fin, la pintura exagerada de los galanteos de aquel

tiempo y los lances á que daban motivo, todo era suyo.»

Entre la pléyade de poetas ilustres que contribuyeron poderosamente á sostener la escena española merecen particular mención D. Agustín Moreto, notable por la corrección y cordura y lo ajustado de sus obras á las prescripciones del arte, siendo uno de los primeros poetas que escribieron comedias de carácter como *El lindo Don Diego* y *El Marqués del Cigarral*; D. Francisco Rojas, célebre por sus comedias de capa y espada muy semejantes á las calderonianas, y el padre Gabriel Téllez, más conocido con el pseudónimo *Tirso de Molina*; por último, Ruiz de Alarcón, quizá el primero de todos por lo moral, lo filosófico, lo concienzudo y lo académico de sus producciones.

En la imposibilidad de hacer un estudio algo detenido de cada uno de estos ilustres poetas, deteniéndonos en el examen de sus principales comedias, nos fijaremos principalmente, si bien con la mayor brevedad, en Tirso de Molina. Abandonando el carácter galanteador y caballeroso de Calderón, sigue á Lope de Vega en lo perteneciente á lo picaresco. Consecuencia de esto es se encuentren en él expresiones maliciosas, campee en sus comedias más libertad, llegando á veces hasta la licencia, siendo muy superior á los demás por la *vis cómica*. Tirso reúne todas las cualidades para imprimir un gran movimiento en nuestro teatro; imaginación viva y lozana, estudio profundo del corazón humano, riquísima vena poética, gracia inimitable en el decir y admirable conocimiento de la lengua patria. Empero al lado de estas bellezas se descubren defectos, «debidos, como dice el Sr. Mesoneros Romanos, al influjo poderoso que en él debía ejercer la portentosa fama de Lope de Vega, pues dominado por la presencia de este genio creador, dejó correr el suyo por el vastísimo campo de su fecunda imaginación sin limitarle, como acaso prudentemente hubiera convenido en muchas ocasiones, por los consejos de la sana razón y del gusto delicado.» Acúsasele también á este poeta de la liviandad en la acción, prescindiendo de ser achaque demasiado común en los escritores de los siglos XVI y XVII; vemos, por otra parte, algunas de sus comedias con un objeto moral como fin de sus composiciones: sirvan de

ejemplo: *Marta la Piadosa*, *Por el sótano y el torno*, *La celosa por sí misma* y *Privar contra su gusto*.

He aquí presentada en síntesis nada más la grandeza del teatro español, gloria que se extiende por todo el siglo XVII y principios del XVIII. Es indudable adolecen sus producciones de muy notables defectos; empero son tantas sus bellezas, que bien puede dispensárseles lo mucho malo en gracia de lo muchísimo sublime. La valentía de sus inspiraciones, la fecundidad de su genio, la vena de su riquísima versificación y tantas otras incomparables cualidades han sido causa de que acudieran los más eminentes poetas á buscar en sus obras argumentos é inspiración; así Corneille, Racine y Molière copiaron muchas cosas de Alarcón, Guillén de Castro, Moreto, Mendoza y Calderón de la Barca: por eso los críticos, aun los mismos franceses, reconocen como verdad indudable que los dramáticos españoles formaron su teatro, abasteciendo á los demás de Europa, sin tomar ideas de fuera, y diferenciándose completamente de los demás por ser eminentemente nacional.

Con motivo de ocuparnos del teatro español, hemos tenido necesidad de hacer alguna indicación respecto del francés, siendo éste el lugar oportuno para hablar de él con la brevedad posible. Como la poesía dramática en Francia aparece reconcentrada principalmente en Corneille, Racine y Molière, ellos serán los que ocuparán nuestra atención, dando las noticias más importantes.

Nació el teatro en Francia de la representación de los misterios, de la misma manera que el clásico griego tuvo su origen en las solemnidades religiosas. Más tarde llegó á ser objeto de especulación y no de arte. Todavía á mediados del siglo XVI tienen lugar algunas representaciones de misterios y moralidades por los clérigos de Bazoché, desapareciendo por completo durante las turbulencias políticas del reinado de Luis XIII; desde entonces las mujeres acuden al teatro y con ellas las personas bien educadas; se destierran de él las obscenidades, contribuyendo también á esta reforma la protección que le dispensara el Obispo de Luzón y Cardenal Richelieu. Presentábase la escena sin aparato alguno; la misma decoración servía para diferentes asuntos; permitíase aplaudir ó

silbar, y todo gesto era tolerado si con él se excitaba la atención y la risa de los espectadores.

Antes que Corneille engrandeciera la escena francesa, le preceden algunos otros que preparan el triunfo que más tarde había de obtener, no obstante las censuras de que ha sido objeto y de los cargos dirigidos contra él.

Nacido en Nouen el célebre dramático francés dió muestras en edad temprana de sus aptitudes para el teatro. A los veintitres años escribió su *Melita*, después su *Clitandra* y la *Viu-da*, piezas de mucho efecto y de carácter afectado y romancesco. La *Medea* está tomada de Séneca; empero lo que aseguró su triunfo y la gloria como poeta es el *Cid*. Está tomado este personaje, con sólo indicar su nombre, de la historia de España, y en quien al antiguo valor va acompañado de sentimientos de ternura, gracia y honor. Encuéntrase en ella situaciones verdaderamente trágicas; la lucha está perfectamente sostenida entre el deber de vengar el honor de su padre y el temor de ofender al objeto amado; el lenguaje de la pasión revela el estado psicológico, estando, por otra parte, exento de afectación y apropiado al asunto. Sin embargo, al lado de estas bellezas se ve el carácter de Jimena mal definido y la acción con verosimilitud convencional adquirida en virtud de incidentes acumulados.

Al ser representado el *Cid* promoviéronse largos debates y acaloradas polémicas sobre su mérito, manifestándose muy divididos los pareceres y encontrando los unos motivo de fuertes censuras y los otros de entusiastas alabanzas. Auvignac sostuvo la necesidad de conformarse á las reglas de Aristóteles para hacer una tragedia. Mairet puso en práctica el precepto. Scudery atacó el principio de libertad iniciado por Corneille, y Richelieu nombró á la Academia árbitra de la cuestión. Tan docta corporación desempeñó con dignidad y buen sentido la difícil tarea; en una crítica bastante respetuosa mostróse económica en alabanzas, ortodoxa en sus doctrinas pero sutil y exacta en sus manifestaciones, no teniendo presente iba á fallar sobre una obra maestra. Esta censura, en parte debida á Chapelain, pudo hacer decir á la Bruyere: «Uno de los mejores dramas que se conocen es el *Cid*; una de las me-

jores críticas que se han escrito es la que se ha hecho del *Cid*.»

Obsérvase en Corneille que mientras pierde su originalidad, su estilo se ennoblece, abandona los defectos, las incorrecciones y la oscuridad. Expresa pensamientos atrevidos y á veces sublimes sin perjudicar á la claridad bajo la forma de una admirable concisión. Lucano y Séneca son sus autores predilectos; pero deja de ser hinchado é hiperbólico como lo son aquéllos, describe mejor el heroísmo y las pasiones violentas que las afecciones delicadas ó los sentimientos débiles. Sus personajes son todos grandes, todos capaces de inmensos sacrificios, destacándose estas cualidades aun en medio de planes mal trazados. Mezcla el amor y la religión en una síntesis tan admirable, lo cual le permite crear tipos tan nobles y delicados como el de Paulina, superior á toda otra creación del teatro francés. He aquí apuntado brevemente el juicio del célebre Corneille y su significación dentro de la escena francesa.

Digno sucesor y legítimo representante del teatro francés encontramos en Racine, á quien la crítica severa le coloca en muchas ocasiones como superior á Corneille, principalmente en el modo de disponer los argumentos, en la graduada construcción y en el cuidado puesto por él en los menores detalles. Corneille crea á sus héroes de un sólo golpe totalmente buenos ó totalmente malos; Racine los presenta más inclinados al bien, matiza los sentimientos, excitando de esta manera más simpatías: el primero sacrifica su genio á las pretensiones de su siglo, y el segundo, tranquilo y armonioso, se adapta á ellas espontáneamente como un manso río acepta los diques que le limitan embelleciéndole; en aquél las pasiones están siempre en lucha; en éste no hay otros combates sino las conveniencias y el amor.

Racine no gusta como Shakespeare de lo grande, de lo extraordinario, de aquello que excede los límites naturales, sino que conduce al espectador por los más suaves senderos, á fin de no violentar su naturaleza; de ahí que sean sus intrigas sencillas, los caracteres convenientes, los colores no prodigados, sus personajes hablan el mismo lenguaje, espresándose sus héroes á veces en tono afable muy chocante. Las mujeres de Racine son siempre graciosas y noblemente tranquilas; el amor es

siempre una pasión respetuosa, procurando imitar la sublime familiaridad de los griegos. Conocedor del corazón humano, sobresale, siendo superior á Corneille en las medias tintas. Trasformó la lengua, dió estabilidad al estilo poético, consiguió en los idilios y elegías una perfección desconocida antes de él por la melodía en las expresiones, tan felices como naturales, no teniendo igual como poeta lírico en los coros de Atalía.

Después de las grandes figuras de Corneille y Racine se presenta en el teatro francés un joven, nacido bajo los postes de los mercados, de familia humilde, destinado por sus padres al estudio de la jurisprudencia; pero que atormentado por su genio, abandonó la carrera del Derecho y se unió á una compañía de cómicos, ocultando su nombre de Poquelin con el de Molière que le debía hacer inmortal.

La tragedia fué ensayada por él al principio; pero bien pronto los silbidos le anunciaron obtendría señalados triunfos en la comedia, decidiéndose á cultivar este género en medio de los entusiastas aplausos arrancados por su *Aturdido* y el *Despecho amoroso*.

La sociedad de aquel entonces le presentaba ancho campo á su talento cómico, prometiéndose sacar gran partido de ella, no con bufonadas y forzados accidentes, sino describiendo, pintando los caracteres arrancados de su mismo fondo. El palacio de Rambouillet era el centro de las extravagancias en donde la ciencia llegaba á ser una pedantería, la lengua una jerga y la delicadeza de sentimientos una hipocresía de beata. No podía, sin embargo, censurar á las personas allí reunidas; sabía que en el momento mismo de intentar llevar á la escena sus defectos, de criticar sus ridiculeces, sería arrojado de aquellos salones, y con su expulsión le arrebatában la gloria y la esperanza. En situación tan comprometida, determinó escribir las *Preciosidades ridículas*, protestando, no obstante, de querer ridiculizar tan sólo aquéllos que se esforzaban en imitar vanamente los modales de la alta sociedad. El éxito más completo coronó los esfuerzos de tan prodigioso talento; los aplausos, los vítores y las manifestaciones de todas clases se unieron para tributar el merecido elogio al genio de Molière: la ciudad

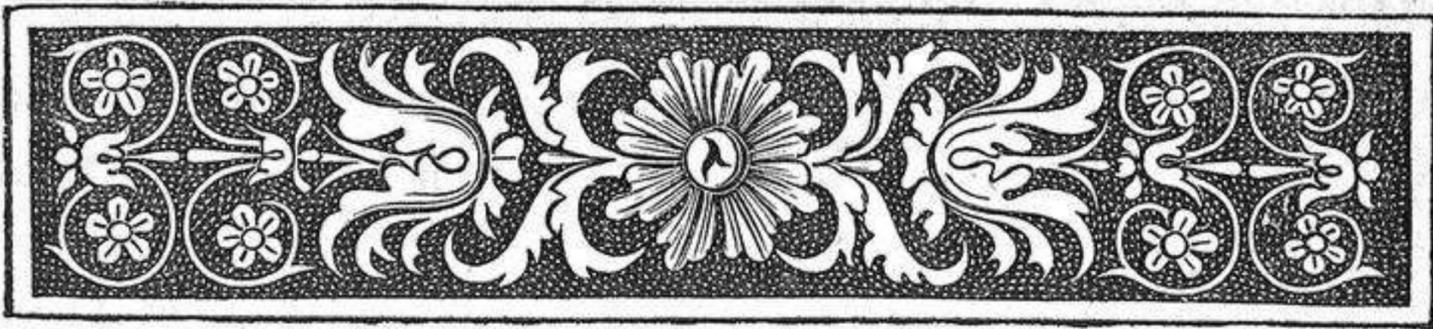
quiso ver esta pieza, las provincias la solicitaron á su vez, y fué preciso aumentar el precio de los billetes al contemplar la afluencia de gente deseosa de admirar aquella rica producción en donde no se sabía qué elogiar más, si el atrevimiento, la osadía al presentar en escena y pintar á lo vivo el carácter de aquella elevada sociedad, ó la verdad en los retratos referentes al modo de ser de la misma. Más tarde, siguiendo por este camino tan brillantes triunfos y acosado por sus admiradores, escribió la *Crítica de la escuela de las mujeres* y el *Impromptu*, de Versailles, notables ambas por describir escenas y caracteres de hechos reales, alcanzando de esta manera la originalidad.

En resumen: Molière es considerado en Francia como el primer poeta cómico de toda la literatura. Es superior á Plauto, y si Terencio le vence en gracia, le excede, en cambio, en verdad y fuerza de caracteres, en la buena elección de los detalles y en la vivacidad del diálogo. Si no tiene la fecundidad de los españoles ni sus profundos sentimientos, posee, sin embargo, corrección y regularidad. El mismo Shakspeare, tan superior en la fuerza, en la vivacidad del colorido y en la riqueza de caracteres, dista mucho de tener el arte de dirigir cada cosa á su objeto.

MARIANO AMADOR.

(*Se concluirá.*)





LAS PEREGRINACIONES A LA MECA



A peregrinación es un acto religioso, un viaje emprendido para ofrecer testimonio de la piedad de los creyentes á Dios, y está muy generalizado en Asia, como en muchas comarcas de Occidente, bajo diferentes formas y en numerosas localidades.

En la India se celebran multitud de peregrinaciones, en épocas diversas, lo cual se comprende fácilmente, á causa de las numerosas sectas idólatras que pueblan aquellas comarcas. En Persia son renombradas las de Mesched, Kom y Schahabdulahson, y en Turquía, las de Bagdag, Casemen, Kerbellah y Nedjeb-Esref, que tienen por objeto ir á rezar sobre la tumba de algunos tenidos por santos ó mártires, y sobre todas, las de Medina, en el Hédjaz, para orar en el sepulcro del gran legislador del Islamismo, y la de la Meca, la más grande, más famosa y más frecuentada, donde los musulmanes de todos los países y de todas las nacionalidades acuden para prosternarse ante el tabernáculo de Allah, en expiación de sus pecados.

La peregrinación á la Meca atrae al Hédjaz multitud inmensa de musulmanes en todas las épocas del año, pudiendo decirse que hay en ella una peregrinación permanente. Los ejercicios religiosos, la partida de los peregrinos, no se hace

desde luego y de una vez, sino lentamente; y una gran parte de los que no estuvieron en Medina, antes de ir á la Meca, van á la ciudad del Profeta, al volver de su peregrinación, especialmente los javaneses y los indios. Cinco ó seis semanas después de la partida de todos estos viajeros, principia de nuevo la peregrinación á Medina para adorar el sepulcro de Mahoma, afluyendo allí los habitantes de los países limítrofes del Hédjaz. Después de la piadosa visita al cuerpo del atrevido institutor del Islamismo, éstos *hadjis* ó peregrinos pasan á la Meca para celebrar en ella el Ramadán y esperar el Kurban-Bairam.

Las peregrinaciones ya eran conocidas de los árabes paganos, y Mahoma, al amalgamar la idolatría de aquellas gentes con el monotheismo de los hebreos, la impuso á todos sus sectarios, siendo desde entonces para los musulmanes el acto más importante de su vida religiosa, y uno de los puntos fundamentales del Islamismo ordenado por el Profeta, que quiso por tal medio mantener vivo el entusiasmo por sus creencias, entre los pueblos donde se adoptaron.

Semejante deber es ineludible para todo musulmán, de uno ú otro sexo, salvo algunas excepciones por causa de enfermedad, de infancia ó de vejez. Los Sultanes, los Príncipes, los altos dignatarios y otras personas que pueden costearlo, cumplen aquel deber por medio de delegaciones, encontrando fácilmente, á cambio de algunos miles, y aun de centenares de piastras, quienes les sustituyan en aquella religiosa campaña.

El peregrino, antes de cubrirse con el traje de penitente (*ehiran*), se llama *hallal*; con dicho traje, *mauhrin*, y después que ha terminado la peregrinación, *hadji*, título que le da derecho á la veneración pública; pero que no adquiere si no se encuentra en la Tierra Santa, en la Meca, el día de Kurban-Bairam, y si no ha llenado todos los deberes establecidos para aquella práctica devota. Si llega en otra época, ó aunque sea al día siguiente de las solemnidades, ya no tiene el derecho de ser considerado como *hadji*.

Cuando el musulmán ha resuelto ir á la Meca para purificar y santificar su alma, ni la distancia, ni la miseria, ni

los gastos, ni los sufrimientos, ni los peligros le apartan de la realización de su propósito. El fanatismo lo desafía todo para adquirir el dichoso y anhelado título de *hadji*, y las fatigas que el buen creyente tiene que vencer, y las privaciones que se impone, son para él de poca importancia, á cambio de la celeste y sensual beatitud que le espera, si dejare la vida en la demanda.

Y se comprende este afán de cumplir con tan recomendado deber, si se tiene en cuenta que, según la doctrina musulímica, la peregrinación á la Meca sirve para expiar y obtener el perdón de setenta años de crímenes y de iniquidades; que un día de ayuno en aquella tierra santa equivale á cien mil fuera de ella, y que un dracma dado de limosna en aquella ciudad, vale tanto como otras cien mil limosnas hechas en otros sitios, siendo mayor la intensidad de estos merecimientos cuando la víspera del Bairán (*arifé*) cae en viernes, y en él se lleva á término la peregrinación; pues entonces ésta, llamada *hadji-ul-ekper*, equivale á otras setenta. Así se comprende el afán con que los fanáticos musulmanes procuran alcanzarla, seguros de que una vez conseguida no hay obstáculos para ellos en el camino que ha de conducirles al tentador paraíso de Mahoma.

En los antiguos tiempos, como ha sucedido en casi todas las religiones, acudían á los lugares santos los ricos en mayor número que los pobres, á causa de las dificultades en los medios de comunicación y de los grandes gastos que exigía el cumplimiento de aquel deber religioso. Entonces iban á la Meca los nobles, los pachás, los príncipes y las princesas, y aun algunos sultanes, como los que llevaron los primeros en tan elevado puesto los nombres de Omar, Ahmet y Solimán, haciendo la peregrinación con un tren inmenso y multitud de servidores, de camellos y de toda clase de provisiones; hoy, por el contrario, la mayor parte de los peregrinos son de clase indigente, sobre todo entre los indios javaneses, persas y *tacruris* africanos.

Los ricos viajaban y viajan con todas las comodidades posibles, sosteniendo sus vidas con buenos manjares, como conservas de carnes y pescados, buen pan, galleta, etc.; pero

los pobres, que son la mayor parte de los peregrinos de estos tiempos, llevan por todo equipaje una alforja ó saco con todas sus riquezas, que consisten en algunos dátiles, queso y tortas de ínfima clase.

Y sin embargo, el número de peregrinos va en aumento, creciendo á medida que los modernos adelantos van haciendo más fáciles las comunicaciones; pero ha disminuído notablemente el número de animales que hay que inmolar, en cumplimiento de las ceremonias ó rituales.

Cuando estaba en mayoría la clase acomodada, cada peregrino sacrificaba 3, 5 ó 10 carneros, y aun bueyes, vacas y camellos, mientras hoy el hadji de mediana posición mata solamente un borrego, y los más pobres se reúnen en grupos de tres ó de cuatro para inmolar otro.

El viaje en caravana era entonces más frecuente porque no había barcos de vapor ni caminos de hierro, y los peregrinos no se entregaban confiados al azar de los buques de vela, cuya marcha es siempre de incierta duración, y cuyos naufragios eran muy frecuentes. La caravana de la Siria contaba antiguamente de 35 á 40.000 peregrinos, mientras ahora se compone apenas de 5 á 6.000, porque en lugar de ir á la Meca en caravana ó por tierra, los peregrinos se embarcan en buenos trasportes en los puertos del Archipiélago para Constantinopla ó para Alejandría, y en Suez para Yambo y Djeddah. Los indios son los únicos que se embarcan, en pequeño número, en los vapores, haciendo la mayor parte el viaje en barcos de vela.

La caravana de Egipto, reforzada con la de Africa, compuesta otras veces de 40 á 50.000 hombres, hoy ha quedado reducida de 5 á 6.000; y esta última, la de Africa, es también mucho menos numerosa que otras veces, pues mientras antiguamente llegaba á 40 ó 45.000, en la actualidad apenas cuenta 12.000 peregrinos. En cuanto á las caravanas particulares, la de Mascata, que en los pasados tiempos atravesaba el desierto para ir á la Meca, no existe hoy. Otra caravana, compuesta de indios y de persas, que tenía su punto de reunión en el golfo Pérsico, sobre todo en el Katif, para ir á Nedjdh y de allí á la Meca, está igualmente casi extinguida.

Donde antiguamente se reunían de 12 á 13.000 personas, apenas llegan hoy á 3 ó 4.000.

La caravana de la Bulkaria, que atravesaba las estepas de la Tartaria y territorio de la Rusia y de la Turquía, para dirigirse á Damasco y alcanzar la caravana de Siria, está completamente suprimida, y este cambio de itinerario es debido indudablemente á la revolución marítima producida por el vapor, y á la facilidad de trasportes que ofrecen las mensajerías francesas é inglesas, y sobre todo la compañía Azizié, establecida desde 1858 en el golfo Arábigo que trasporta la mayor parte de los peregrinos.

Todas las caravanas, según su diversa procedencia, se detenían antiguamente en puntos de descanso ó estaciones establecidas por el Profeta; por ejemplo, en Zul-Huleifé ó en Aly-Kuyussu, los peregrinos de Medina; en Hudjhfé, los de Siria; en Zath-Irak, los de Irak; en Carén, los de Nedjdh, y en Yelemlem los de Yemen; pero en la actualidad, la caravana siriaca, reunida en Medina con la del Cairo, se detiene en Rabuk, y los otros grupos de peregrinos procedentes de Africa y del Yemen, tienen su punto de reunión en Djeddah para ir á la Meca, en Nedjdh los que van desde la Arabia desierta, etc.

Veamos ahora el itinerario de estos peregrinos. De la Europa, del Africa, del Asia, de todos los países del Islamismo, los musulmanes, sea la que quiera su nacionalidad, acuden todos los años á cumplir el religioso precepto, dependiendo la elección del camino de la posición geográfica y á veces del capricho.

El viaje por tierra es más ó menos penoso para los vasallos turcos, según el lugar en que residan, y se hace en caravana, dividida en compañías ó grupos.

Las caravanas organizadas y protegidas por el Gobierno (*surrés*) más importantes, son las de Siria, de Egipto y de Africa.

La caravana de Siria, que tiene su punto de reunión en Constantinopla, se forma con los peregrinos que llegan de cerca ó de lejos, y después de las ceremonias de costumbre, parte precisamente de Scutari todos los años el 12 de la lu-

na de Redjeb, cinco meses antes de la fiesta de los sacrificios, escoltada por un comisario civil y político del Sultán (*Surré Eminy*), por un médico, por un cuerpo de 400 soldados de caballería y algunos cañones trasportados en camellos, y seguida de los tres camellos sagrados, de los cuales, el uno se encuentra en Constantinopla, el segundo en Damasco y el tercero en Egipto, siendo éstos dos últimos los que van á la Meca, volviendo el de la capital á poco de haber marchado la caravana. Estos camellos, que han de ser todos de una misma raza, con determinadas condiciones, son los que conducen el velo y el estandarte del Profeta, y van seguidos de otros camellos (*devé*) y de mulos (*katir*), que llevan los regalos destinados al santuario. Llegados á Damasco, punto de reunión de todos los grupos de peregrinos provenientes de diversos países, de la Rumelia, de las islas del Mediterráneo, de Bagdad, de Persia, de Tartaria, Afghanistan, de las Indias, de la Indo-China, de la China, etc., los peregrinos descansan algunos días esperando casi siempre á los que procedentes del Asia Central, tienen, si son de la parte septentrional de las Indias, que atravesar el Afghanistan y la Tartaria, y por el mar Caspio, llegar á Astrakán, ó por el río Oral, tocar en Oremburgo, para entrar en Rusia y desde allí atravesar el Volga y el Don, penetrar en el mar de Azof, después en el mar Negro, de él á Constantinopla y de aquí á Damasco: muchas veces, de la Bulkaria van á los puertos del mar Caspio, y de allí á las provincias caucásicas ó á la Persia. Ordinariamente los viajeros prefieren atravesar el Afghanistan para entrar en Persia por Hérat, dirigiéndose á Mesched, donde se encuentra la tumba de un descendiente de su Profeta, y después de algunas plegarias, tomando la ruta de Téheran, van á Bagdad por Kirmanschah, y de allí á Damasco. Algunos de Téheran toman el camino de Trebis, Tíflis y Poti, ó de Trebis pasan á Erzerun, y de allí á Trebisonda y á Constantinopla, para unirse á la caravana de Damasco. Otros grupos del lado Sudeste de las Indias, van, aunque en corto número, por el Afghanistan, atravesando el Sedjistán y el Ispahan, para venir á parar al golfo Pérsico. Los indios habitantes al Sur de su tierra natal no podrían

entrar en Persia por la vía de Beludjistán, á causa de las barreras naturales ó de las montañas elevadas de la frontera; pero estos pueblos en su mayor parte son idólatras y salvajes, y viven exclusivamente de su industria. Algunos, sin embargo, que han abrazado el mahometismo, se embarcan en buques de vela para recalar en el golfo Pérsico, bien en Bender-Bucher ó en Bender Abassi, y dirigirse en seguida de allí á Basora, á Bagdad y á Damasco. Todas estas agrupaciones de peregrinos, aumentadas con los que se les van reuniendo en el camino, al llegar á Damasco se funden en la caravana de Siria. El conocimiento de los diversos caminos que siguen tiene la importancia de ofrecer al observador nociones prácticas acerca del importante estudio, que más ó menos á la larga deben hacer los países occidentales sobre las vías de comunicación que enlacen y unan las muchas regiones que existen casi desconocidas en Oriente, pues allí donde logra establecerse, no ya una vía férrea, pero siquiera un camino de condiciones ordinarias, se abre un cauce fecundísimo para el progreso y la cultura modernas, que acaba por ir conquistando los países, mejor que las sangrientas invasiones de los ejércitos.

Todos los peregrinos concentrados en Damasco dejan sus caballos en esta ciudad, cuando los tienen, para volverlos á tomar á la vuelta, y con escasas excepciones, continúan su viaje en camello, animal que resiste muchos días sin comer ni beber. El viajero bien acomodado va solo en su camello, jamás en dromedario, cuadrúpedo reservado más bien para las marchas rápidas; y los que cuentan con menos recursos, alquilan uno de aquellos animales y colocan á las mujeres en una especie de aguaderas (*majés*), á uno y otro lado, colocándose ellos en el centro. Otros, más ricos todavía que los primeros, van más cómodos, en una especie de litera colocada entre dos camellos, por el estilo de las que llaman en el país *Takthravam*, para el transporte de enfermos. Muchos pobres, gracias á la ejemplar caridad de los musulmanes, son recibidos en la comitiva de los ricos, y hacen el viaje á sus expensas.

Dispuesto ya todo lo necesario, y todos reunidos, la cara-

vana se pone en marcha. El gobernador de Damasco la acompañaba antiguamente hasta la Meca, por lo que tomaba el nombre de Emir-ul-hadji, ó sea, el peregrino; pero en la actualidad llega ordinariamente sólo hasta Djerka, tres ó cuatro estaciones más allá de Damasco, donde, después de cuidar vaya bien aprovisionada, se despide y vuelve á su ciudad. La caravana marcha á jornadas fijas, por el desierto, á las órdenes de su jefe, con dirección á Medina. Van divididos en grupos ó compañías, llevando cada uno la cantidad de víveres que puede, con arreglo á sus fuerzas, y otros, odres llenos de agua, además de la que llevan los camellos que van con tal objeto. Algunos peregrinos, más previsores que sus compañeros, van dejando en determinados lugares víveres depositados, para encontrarlos al regreso. En la travesía del desierto dividida en cincuenta y cuatro estaciones ó paradas, los peregrinos, expuestos al polvo, á los ardores del sol, á los ayunos, á las privaciones, sufren mucho; y más sufrían antes de que el Mahdí estableciese los *caravansails* ó *caravanserás*, y depósitos de agua, perfeccionados por el Sultán Selim, que hoy se encuentran cada tres ó cuatro estaciones. Llegada la caravana á Medina, sitio de reunión general, se une con la de Egipto, y se detiene muchos días para descansar, ó visitar el sepulcro del Profeta y hacer plegarias.

La caravana de Egipto se forma, en parte, con peregrinos de aquellas comarcas, de las islas del Archipiélago, y de la costa africana, es decir, de Marruecos, de Argel, de Túnez, de Trípoli, etc., que van á Alejandría por mar. El punto de concentración es el Cairo, y ya dispuesta, sale escoltada por un Bey de Egipto con su camello sagrado, que conduce los regalos y ofrendas para el santuario, y marcha también á jornadas fijas, que son en número de doce, del Cairo á Medina, donde se reúne, como hemos dicho, con la caravana siria.

La caravana de Africa, reforzada durante el viaje, después de haber perdido un pequeño destacamento que se asocia á la caravana egipcia, se organiza en la Nubia, en Darfur, en Cordobán y en el Sénaar, con los otros grupos de peregrinos del Africa central. Siguiendo á lo largo del Nilo, que atraviesa en Kenet, va á parar á Kosseir, desde donde distribuidos

los viajeros en pequeños grupos, hacen la travesía del Mar Rojo en barcas, para unirse á la caravana del Cairo, en su marcha hacia Medina, ó bien á la caravana general de la Siria y del Cairo, ya unidas, en su viaje á la Meca.

La caravana turco-egipcia se dirige así unida á Medina, que se halla diez estaciones antes de la Meca. En la aldea de Rabuck, ya próxima á Medina, se detiene para que los peregrinos dejen sus trajes de camino y vistan, después de la plegaria del Ehiram, el hábito de los peregrinos, hecho de tela de lino, dividido en dos piezas, la una para cubrir la parte superior, y la otra la inferior del cuerpo. Con este blanco vestido, purificados con la ablución de todo el cuerpo, cortadas las uñas y la cabeza descubierta, continúan su marcha hacia la ciudad santa, para cumplir los deberes esenciales á su culto.

En cuanto á la caravana particular de Elkatif, algunos indios, embarcados en buques de vela, recalán en el golfo Pérsico, y agregándose á los grupos de persas, turcos del Irak, y de los habitantes del litoral de Hadramonth, pasan Elkatiff para ir al lugar sagrado, aumentando su número en el tránsito, sobre todo con los habitantes del Yemen.

Todos los peregrinos que llegan por mar á Djeddah, se concentran allí, así como los grupos del Yemen y del Bajo Egipto, porque Djeddah es su punto de reunión, desde donde se dirigen á la Meca.

No puede precisarse el número de peregrinos que cada año vaya á la Meca, eligiendo la vía terrestre, ó mejor la marítima, sin embargo de que los últimos son más numerosos. Los indios, durante algunos años del siglo XVIII, á causa de los trastornos políticos, descuidaron este viaje de devoción; pero cuando aquellas turbulencias cesaron, volvió éste á seguir su marcha ordinaria. La cifra media de los peregrinos reunidos en la Meca cada año, en el siglo precedente, era de 25 á 30.000; hoy se eleva á 60.000, si bien esta cifra presenta muchas oscilaciones. Se hace ascender á 180.000 la masa de peregrinos que en 1865 visitaron la Meca; y á esta inmensa multitud de *hadjis*, hay que añadir la gran masa de negociantes que con tal motivo afluyen á aquellos parajes para el

trasporte de víveres y objetos manufacturados, así como la multitud de criados que van acompañando á los peregrinos. La peregrinación al Hédjaz es, á la vez que una solemnidad religiosa, una especulación industrial, una especie de gran feria.

Djeddah es una ciudad situada á la orilla del Mar Rojo, edificada sobre la vertiente del monte Chaswann, y está considerada como ciudad santa, siendo el punto de reunión de ciertas caravanas parciales ó grupos de peregrinos que allí convergen de diferentes procedencias. No tiene puerto; es más bien una rada; y la operación de desembarco, fácil para los pequeños buques que pueden acercarse á la orilla, es difícil para los grandes, que tienen que dar fondo á distancia de una milla de la costa. Cuenta con una población de 16 á 18.000 habitantes, y recostada sobre una pendiente suave, está rodeada de muros, dando sólo ingreso á la ciudad dos puertas, que toman nombre de la situación que ocupan, relacionadas con los dos grandes lugares objeto predilecto de la peregrinación; así, una puerta se llama de la Meca, y la otra de Medina.

Las casas, encaladas como en Andalucía, tienen, sin embargo, poca elegancia; las calles no están empedradas, lo que produce grandes polvaredas en verano, y lodo, que las pone intransitables, en invierno. Hay, sin embargo, en esta población mucho comercio, pues es el gran mercado donde los peregrinos cambian ó venden los productos del Yemen, del Egipto, de la Persia, de la Siria, de las Indias, por los cereales y comestibles que necesitan durante el viaje.

El clima es inhospitalario, pues mientras de día hace un calor sofocante, de noche se experimenta un frío húmedo, nada en armonía con los ardores del sol mientras se halla sobre el horizonte, y falta de aguas corrientes, sólo puede ofrecer á la sed de los peregrinos agua salitrosa de pozo, y poca de cisterna, no encontrando espacio bastante para alojarse los numerosos peregrinos de las caravanas, lo cual produce una insalubre aglomeración de gente, que desarrolla focos de infección, dando origen á multitud de enfermedades, que fácilmente se convierten en epidemias.

La distancia de Djeddah á la Meca es de doce leguas, que los peregrinos salvan en dos noches, y lo mismo que los de Medina sufren mucho por los fríos nocturnos, vestidos como van ya con el ligero traje de peregrinos, descrito más arriba, teniendo con frecuencia que encender grandes hogueras para calentarse, y que ir muy juntos para prestarse mutuamente calor.

Pero antes de dejar á Djeddah, la mayor parte de los peregrinos que allí acuden hacen una visita nada menos que á la tumba de Eva, madre del género humano, la cual dicen se encuentra á distancia de una legua escasa de Djeddah.

Un gran muro, rodeando un espacio rectangular, á cielo abierto, protege el pretendido sepulcro. Allí, los peregrinos con los pies desnudos, abrasados por el sol de Arabia, aguardan pacientemente á que toda la caravana haya terminado de pagar, uno por uno, el lucrativo derecho de visita, que no haya temor perdone el guardián del santuario. Sólo después que ha terminado de pagar el último se abre la puerta, y los peregrinos entran en el suspirado recinto, en medio del cual se eleva una especie de capilla de cinco pies de largo por cuatro de ancho, surmontada por una cúpula de cerca de diez. Los muros de este santuario están completamente destruídos, pero dentro de él, recibe loca adoración una piedra rectangular de pie y medio de altura por medio pie de ancho que, no se rían nuestros lectores, es conocida con el nombre de ombligo de Eva. Y no es que crean, en medio de su fanatismo, aquellas gentes, que la tal piedra sea el mismo ombligo, sino que suponen corresponde en sus dimensiones al de Eva, que creen está enterrada debajo, cayendo aquella piedra encima precisamente del vientre y del ombligo de la curiosa madre del género humano. Formado el cálculo matemático por las dimensiones que nuestro cuerpo tiene, en relación con aquel pequeño punto de su abdomen, y calculando las dimensiones de Eva por las que tiene aquella piedra, resultaría la esposa de Adán con 500 pies de altura por 12 solamente de anchura. Y esto, dado que Eva hubiera podido tener aquella parte del cuerpo humano, puesto que, como es sabido, está formada por el cordón umbilical, que sir-

ve para el nutrimento del feto en el seno materno, y ni Adán ni Eva necesitaron para nada de tal órgano, puesto que no fueron engendrados.

Aquella célebre piedra, nuevo testimonio de la perenne locura humana, que recuerda otras análogas, también adoradas en la antigüedad, es de granito, y está bruñida á fuerza de los besos que en ella han estampado millones de peregrinos durante largos siglos. Y no se contentan aquellos fantásticos sectarios con tan duro objeto de adoración. También se prosternan en un sitio adonde dicen corresponde la cabeza del pretendido cadáver, luego se arrodillan en otro paraje donde dos piedras empinadas indican la supuesta correspondencia con los pechos de aquella mujer colosal; y después de haberlas recorrido, rozándose todo lo más que puede con las piedras el creyente, pasa por delante de otro sitio que se dice corresponde á una señal que Eva suponen tenía en el cuerpo, acaso producida por una corrección cariñosa de su dueño y señor Sidi-Adán.

En el recinto de esta tumba, y en la línea que correspondería á los hombros de nuestra gigantesca primera madre, la cual, según la tradición árabe, era más grande que el mayor monumento del globo, manera de comprender á los seres superiores, común á la infancia y aun á la juventud de todos los pueblos, es también visitada y adorada la tumba de Osmán, uno de los sucesores inmediatos de Mahoma, que pasan por haber restaurado en el siglo VII la tumba de Eva, construída según la misma tradición arábica, por la piedad filial de Set. Apesar de todo, no va más allá, históricamente hablando, del siglo IX de nuestra Era la erección de aquel supuesto sepulcro, con el que de tan extraña manera se abusa de la fácil credulidad de los peregrinos.

Medina, situada en el límite del desierto, se halla á distancia de once jornadas de la Meca, y no hay peregrino que deje de detenerse en ella, bien al ir, bien al volver á este lugar, término y objeto supremo de su peregrinación. Aquella ciudad, llamada así por excelencia, Medina, Medinet-el-Nébi, la antigua Jathereb, cuenta escasamente 12.000 habitantes, y está rodeada de un muro, cuya circunferencia mide 1.800

pasos. Las casas son de piedra y de dos pisos, y la dan aspecto de grandeza, palacios edificados por algunos Sultanes y por vireyes de Egipto. Posee mercados públicos, jardines, árboles frutales y grupos de palmeras, esas gentiles columnas del desierto, adornadas con verdes penachos y dorados frutos.

Las principales calles de Medina están empedradas, si bien como casi todas las de los pueblos musulmanes, son estrechas y tortuosas para librarse de los rayos del sol. Su mezquita, renombrada por su tamaño y por sus cinco minaretes, tiene cuatro puertas, y es de forma cuadrada con pórticos ó arcadas al rededor, surmontadas de cúpulas. En el interior de esta mezquita se admira la tumba del Profeta (el Hedjra), tumba que encierra también el cuerpo de Abu-Beker y de Omar. Muchas arcadas sostenidas por columnas, y un enrejado de hierro muy espeso, de cuatro pies de alto, constituyen su arquitectura. La cúpula de este mausoleo es muy elevada, y su dorada aguja brilla desde muy lejos.

En el interior arde constantemente una lámpara de oro y de ricas piedras preciosas, y para custodia de este monumento hay cuarenta eunucos (ferrachs), mandados por el Gobernador de la ciudad (Scheik-ul-Harem). Los peregrinos de cierta posición se alojan como en Djeddah, en las casas, y los otros fuera, bajo tiendas ó á cielo descubierto; deteniéndose todos algunos días para hacer la visita de devoción al sepulcro del Profeta, sin embargo de que no es obligatoria, antes de proseguir el camino á la Meca. Los primeros que llegan á Medina todos los años á cumplir aquella piadosa práctica, son los habitantes limítrofes del Hédjaz, concentrándose en esta ciudad tres meses antes del Bairam para ir á la Meca; después van los devotos de la caravana siriaca y egipcia; y terminadas las fiestas religiosas de la Meca, los javaneses, los indios, los persas y los tacurús. Por esto puede asegurarse que la peregrinación en Medina no se interrumpe.

El agua de los pozos es salitrosa, la de cisterna no es bastante; y en cuanto al clima, durante el día, el calor es intenso, y por la noche la humedad es muy fría.

El país de Yambo, en las orillas del golfo arábigo, á cuatro horas de distancia de Medina, y á doce jornadas de Djed-

dah, es el punto de reunión de los peregrinos de la costa oriental ó abisinia, que quieren reunirse á la caravana turco-egipcia, que de Medina se dirige á la Meca. Los otros peregrinos que van á la Meca por Djeddah, después de las fiestas religiosas, siguen la marcha de la caravana del Cairo á su vuelta, ó bien van por mar hacia Yambo, para pasar de aquí á Medina, con objeto de visitar el sepulcro de Mahoma. Cumplido este propósito, continúan su camino con la caravana del Cairo para volver á su país, ó vuelven á Yambo para atravesar el mar Rojo, en malas barcas, estacionadas en aquellos parajes.

Yambo apenas cuenta de 5 á 6.000 habitantes; tiene buen puerto, con fondo para buques de alto bordo, y goza de bastante importancia, porque es el gran depósito de víveres para los medineses, pudiendo asegurarse que Yambo sin Medina no existiría, y viceversa.

La Meca, patria del gran legislador de los musulmanes, es célebre como cuna de su fe, atrayendo de todos los puntos del globo, donde la religión de Mahoma existe, millares de creyentes, que van á ella para adorar el tabernáculo del Señor.

Los peregrinos, reunidos en Djeddah, van á la Meca en grandes grupos, atravesando las llanuras arenosas y las colinas roquizas, que encuentran á medida que avanzan en el interior.

La gran caravana de la Siria, reunida á la del Cairo, al dejar á Medina, marcha igualmente por llanuras de arena, y atraviesa una cadena de montañas basálticas y de granito, que se prolonga hasta la Meca. Esta gran caravana se detiene á la mitad del camino, en la aldea de Rabuk, donde los peregrinos, después de haber arreglado sus equipajes, se afeitan, se lavan, se purifican y se visten el blanco *ehiram* para entrar en la ciudad Santa. Kosai, hijo de Kelab, la fundó en un estrecho valle, por donde se llamó Wadi-Mekke, y está situada á 600 pies sobre el nivel del mar: rodeada de colinas y de gigantescas montañas grises y estériles, tiene la venerada ciudad escasa extensión, sin embargo de lo cual se dice viven en ella de 30 á 50.000 habitantes.

Las casas, hechas de piedra, cuyo color revela su procedencia de las cercanas montañas, están divididas en pequeños compartimientos por los propietarios, que procuran sacar de los peregrinos todo el partido que pueden. Hay algunos palacios muy importantes como los del Cherif de la Meca, dos colegios, tres baños y la gran mezquita. Las calles no están empedradas. La tierra y las rocas de color fuertemente tostado, aparecen como quemadas durante el transcurso de los siglos por los ardientes rayos del sol.

La vegetación es casi nula, ó mejor diríamos si afirmásemos que no existe, y hay para satisfacer la sed de los peregrinos, además de la salobre agua de pozo, buenas cisternas, y el agua corriente de las fuentes Sebil y Ain Arafat. El clima, como en todo el Hédjaz, es muy vario, pues mientras un sol intertropical mantiene una temperatura en extremo cálida durante el día, las noches son muy frías, sucediéndose frecuentes y violentos temporales en los cambios de estación. En el verano el polvo es tan espeso, que dificulta la respiración, y en tiempo de lluvias, las calles, al decir de un viajero, son verdaderas cloacas, en las cuales el viandante no puede aventurarse sin peligro de dejarse el calzado en el lodo.

Los peregrinos nobles y ricos, sobre todo los pachás, los beys, las mujeres encuentran hospedaje en los departamentos dispuestos al propósito en las casas; pero los de la clase indigente se agrupan confundidos con los criados y los animales, en mal sanas cuadras de los pisos bajos, donde se acuestan sobre esteras y muy apretados, por falta de espacio, comiendo sólo una vez al día. Otros peregrinos, más previsores ó con más medios, se acomodan fuera de la ciudad en tiendas de campaña, cuya lona no les resguarda, sin embargo, lo bastante ni de los ardores del día, ni del frío de la noche.

El tiempo que los peregrinos permanecen en la Meca es muy variable, dependiendo del que tarda la celebración de la festividad religiosa, y terminada ésta, á pretexto de que no pueden profanar los lugares santos, se les obliga á volverse, no pudiendo exceder el tiempo que después les permiten permanecer en la ciudad, de una ó dos semanas, prohibición

promulgada por el califa Omar I, y que ha sido religiosamente observada por sus sucesores. Los permisos para permanecer más tiempo son muy raros, y sólo se dan á ciertos personajes que aspiran á la gloria de morir y de ser enterrados en aquella comarca, según las creencias musulmicas, bendita del cielo.

Al entrar en la ciudad santa, el primer deber del peregrino es ir antes de todo y directamente al templo de Dios, pasando por la mezquita de Medschir-el-Haram, para elevar la primera acción de gracias por la feliz llegada. Esta inmensa mezquita, reparada por el primer califa, reducida después á cenizas y reedificada por el príncipe Emir Biyik-Tahir, habiendo sido arruinada de nuevo, siglo y medio después, fué reconstruída por Selim II y terminada por Murat III. Sin embargo, como quedase muy mal tratada á consecuencia de las tempestades y de los terremotos, necesitó frecuentes reparaciones que han hecho á sus expensas los sultanes, cifrando en ello un título de gloria.

Las diez y nueve puertas de aquel célebre edificio están abiertas constantemente, lo mismo de día que de noche, y la llamada Bab-Scheibé es por la que deben hacer su entrada los peregrinos, con los pies desnudos, ó á lo más con sandalias, para ir directamente á la Caaba, á cumplir con los demás ritos que en breve indicaremos. Apenas han atravesado la puerta, los peregrinos se encuentran en un vasto patio en forma de paralelógramo regular, de 250 pasos de largo por 200 de ancho. Rodéale un gran pórtico formado por arcadas que sostienen cerca de 500 columnas, la mayor parte de estilo árabe; y entre ellas, unas 30 de orden corintio, 15 de orden jónico y 50 de estilo bizantino, revelan haber sido aprovechadas de antiguos edificios ó imitadas de las antiguas; materiales aprovechados é imitaciones que caracterizan la infancia y aun la adolescencia y juventud de todo estilo arquitectónico. Algunas de estas columnas son de granito, otras de mármol, y en las bizantinas han picado los fanáticos musulmanes algunas figuras que decoraban sus capiteles. Aquellas arcadas que sostienen pequeñas cúpulas de las que penden lámparas constantemente encendidas durante la

noche, y siete minaretes tan altos como esbeltos y ligeros, de los cuales cuatro están colocados en los cuatro ángulos del edificio, forman con las agujas de las cúpulas la más agradable y característica composición de este género de edificios. A lo largo de aquel amplio pórtico descansan los peregrinos, y beben y comen después de la plegaria.

En el centro del gran patio de la mezquita se eleva el santuario ó Kéhabé (Beit-Allah), casa de Dios, donde se concentran las aspiraciones y las plegarias de millones de creyentes, de clima, costumbres y razas diversas. Á ser ciertas las tradiciones musulmanas, el origen de este edificio sagrado llegaría hasta Abraham ó á su hijo Ismael; pero aunque nada puede decirse que confirme semejante aserto, está reconocido, como afirma ya Diodoro de Sicilia, que aquel templo se remonta á una altísima antigüedad.

Muchas veces fué destruído y nueve restaurado, debiéndose la última restauración á Murat IV. Antiguamente tuvo la forma cúbica; pero hoy es más alto que ancho, y tiene una longitud de 18 pasos, una anchura de 14 y una altura de 35 á 40. El material de su construcción es la misma piedra de que están edificadas las casas de la Meca. En la fachada que da frente á la puerta de entrada del patio, se encuentra una pequeña puerta (Bab-Scherif), abierta á siete pies del suelo, á la que se sube por una escalera portátil de madera, allí colocada durante la visita de los peregrinos, y después depositada hasta la nueva peregrinación, al lado de la estación Mecam-chafy. El interior de este templo tiene la forma de una sala, cuyo techo está sostenido por dos pilares, y los muros tapizados de inscripciones árabes. Numerosas lámparas de oro macizo, regalo del Sultán Murat III, adornan el venerado recinto, y el pavimento está formado por elegantes mosaicos, en los que claramente se ve la tradición bizantina.

En aquel lugar supremo de la peregrinación musulmana, los sectarios de Mahoma dicen reposan las cenizas de Ismael y de Agar, y, antes de la construcción de la ciudad, los peregrinos formaban un campamento con sus tiendas al redor del lugar venerado.

El objeto que más directamente recibe la adoración de los

peregrinos en aquel santuario, es una piedra negra (Hadhjer-ul-ess-wed), como las que muchos siglos antes del nacimiento de Mahoma adoraban los árabes paganos, según nos testifican Herodoto, Suidas y otros, asegurando Clemente de Alejandría que antes los árabes adoraban las piedras: *olim arabes lapidem adorabant*. Aquella piedra, de un óvalo irregular, incrustada en el ángulo que mira al Noroeste, tiene de seis á siete pulgadas de latitud por nueve de alto, y sobre ella, después de haber sido colocada en la tierra por los ángeles, al decir de los mahometanos, la hermosa Agar concibió á Ismael, origen de toda la familia árabe. Dícese que era blanca en algún tiempo, pero que, á fuerza de besos, los ardientes labios de los peregrinos la han ennegrecido y hasta bruñido; sin embargo, no falta quien crea, como Burkardt, que es un fragmento de lava, mientras Burton la considera como un areolito, y nuestro compatriota Ali-Bey, como un basalto volcánico.

Aquella reliquia venerada, testimonio elocuente del culto idolátrico á las piedras, que se pierde en la oscuridad de los tiempos, está de ordinario casi enteramente cubierta por un velo (Kisswé-y-Scerifé) y rodeada por un ancho friso, lleno de piadosas inscripciones tomadas del Korán. El velo debe renovarse todos los años, y los ministros del Kehabé, á los cuales va á parar después de la festividad, cortan ordinariamente en pequeños trozos el antiguo velo, para distribuirlo entre los que alcanzan tal distinción. Cuando la fiesta cae en viernes, entonces se remite entero al palacio imperial, y de una ú otra manera, aquellos trozos sirven siempre para colocarlos sobre los túmulos, atribuyéndoles virtudes milagrosas.

Uno de los ángulos de este templo se llama ángulo de Irak y otro de Siria, y entre ambos está colocada la canal de oro (Mizab), de tres pies de largo sobre la plataforma del santuario, destinada á la corriente de las aguas pluviales. Aquella canal, de oro macizo, fué hecha por el Sultán Ahmet I, y está tenida en gran veneración por los musulmanes, que en tiempo de lluvia acuden á colocarse debajo, creyendo que las aguas que por ella caen les lava y purifica, sobre todo,

si esto acontece durante las principales ceremonias religiosas.

Entre las reliquias que rodean la Caaba, se encuentra el renombrado pozo de Zemzem, que produce agua salobre, y que según la tradición, brotó para calmar la sed de Ismael, cuando huía con su madre Agar, abandonada por Abraham y perseguida por Sara. Este pozo, de boca cuadrada, tiene diez pies de ancho por cincuenta de profundidad.

Dícese que durante las sangrientas revueltas de la idolatría, arrojaron en él gran cantidad de oro y de armas, y dos ciervos de aquel metal, que estaban en la Caaba, permaneciendo todo allí olvidado, hasta que el abuelo de Mahoma (Ab-ul-Muttaliff) lo descubrió, sacó los tesoros, y mandó distribuir á los peregrinos aquel agua sagrada, costumbre que consagró después Mahoma al fundar su religión, en memoria de Agar y de Ismael. Aquel pozo tiene su guarda especial con dependientes subalternos (saká), encargados de distribuir el agua á todos los peregrinos, que á su vez, y en cambio de tamaño favor, les dan regalos (baktchis) en dinero ó en objetos de valía. El peregrino bebe con profunda veneración de aquel agua, y se lleva de ella un frasco, que conserva religiosamente durante su vida, echando de tiempo en tiempo algunas gotas en un vaso de agua para purificarse.

En el interior del patio, al rededor del tabernáculo, se encuentra la estación Macam-Ibrahin, reverenciada, sobre todo por la piedra que encierra, la cual, según la piadosa tradición de los musulmanes, sirvió de escabel á Abraham, cuando el venerable Patriarca construyó la Kénabé ó Caaba. Las otras capillas, por decirlo así, que la rodean, de diversas formas y dimensiones, consagradas al culto particular de los ritos ortodoxos, son el Macam-Hanefy, el Macam-Chafy, el Macam-Maliky y el Macam-Hannebely, venerándose además en aquel recinto la silla del Profeta y de los Imames.

Al lado de la mezquita se encuentra el Mesdjid de Murat III, la madrissa de Solimán I y los turbés ó tumbas artísticas de los Cherifs, las fuentes públicas y otros edificios menos importantes.

La montaña de Arafat (Djebel-el-Rahma), llamada también montaña de la Misericordia, porque dicen se apareció en

ella Dios al Profeta, tiene la altura de 250 pies y se halla á seis horas de la Meca. Es de formación granítica, y desde la base á la cima tiene tallado un camino para subir, en forma de escalera. A media ladera encuéntrase un lugar de descanso, sitio donde, según los escritores árabes, nuestro primer padre encontró á Eva, perdida hacía ciento veinte años, por lo cual llaman á aquel paraje lugar del Reconocimiento (Yeim-el-mulaka).

La cima forma una planicie, desde donde el Profeta predicaba á los fieles, y en ella, el Mollah, dirige también sermones á los peregrinos, que los escuchan con el más profundo respeto, no mereciendo el título de hadjí el que no ha estado en aquel lugar y oído el sermón: al mediar la fervorosa plática, y al fin de ella, entonan cánticos religiosos todos los peregrinos. En la cima de aquel lugar venerado arde por la noche una lámpara durante la visita de los hadjis.

Cerca de él se ven algunas pequeñas casas diseminadas en la llanura, y deshabitadas de ordinario, sin que aquel lugar, completamente desierto, presente señales de vida cuando faltan los peregrinos. En cambio, al llegar éstos, las casas se pueblan y la llanura se llena de tiendas, presentando el aspecto de una populosa ciudad improvisada; y para que nada falte al parecido, en medio de los hadjis, se ven mercaderes, que ofrecen víveres de todas clases, y otra multitud de objetos, no faltando en aquella verdadera feria, bazares, cafés y tiendas de varios géneros, juglares, encantadores de serpientes, danzadoras ó almées, aunque de baja estofa, todo lo cual produce una animación, un ruido desvanecedor, y escenas no muy en armonía con el piadoso viaje de los peregrinos.

Otro de los lugares visitados por éstos es Mina, á dos horas de la Meca, en arenosa llanura, rodeada por una cadena de montañas basálticas, que se extienden hasta el Arafat. Treinta kilómetros tiene de longitud aquel desfiladero y cerca de 500 metros de anchura, y ya, cerca de la aldea de aquel nombre, el desfiladero se estrecha hasta el punto de no tener más que 35 ó 40 metros de ancho, de donde le viene el nombre de wadi (estrecho). Una cincuentena de casas, todas de piedra, y de escasas dimensiones, componen aquella al-

dea, habitada solamente en tiempo de los sacrificios indispensables en la peregrinación, y debe su nombradía á que cerca de ella suponen se encuentra la famosa piedra Mesbé-Ismail, donde Abraham quiso sacrificar á su hijo, dando esta suprema prueba de obediencia al Creador. En los alrededores, encuéntrase alguna vegetación, y hasta praderas, y por medio de este valle pasa una corriente de agua subterránea, encerrada en un canal de un metro de ancho, corriente, que, según unos, procede del Eúfrates, según otros del Maslah, y para algunos del Taif.

La esposa bien amada del héroe de las mil y una noches, Harum-el-Rachid, la hermosa Zobeida, dicen, hizo construir aquel canal, y llevar el agua hasta el Arafat; pero sea de su origen lo que quiera, deteriorado se hallaba por el trascurso de los siglos, cuando fué reconstruido por el califa Ahamet IV y el Emir Tchoban, y completó aquella verdadera obra benéfica Solimán I, llevando el canal hasta la Meca. Además de este pequeño río, existe en el valle un gran depósito de agua ó lago, llamado el Buke.

La situación topográfica de Mina, encerrada entre montañas calcinadas por un sol ardiente, á lo que deben su color cobrizo, no la permite gozar de ambiente despejado, sintiéndose en ella un calor asfixiante durante el estío.

Con arreglo á las prescripciones de Mahoma, el Kurban-Bairam cae siempre en el décimo día de la duodécima luna Zilhidjé; lo cual hace que la época de la peregrinación varíe cada año en once días, porque sabido es que los meses musulmanes son lunares, ó sea de 29 días, de donde resulta que aquel sagrado y devoto período puede tener lugar en diferentes estaciones, lo cual ejerce diversa influencia en la salud de los peregrinos.

A causa de las grandes distancias y de los obstáculos previstos ó imprevistos, todos los que van á la Meca no pueden llegar á ella en el mismo día; pues si aproximadamente puede fijarse en el que llegará la caravana general turco-egipcia, es imposible preveerlo respecto á los peregrinos de diversos países que acuden á reunirse en Dejddah y en Nedjid, caminando diseminados en grupos hacia la Meca. Pero proceda

de donde quiera, sean cualesquiera las causas que le hayan detenido, el musulmán que desee obtener el título de hadjí, debe encontrarse en la Meca lo más tarde el 7 del mes de Zilhídjé, para cumplir sus deberes religiosos en la Caaba, é ir á Arafat y á Mina, á ofrecer el sacrificio. Si ha pasado aquel día, aunque sea sólo por algunas horas, el aspirante á hadjí tiene que volver al año siguiente.

Todo buen creyente debe, antes de entrar en la Meca, lavarse el cuerpo, cortarse las uñas y vestir el *ehiram*, obligación impuesta igualmente á toda persona que por otra clase de asuntos, no religiosos, tiene que ir á la ciudad escogida. El peregrino debe conservar aquel hábito penitencial todo el tiempo que pase en los lugares santos, en prueba de veneración, y durante este tiempo debe abstenerse de lavarse, peinarse, ni hacer nada que sea incompatible con la santidad del lugar; y si contraviniese á estas prescripciones, debe él mismo imponerse penitencias, que generalmente consisten en el sacrificio de un cordero más, ó en dar mayor limosna. Al ir á la Meca, debe ir salmodiando por el camino un cántico especial, conocido con el nombre de Telbyé, y una vez en la ciudad, con los pies desnudos, ó lo más con sandalias, ha de hacer sus abluciones y pasar, como ya indicamos, por la puerta ó Bab-Sceibé de la mezquita, para la ceremonia de la bienvenida, y al ver la Caaba, cantar las plegarias litúrgicas llamadas Tehbir y Tehlil. En seguida debe dar siete veces la vuelta (tawaf) al santuario, dirigiendo sus pasos por detrás del muro Haitim, cantar el Telbyé, besar la piedra negra, tocar el velo sagrado, visitar la estación Macam-Ibrahin, beber del pozo Zemzem, ir á Arafat, y de allí á Mina para el sacrificio. Además de estas devotas prácticas, obligatorias para todo musulmán, hay otras que lo son únicamente para las sectas ortodoxas, y que consisten en visitar, con ciertas ceremonias, las capillas Macam-Hanefy, Macam-Chafy, Macam-Maliky y Macam-Hannbely, que según digimos, se encuentran al rededor del santuario; y para que no puedan tener dudas, cerca de cada Macam ó capilla, se encuentran unos dependientes de ellas llamados *delhils*, encargados de instruir á los peregrinos acerca de sus deberes religiosos. Además, cumplidas

las ceremonias de obligación, puede el peregrino renovar á su placer todas las plegarias, y visitar las demás capillas ó Macames, y la silla del Profeta y de los imames, y la Madrissa, y las fuentes públicas y cuantos lugares quiera.

Tres días antes de la festividad del Bairam, el imam lo anuncia al pueblo, y los peregrinos se preparan con nuevos ejercicios de devoción. El ocho de Zilhijé, antevíspera del Bairam (Yewm-Terwyé), después de la plegaria del Mediodía, y de una salva hecha por la guarnición imperial, todos los peregrinos se ponen en marcha, dirigiéndose al monte Arafat, acompañados por el Cherif ó jefe de todos los imanes de la Meca, por el Surré-Eminy, ó comisario del Emperador en el orden civil y político, por el Mollah, vicario del Sultán en lo relativo á la religión, y por el cuerpo de los imames, precedidos del camello sagrado (Kehabénin-devecí), que conduce el velo y la bandera del Profeta, y de otro camello que pudiéramos llamar de respeto (jedek). La mayor parte de aquella multitud fanática va á pie, otros en animales de transporte ó en literas, y durante la marcha, no cesan los disparos de armas de fuego, los redobles de tambor, y el sonido de trompetas, y otros instrumentos tan desacordes como ruidosos. Así llegan á Musdelifé, dos horas distante de la Meca, y después de un corto descanso, vuelven á emprender la marcha de la misma suerte, y al ponerse el sol, llega la peregrinación al territorio del Arafat. Allí las personas que tienen para pagar su excesivo alquiler, se alojan en las pocas casas que se encuentran, y las demás se guarecen en tiendas al abrigo del monte, ó viven á cielo descubierto si son pobres, pero procurando estar todas dentro del espacio prescrito por el Profeta. El Mollah, sentado en un sitial, á media ladera del Arafat, recita un sermón generalmente muy largo, y después de la salutación final, la mayor parte de los peregrinos, particularmente los de la secta Chafy, suben á la cima de la montaña, donde el Omnipotente—dicen—derramó los tesoros de su misericordia. Durante la noche se enciende una gran luz en esta cima, y todo aquel hormiguero humano pasa el tiempo en elevar plegarias, en gritar ó en divertirse, pues aquel es un día memorable de reconciliación (jew-mi-arefé)

para todo el islamismo. Al siguiente día 9, víspera (arifé) del Bairam, después del *ezann* ó plegaria de la tarde, todos se ponen en marcha hacia Mina, siempre precedidos del Cherif, del Mollah y de los camellos sagrados, y con el indispensable acompañamiento de tiros, toques de tambor y de trompetas, y otros instrumentos.

Después de algunos instantes de descanso en Musdelifé, los peregrinos, llenos de alegría por la fortuna de haber llegado hasta allí, al amanecer del consagrado día 10 de Zilhidjé llegan á Mina, la tierra elegida para el sacrificio (Kurbam). En aquella llanura, precisamente entre cuatro montículos ó pirámides, llamadas Mill, probablemente levantadas al propósito hace muchos siglos, toda aquella masa de seres humanos, movidos por una misma idea, forma su campamento, alojándose los más ricos en las únicas cuarenta casas que para ello se encuentran.

Esta última parte de la peregrinación recuerda entre los musulmanes el sacrificio de Abraham, pero con la diferencia de que, según ellos, el inmolado debió ser Ismael, hijo de Agar, en lugar de Isaac, hijo de Sara. Antes de hacer su sacrificio los peregrinos, deben arrojar pequeñas piedras en el camino de Arafat á Mina para atormentar, dicen, á un enemigo antiguo del Islamismo.

El sitio preferido para el sacrificio es el Mesbé-Ismael, procurando estar los peregrinos lo más cerca de él que pueden, y sobre todo, verle. Para que pueda aquél tener lugar, los mercaderes concentran en aquellas cercanías millares de carneros, que venden á los fieles á precios exorbitantes, y que llevan generalmente del Yemen, tierra en extremo fértil, y aun algunos también de las comarcas africanas. No faltan peregrinos, que temerosos de los altos precios de aquellos especuladores, lleven consigo los animales que quieren inmolar, los cuales, si no encuentran pastos en el Hédjaz, hallan raíces que saben sacar escarbando con las pezuñas. Los sacrificios pueden hacerse no sólo en el día fijado por la ley, sino también en los demás y á cualquiera hora, ya por exceso de devoción, ya por penitencia, en castigo de alguna transgresión de preceptos religiosos.

En la actualidad, según indicamos, estos sacrificios van siendo menos numerosos, porque los peregrinos, en su mayor parte pertenecen á las clases menos acomodadas; pero en otras épocas, cuando iban á la peregrinación muchos musulmanes ricos, se sacrificaban gran número de animales, cuya carne se distribuía entre multitud de familias de negros nómadas, que vivían en aquellas montañas ó que acudían á ellas incitados por el codiciado festín, los cuales la devoraban á veces sin más que ponerla algún tiempo sobre las rocas abrasadas por el sol. Hoy no pueden obtenerla si no la roban, porque los peregrinos más pobres hacen cuantos esfuerzos son imaginables para que no se les escape, y se comen á los animales sacrificados, hasta el punto de no dejar de ellos, fuera de los intestinos, más que los huesos roídos. El número de los corderos inmolados es tan insuficiente para alimentar á la muchedumbre devota, que los peregrinos, generalmente pobres y hambrientos, tienen los ojos fijos sobre los ricos para sorprenderles en la menor infracción de las leyes religiosas y cogerles algunos pedazos de carne, y con el mismo propósito suponen que las cumplen con frialdad, para gritar en seguida que han cometido un sacrilegio, una profanación, y exigirles en el acto el sacrificio de otro animal en expiación de su falta, arrancándose los unos á los otros, apenas acaba de morir, sus miembros palpitantes.

Difícil es poder precisar el número de animales que son inmolados en esta peregrinación; pero los cálculos más aproximados dan un resultado de setenta mil. Para hacer el sacrificio, todo peregrino, bien por sí mismo, bien cumpliendo el encargo que para ello haya recibido, debe matar al animal sujetándole con la mano izquierda y teniendo el cuchillo en la derecha. El Cherif y el Mollah, teniendo también su correspondiente carnero, después de recitar una plegaria de ritual, dan la señal del sacrificio, inmolando sus víctimas, y en el momento todas las cabezas de carnero, que se procura tener vueltas hacia la Caaba, caen á tierra, cortadas casi de un solo golpe, y la sangre corre, formando verdaderos arroyos, por la llanura pedregosa de Mina.

Cumplido este sacrificio, el peregrino ya es *hadji*. Pero

para haber llegado hasta aquel punto, ¡qué serie de privaciones y sufrimientos ha tenido que arrostrar, sobre todo, si ha ido por tierra á los lugares santos! Errante en la vasta soledad del desierto, en un océano de arena calcinada por el fuego del sol; estenuado por la fatiga, los ayunos y la miseria; atormentado por la sed, los insectos y el calor intertropical; privado de los medios necesarios para la restauración de sus fuerzas, en medio del polvo que fatiga la vista é impide la respiración; en lucha, algunas veces, con el Kamsim ó Simoun, que le derriba; perseguido, robado, ya que no asesinado, por los ladrones del desierto; luchando incesantemente contra el dolor, la desesperación y la muerte; pagando de estación en estación, abundante tributo de víctimas á las enfermedades, sin los socorros de la ciencia ni los auxilios de la familia, el pobre peregrino se hunde en la arena que se amontona alrededor de él, y que con frecuencia le sirve de sepulcro, hasta que nuevos vendavales, removiéndole las ondas arenosas del desierto, descubren sus huesos calcinados. Los que viajaban por mar no tenían menos sufrimientos, y antes del empleo de los barcos de vapor, pagaban también larga ofrenda de víctimas á las profundidades del mar tempestuoso.

Y con haber llegado á los lugares santos, no han terminado, sin embargo, sus pruebas. En Medina, en Djeddah, en la Meca, en el Arafat, en Mina, tienen que andar echados sobre la dura tierra, en medio de las calles ó en el campo, ó bien resguardados apenas con insuficientes tiendas. Revueltos con los animales, rodeados de inmundicia, sin comida que les fortifique, sin trajes convenientes para librarse del frío nocturno, devorados por toda clase de insectos parásitos y por multitud de enfermedades, son mártires antes de lograr ser hadjis, y rara vez se salvan, si llegan á contraer alguno de aquellos padecimientos. Esta narración parece desconsoladora; pero más lo es, y más horrible y repulsivo, el espectáculo de aquellos pobres peregrinos medio desnudos, arrastrando asquerosos andrajos, hediondos, quemados por el sol, desfigurados por los mosquitos y toda clase de insectos; monstruos con rostro que apenas conserva carácter humano; focos ambulantes de infección.

Después de cumplir con tan penosos deberes, el peregrino debe lavarse el cuerpo y dejar el hábito penitencial, aunque guardándolo cuidadosamente para que le sirva de mortaja, así como la barba que llevan durante toda su vida en testimonio de su peregrinación. También usan los que conservan el antiguo traje musulmán, turbante verde, distintivo característico de hadji.

Pero antes de poder orgullecerse con él entre sus parientes y amigos, y antes de abandonar á Mina, todavía tienen que resistir grandes calamidades, durante los cuatro días del Kurban-Bairam. Si el día del sacrificio cae en una estación cálida y húmeda, de modo que el río de sangre no se seca y no se han enterrado los montones de despojos é intestinos de los animales sacrificados, todas aquellas materias orgánicas, todas aquellas inmundicias, entran inmediatamente en putrefacción y producen multitud de enfermedades, sobre todo fiebres intermitentes y perniciosas, desarrollándose del mismo modo el germen colérico, importado por los peregrinos de la India. La mortandad entonces es aterradora, y aumentando su intensidad á la fermentación de tanta podredumbre, la de los muchos que sucumben y de las deyecciones coléricas, conviértense bien pronto las tierras sagradas en campos de desolación y de muerte. El terrible azote asiático se ostenta entonces con todo su furioso poder, llegando al extremo de haber perecido en un solo día el año de 1865, cerca de 15.000 personas, y 60.000 durante toda la peregrinación. Cuando tal acontece y por desgracia sucede con frecuencia, el pánico hace olvidar los deberes religiosos, y los que pueden escapar con vida, dejan la llanura de los sacrificios, y huyen despavoridos, sin hacer la piadosa visita de despedida á la Caaba, ni besar de nuevo la piedra negra, ni llenar el frasco de agua bendita en el pozo Zemzem, buscando sólo el medio de llegar más pronto entre los suyos, y dejando, en su rápida huída, sembradas de muerte las calles y las mezquitas.

La gran caravana, reorganizada instantáneamente, toma la vuelta, llega á Yambo-el-Bakhel, y se divide en dos grupos; el uno que forma la caravana de la Siria, y el otro la de

Egipto. El primero atraviesa las montañas, para pasar á Medina y penetrar en el desierto; el segundo continúa su ruta por el litoral, para ganar á Suez y Alejandría, llevando uno y otro la muerte consigo.

Muchos peregrinos se refugian en Djeddah y se dispersan, y otros vuelven á los países que rodean el Hédjaz, mientras no pocos, amontonados en trasportes ó en grandes barcas, atraviesan el golfo Arábigo, para desembarcar en Kosseyr ó en Suakin. Llegados á las comarcas africanas estos hadjis, se dividen en caravanas y en grupos diversos para volver á su pueblo natal, siempre seguidos de cerca por el azote asiático, el terror y la muerte. Algunos se embarcan en Djeddah, amontonados en buques de vapor ó de vela, y se dirigen á Aden, Makalla, Mascate, las Indias, llevando consigo la epidemia, é infestando los países en que hacen escala.

La caravana siria, caminando á pequeñas jornadas por el desierto, deja tras sí, como fúnebre estela, largo rastro de muertos y moribundos, encendiendo también la funesta hoguera pestilencial en Damasco y Alepo y demás pueblos de aquella región.

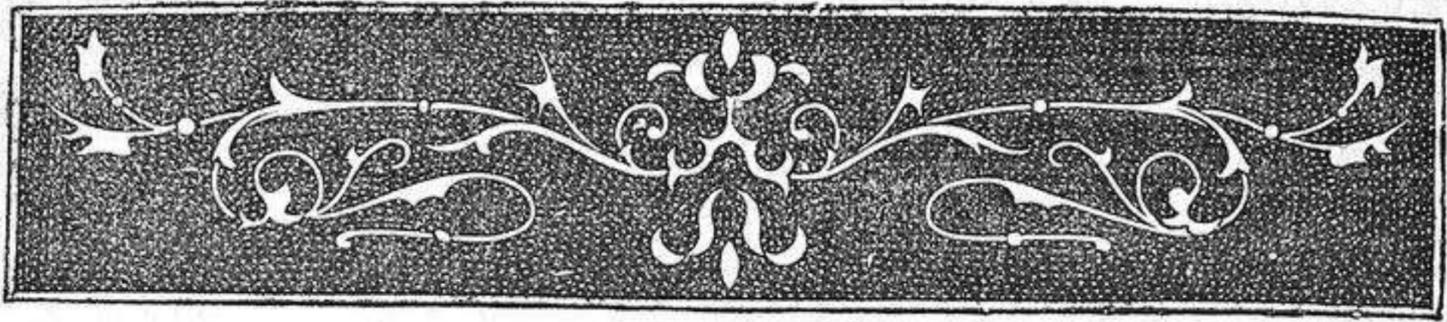
Tal es el triste resultado de las peregrinaciones musulmanas, que si todos los años no producen iguales efectos, es debido á diversas condiciones climatológicas ó á que se cumplen con rigor las prescripciones del Gobierno turco, acerca del entierro de los restos orgánicos, amontonados en Mina; y bien puede asegurarse que, si el cólera no es producido por tales causas, éstas desarrollan sus gérmenes, conducidos en estado latente por los peregrinos de las orillas del Ganges, esparciéndole y llevándole después por todo el litoral, y por no escasa parte del interior de África, Asia, Oceanía y Europa.

Imposible parece que las naciones, todas combinadas, no procuren poner límite á tan perjudiciales prácticas religiosas, y que, mientras derrochan tesoros de sangre y de dinero por disputarse unos cuantos palmos de territorio ó influencias mercantiles y políticas, no paren mientes en aquellas costumbres que rechaza la civilización, y cuya reforma está sin cesar pidiendo con los gemidos de millones de víctimas inocentes, la atribulada humanidad.

Cierto que se han adoptado acertadas disposiciones para conseguir el saneamiento de algunas ciudades de la India. Conocemos el reglamento dado por un consejo legislativo en 5 de junio de 1868, para los buques de vapor, destinados al servicio de los pasajeros indígenas, que salen de las posesiones inglesas, y el reglamento aplicable á los peregrinos de las posesiones holandesas y algunas otras medidas sanitarias, tomadas en Persia, Turquía, Rusia y Egipto; pero todo cuanto se haga será insuficiente mientras subsistan aquellas peregrinaciones como subsisten todavía, y sean el mejor vehículo para desarrollar y esparcir la epidemia por todo el mundo. Buenos son los lazaretos y las cuarentenas; pero mejor sería que no hubiera necesidad de ellos, porque se acudiría á cortar el mal en su origen; y si la ciencia no ha podido pronunciar todavía su última palabra acerca de la verdadera causa productora del cólera, quítese, á lo menos, al terrible viajero del Ganges los medios de recorrer triunfante, llevado por sus víctimas, las mejores comarcas del mundo.

J. DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.





REVISTA DE TEATROS

DE una comedia más y no de otra cosa calificó prematuramente la opinión general *El Guapo Rondeño*, último arreglo del aplaudido autor Eusebio Blasco, estrenada en el privilegiado teatro de la Comedia hace quince días, durante los cuales ni la obra ha desaparecido del cartel ni la sala del afortunado coliseo se ha visto desanimada, lo que prueba que el público vuelve en sí algunas veces del letargo en que le sumen las producciones dramáticas de la moderna escuela y sabe aún apreciar lo bueno aunque no venga precedido de esa fama confeccionada y preparada de antemano en sueltos y gacetillas ni de esos escritos debidos á reconocidas parcialidades y simpatías otorgadas á determinados *genios*, que tienen la envidiable suerte de ser preferidos y ensalzados con lastimosa anticipación, logrando únicamente con tan injusta preferencia llegar á la categoría de astros de relumbrón, que pasan sin dejar otras huellas que el recuerdo de su inmerecido halago.

No ha sucedido esto ciertamente con *El Guapo Rondeño*, y sin duda por ser un arreglo de una obra francesa no fué digno de las excelencias laudatorias que otras producciones modernas que, no por serlo, dejan de ser malas, dicho sea con la claridad que se merecen; sin embargo, la prensa y el público la hacen justicia y comprenden que es un modelo de

comedia digno de imitar, que recuerda los buenos tiempos de nuestro teatro moderno y es acreedor á que se imite, probando lo contrario que los que á tan digno arte se dedican ó no quieren ó no pueden ó no saben seguir esa senda ya trazada por dramáticos ilustres, que vivirán siempre en el estado de la literatura dramática, á despecho de los que, convirtiéndola en objeto de especulación, emborronan no sólo el papel en que escriben sus elucubraciones y plagios, sino también la memoria de los laureados vates que tantos días no lejanos de gloria dieron á la española escena.

*
* *

Uno de nuestros más rigurosos y contemporáneos preceptistas define la comedia diciendo es *Imitación, diálogo (escrito en prosa ó verso) de un suceso ocurrido en un lugar y en pocas horas entre personas particulares, por medio del cual y de la oportuna expresión de afectos y caracteres resultan puestos en ridículo vicios y errores comunes en la sociedad, y recomendadas por consiguiendo la verdad y la virtud.*

Definición, en nuestro concepto, digna de tenerse en cuenta, que no debe darse al olvido y que fué admitida y practicada por escritores que vieron coronados sus trabajos por éxitos tan unánimes como merecidos.

Ajustada en parte á sus rigurosos principios encontramos la obra que mueve nuestra pluma, si bien, á decir verdad, falta á algunos de sus preceptos, y olvida otros que deben de tenerse en consideración; pero no por eso dejan de estar á mayor altura de cuantas han visto la luz en la temporada teatral, próxima á su fin.

La base de la acción es inverosímil á todas luces, y el problema que trata de resolver, oscuro y poco común; circunstancias que, sin el tino y maestría con que están salvados, pudieran haber producido un evitable fracaso, lo que no sucedió efecto de que el interés de la acción no decae ni por un momento, el espectador no adivina el desenlace; podrá presumirlo, pero no asegurarlo, y de conjetura en conje-

tura, su atención permanece siempre viva, la duda le acompaña en todos los episodios de la fábula y sin fatiga y sin esfuerzo llega á un final lógico y verosímil.

¿Cómo se verifica esto? En primer término, porque la verosimilitud no es indispensable que nazca de que el suceso sea lo más semejante á su realización natural, sino que basta se desprenda del enlace y sostenimiento de unos incidentes con otros y deducidos de los caracteres de los personajes, lo que se verifica en la comedia que nos ocupa; en segundo lugar, porque la comedia ha de ser la imitación, no la copia de lo natural, y sin defender el idealismo, más propio de la tragedia y de otra clase de composiciones, al autor dramático no puede desposesionársele de la imaginación. Es el artífice, que de los deberes materiales que la naturaleza le ofrece, escoge y combina los más adecuados y propios á su objeto, sin desfigurar la realidad, sin faltar á la verosimilitud, ya sea moral ó material, y sin descender á lo hediondo del vicio ni remontarse á los ideales de la fantasía; imita, pero no copia; si así lo hiciera, resultaría, como forzosamente resulta en los tan decantados engendros del realismo (como se le imaginan sus más acérrimos sectarios), más que una obra dramática, un folleto ó un artículo satírico puesto en acción, lo que está muy distante de la comedia y del drama en sus genuínas aspiraciones. Por último, si bien las reglas de la rigurosa unidad de acción no se observan, puesto que del primero al segundo acto transcurre el espacio de un año, esta omisión se salva no amontonando inconexos episodios que confunden la acción, ni intercalando otras que oscurecen la principal, sino que, por el contrario, sigue sin interrupción, clara, sucinta y breve, que es á nuestro juicio la síntesis del precepto indicado; y que no siendo este su sentido, nos parecería absurdo, siempre que el autor no se salga de lo natural, lógico y posible.

Adornada de tan indispensables requisitos, la obra abunda en situaciones de primer orden, rodeadas de envidiable sencillez y verdad; es una escena familiar, conmovedora, sin acudir á extravagantes y rebuscados resortes, sin que la frase altisonante ó culterana ponga de relieve el vicio, y cante

el diálogo, como por desgracia se acostumbra, himnos gongorinos de la inmoralidad y el crimen.

Esponáneamente, sin forzados recursos, sin contraproducentes resortes camina la acción á su fin, ayudada por el desarrollo de caracteres perfectamente trazados, que no repugnan pero compadecen, que inspiran interés y no aversión, que atraen y no repelen, que impresionan pero no aterrorizan.

La exposición es breve y clara; la presentación de Vázquez, amigo antiguo del protagonista; la idea de que Andrés, hijo de éste, es suyo, acusando tal suposición haber lesionado una amistad sincera y entrañable; el contraste que presentan los caracteres de Andrés y Manolito; la simpatía que el Guapo Rondeño experimenta por aquél, adornado de ejemplares condiciones, que son la antítesis de las que reúne Manolito.

La escena del segundo acto entre éste y su padre, el efecto que le hace la concesión espontánea del dinero que le pide, los celos que le ocasiona la preponderancia que Andrés adquiere en la familia, cuya fortuna aumenta.

Los amores entre éste y Elvira, sobrina de Carvajal y prima de Manolito.

El final del acto con el duelo de los dos muchachos, y la situación en que se coloca.

La escena del tercero entre Manolito y su madre, la que sigue después entre éste y el Guapo Rondeño, en el que se descubre el secreto de su vida, que Andrés escucha, y las que se suceden hasta la terminación de la obra, prueban un exacto conocimiento del corazón humano, manifiestan esas diversas sensaciones que dominan á la humanidad en los momentos más culminantes de la vida familiar y en otros accidentes que á todos pueden suceder, y que no son hijos de una imaginación acalorada, sino de un entendimiento claro, de un corazón que sabe sentir, de un razonamiento sensato que nace de un cerebro bien organizado y de un estudio imparcial y detenido de la sociedad moderna.

Los deplorables resultados de una educación descuidada enfrente de los que produce la que fué atendida con solícito

esmero; el pesar que origina no poder dar nombre al hijo que se distingue por su talento, aplicación y desinterés, y la repulsión del que hunde el nombre paternal en el lodo del vicio y de la crápula; el remordimiento de una falta cometida abusando de una amistad entrañable y sincera, al lado de la confianza que nace de un corazón nacido para el bien y la práctica de la virtud; la preferencia que da el amor al hombre que sabe adquirirse una posición con el trabajo, despreciando al que sólo sabe derrochar lo que nunca supo adquirir; el amor maternal conociendo las faltas del hijo á quien adora, reprendiéndolas, sintiéndolas y disculpándolas, y el amigo sincero que toma parte activa en las vicisitudes y penas de la familia, que tan honroso título le otorgan, son valiosos elementos que hábilmente combinados, han producido una comedia que nos recuerda las muchas que esmaltan las preciosas páginas de nuestra literatura dramática.

Si elogios imparciales merece el arreglo del Sr. Blasco, y así se los tributamos, no los merecen menos los actores encargados de su interpretación. Mario, Romea, Aguirre, Rosell, Sánchez de León, la Fernández y la Srta. Martínez estuvieron á grande altura; hace mucho tiempo no hemos visto un conjunto tan perfecto y acabado; ninguno rompía esa armonía envidiable que requiere el acertado desempeño de una comedia; ninguno se extralimitó del genero que interpretaba; ni los gritos desaforados, ni la exagerada acción, ni los resabios á que estamos por desgracia acostumbrados, se notan en ninguno de los actores; todos, todos sentían el personaje que representaban; todos merecen nuestros humildes, pero sinceros aplausos.

Pocas veces se ha armonizado de un modo tan admirable el mérito de la obra con el de la ejecución.

*
* *

Alguna semejanza, aunque pálida, se nota en el argumento de la obra anterior y el de *Un buen hombre*, drama estrenado en la Zarzuela, y el que á diferencia de aquél venía precedido de gran fama, y sobre el que se hacían comenta-

rios y augurios que fueron suficientes á salvarle de un naufragio tan cierto como merecido.

De nada sirvió que la empresa diera la voz de alarma gritando como los antiguos: ¡plaza! ¡plaza!; grito entusiasta que hizo retirar del escenario *Mártires ó delincuentes* y patentizó el poco acierto de la dirección artística en la elección de obras, á la vez que confirmaba una vez más *que el fin de la envidia es ofender y su efecto ensalzar*, y así sucedió; el *Buen hombre* vino á aquilatar y no á disminuir el mérito del drama de Pleguezuelo, á despecho de los pronósticos de la empresa; su permanencia en el cartel en contra de la voluntad del público, que se retiró cansado y soñoliento, protestando contra un hacinamiento de sucesos incoherentes, de escenas inconexas, caracteres falsos, efectos y personajes risibles, resortes inocentes, escenas lánguidas, falta de movimiento y sobra de amor propio en el autor incógnito de tan desgraciado engendro, que se figuró podía hilvanar en poco tiempo y como de paso un drama cuyo fin principal era la resolución de un problema difícil en extremo, trascendental y que requería más estudio y detenimiento.

No negaremos nosotros que al través de tan enigmático y oscuro argumento se descubre un autor de nota, ni tampoco que al lado del poco acierto que se nota en el desarrollo de la acción resaltaba una esmerada interpretación digna de mejor suerte, en la que Vico, á la par que dió á conocer sus envidables condiciones, nos convenció de que no hubiera estado de más que los esfuerzos que entonces hizo en pro de la obra, se echaran de menos en la de Pleguezuelo, error tristísimo en que cae con frecuencia tan distinguido actor, olvidando que no estriban los éxitos en la fama del actor, sino en la bondad de la obra, y que el artista se debe al público que juzga y paga, en primer lugar, y después al autor, sin que el nombre más ó menos esclarecido le inhiba del estricto cumplimiento de su deber, como lo reconoce y practica con general contentamiento la Srta. Mendoza Tenorio, que estuvo á la misma altura en esta producción que en cuantas se encomiendan á su notable desempeño.

*
* *

Terminadas las representaciones en el Español del casi proverbio del Sr. Echegaray, se verificó el beneficio de la señorita Calderón, que con tantas simpatías cuenta, y que es, sin temor de equivocarnos, una de las actrices que con más fe y entusiasmo sigue la difícil carrera á que consagra sus incesantes desvelos. Tanto en la *Torre de Talavera*, leyenda puesta en acción, más que drama, como en el bien escrito monólogo del Sr. Mosquera, como en la preciosa comedia de García Gutiérrez, *Crisálida y Mariposa*, la siempre aplaudida actriz recogió uno de sus más legítimos triunfos; flores, aplausos y valiosas dádivas premiaron sus esfuerzos y añadieron una perla más á su triunfante corona artística; nosotros la enviamos la más sincera felicitación.

Sin obras nuevas, y no porque el Sr. Ducazcal cierre sus puertas al elemento joven, sin querer *acosar* al público con obras de repertorio, el antiguo Corral de la Pacheca ha recibido entre sus brazos la *Pata de cabra*, magia tan antigua como apreciada y que trae un recuerdo agradable á cuantos hoy figuran en las primeras esferas de la sociedad, y que si hoy encuentran la realización de sus sueños escalando altos puestos en la literatura, en las ciencias, las artes, la política y la industria, cifraron en su infancia una de sus más risueñas esperanzas en asistir á tan variado espectáculo, que viene á ser el ayer de los viejos y el hoy de los niños.

Puesta con el lujo y aparato que acostumbra la empresa, no se sabe qué admirar más, si las preciosas decoraciones de Muriel y Lemonis, los bonitos bailes dirigidos por Moragas, ó el gracejo con que Mariano desempeña el papel del ínclito D. Simplicio. Tanto éste como la Sra. Cirera, Varela y los Sres. Balaguer, Altarriba, Cirera y Castro, merecieron justos y merecidos aplausos. Sensible es que la escena que presenció los triunfos de Lope, Calderón, Tirso, Moreto y Alarcón, se vea ocupada por los trastos de una magia; como no hay muchos que escriban *Pasionarias*, género que si no muy dramático, es muy aplaudido, hay que conformarse con las circunstancias y tomar el tiempo conforme viene.

*
* *

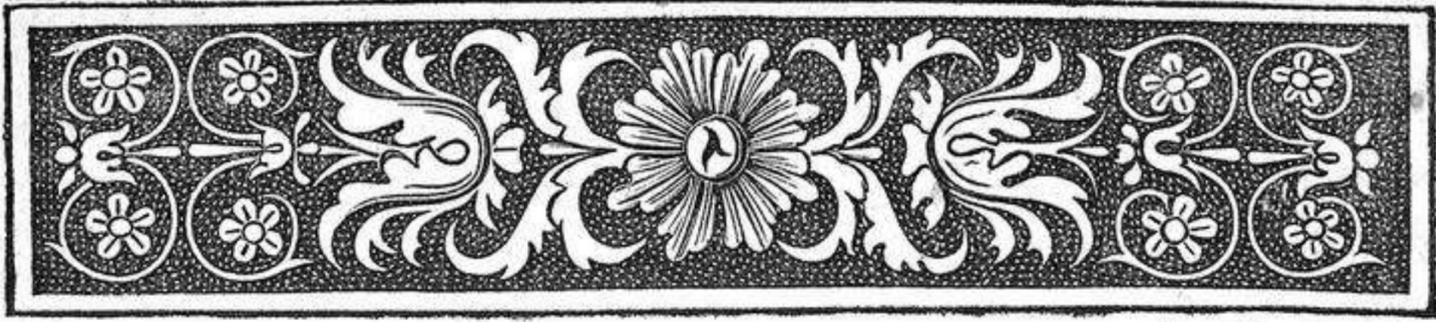
Nada diremos por hoy de los demás teatros, porque cumple á nuestro deber ocuparnos de otro que no por estar oculto en un rincón de la calle de Lepanto, deja de ser una maravilla artística que honra al genio que le dió nombre; aludimos al *Liceo de Piquer*.

Contemplando sus muros ornados con preciosas pinturas que cuentan los progresos y origen del arte dramático, y admirables esculturas que representan los más célebres dramaturgos de la época clásica de nuestro teatro, esperábamos en la tarde del domingo 17 á que el telón del proscenio se alzase para aplaudir el molde de hacer comedias, ó sea la titulada *El hombre de mundo*, admirable producción del inmortal Ventura de la Vega, admirablemente interpretada por su hijo Ricardo, acompañado de las Sras. Balmaseda, Muro y Cortés y los Sres. García, Ortega, Flores y García Marín; cuanto en su elogio se diga parecería exagerado, siendo realmente pálido; alegría y tristeza nos produjo aquel inimitable modo de hacer, que demuestra que si antes había mejores actores que aficionados, hoy la oración se cambia en pasiva; así lo comprendió la escogida reunión que llenaba aquel templo del arte.

¿Quién interpretará hoy esta comedia?—decía uno.—Los que la están interpretando—respondió otro,—y no se equivocó; no esperamos volver á ver *El hombre de mundo* como entonces; mucho agradecemos á la Sra. de Piquer su fina atención, y no podemos menos de alabar su entusiasmo por nuestro teatro.

RAMIRO.





CRÓNICA POLÍTICA

INTERIOR.

Ni el efecto de sorpresa y pasmo de los *cuentos maravillosos* de Hoffman, ó de las fantásticas narraciones de *Las mil y una noches* podría ponerse en paralelo, allá dentro de un siglo ó de dos siglos á lo más, con la impresión que en el ánimo de las generaciones venideras habría de producir un libro que con estricta fidelidad histórica se escribiese bajo el siguiente título: *De cómo hacían política los partidos liberales españoles en el último tercio del siglo XIX.* ¿Hay, en verdad, nada más injustificable y anómalo que la impaciencia de que se sienten poseídos, el pesimismo á que se les ve arrastrados, la ira que les domina y el maquiavelismo en que se inspiran, apenas pasan las riendas del poder á manos de sus adversarios? Ellos obtuvieron el mando en circunstancias en que sólo el sabio ejercicio de la prerrogativa regia pudo hacerles mercedores de aquella confianza; ellos trajeron unas Cortes de amigos, de las que con especial esmero procuraron alejar todo elemento que hubiera de hacer peligrosos los fallos de la representación nacional para el éxito parlamentario de la desatentada política que iniciaron; ellos fueron árbitros y señores en las esferas oficiales, donde no encontraron el menor obstáculo á sus

planes. Los conservadores, sus émulos y rivales, limitaron su oposición á la noble y franca actitud del que todo lo fía á la influencia de sus doctrinas salvadoras: ni una protesta, ni una amenaza, nada que pudiera traducirse como desahogo de cansancio ó descontento...

Sancionando una vez más sus tradiciones, los liberales riñeron entre sí: brotó de sus disputas una formidable disidencia de ideas y de personas; los unos querían retroceder y los otros avanzar; entonces los conservadores permanecieron encerrados en sus tiendas, sin tomar parte en la reyerta, cuyo desenlace esperaban únicamente á título de espectadores. Si algo hicieron fué con el desinteresado propósito de mediadores leales: toda gestión de avenencia resultó, sin embargo, estéril, y con tal motivo, por el orden lógico de los sucesos, por necesidades políticas indiscutibles, por ley suprema de Estado, los espectadores se convirtieron en herederos. Los liberales se habían empeñado en demostrar que, rota en girones su bandera, latente entre ellos el espíritu de indisciplina, faltos de norma para gobernar el país los que no había logrado gobernar su partido, eran impotentes y estaban desautorizados en los consejos de la Corona. ¿Á quién se oculta todo esto? ¿Quién duda que la vuelta del partido conservador al poder en los momentos que aun estamos atravesando ha sido consecuencia legítima y forzosa de la descomposición del bando liberal, trabajado por sensibles descalabros y profundos disentimientos? Desde el punto en que el Monarca tuvo que elegir una de dos fracciones liberales para entregar el decreto de disolución de unas Cortes, con las que ninguna de aquellas podía pretender mandar tranquila y desembarazadamente, S. M. no tuvo otro remedio que llamar á su lado al único partido disciplinado, compacto y numeroso, con principios fijos y significación é importancia indisputables. Pocas veces una crisis ministerial ha tenido solución tan razonable y fundada como la crisis de enero último.

Tocaba ahora á las huestes liberales proceder con exquisita parsimonia, practicar cierta austeridad de conducta, como paliativo y atemperante después de los desenfrenos pasados. Sobre todo, conveníales ver de reanudar las relaciones de

familia, reconstituyendo el organismo, maltrecho y quebrantado, de sus fuerzas. ¿Es esto, sin embargo, lo que pretenden?

Importa precisar con perfecta exactitud la tendencia á que responde, en sus últimos desenvolvimientos, el proyecto de aunar fuerzas y voluntades, que, según parece, va abriéndose camino entre los diferentes adversarios del partido conservador.

Desde luego es para éste valioso timbre, que acredita su preponderancia, el hecho de que, á fin de encontrar la posibilidad de derrocarlo, tengan que unirse frente á él, en apretado haz, todos, absolutamente todos sus enemigos, convencidos de que cada una de las fracciones que constituyen es impotente por sí sola para llamarle á combate en campo abierto y con la visera levantada. Hay que pasar por la mengua de que acampen bajo las mismas tiendas, arriando las distintas banderas que les separaban, los elementos más hostiles y enconados entre sí, los ejércitos que más encarnizadamente riñeron no hace mucho, aquellos entre quienes median abismos de ideas y antagonismos de personas tan profundas, que, para salvarlos, hubiérase creído indispensable uno de esos milagros que, alterando las leyes de la naturaleza y el orden de los procedimientos de la vida, pudieran dar al traste con todo lo que, aun en estos tiempos de incredulidad y mala fe, representa y significa algo fundamental y característico con relación á las agrupaciones y á los individuos... Un momento ha habido en que el milagro estaba en vías de realización. No es envidiable ciertamente la gloria que de él reportaran sus autores.

Se trataba, no de fundir en un solo credo las opuestas inclinaciones de constitucionales é izquierdistas, centralistas y demócratas; no de erigir de una vez, sobre bases sólidas y con doctrinas definidas, el gran partido liberal monárquico, destinado á compartir con el conservador el pacífico turno en el poder: esto sería plausible y quizá por ello se hallaba hoy á cien leguas de la realidad del momento; se trataba meramente de sumar rencores y amontonar rencillas; de falsificar un conjunto, formado por los más discordes componentes; de destruir á todo trance, sin contar con recursos para edifi-

car después; se trataba de una obra de piqueta, creyendo que para ella bastaría amalgamar descréditos y desprestigios, como lema de unidad de miras y comunidad de intereses. El pacto político en estas condiciones es descaradamente inmoral. El Sr. Sagasta lo ha dicho más de una vez con acento solemne rechazando toda coalición entre entidades antitéticas.

Norabuena que ciertos elementos se abstengan de tomar parte en la campaña electoral, más bien comprendiendo la esterilidad de sus esfuerzos para atraerse el voto de la opinión, decididamente contraria á sus pretensiones absurdas ó criminales, que en son de protesta, falta de autoridad y resonancia; norabuena que los grupos afines en ideas depongan divergencias accidentales y funden sus aspiraciones en el crisol de una fácil y honrada transacción; norabuena que cada partido, cada fracción, cada hombre público trabaje sin descanso por el triunfo de su causa; pero buscarlo en la presión del número; demandarlo á la fuerza de la imposición; ampararse de lo monstruoso, sacrificando todo género de consideraciones y atropellando toda especie de respetos, esto equivale á firmar un acta de deshonor, á consumir un suicidio, á perder el menor derecho á la dignidad política, la primera de las garantías necesarias para aspirar al gobierno de los pueblos.

La coalición electoral fracasó, apenas fué sometida á debate. Entonces surgió otra idea maquiavélica.

*
* *

Los amigos del Sr. Sagasta, recordando los resabios del progresismo agitador y bullanguero, acarician con júbilo el deseo de promover una algarada, manifestando el desagrado de una mayoría parlamentaria que no sabe lo que piensa ni lo que quiere más que cuando se trata de pedir el poder á todo trance; en cambio, los diputados adictos al Sr. Alonso Martínez, más sensatos ó menos enconados, estiman el medio injustificado y violento y protestan de que á él se apele para cohonestar una derrota de la que son autores responsa-

bles los mismos que contra ella se revuelven despechados. Lo que esto indica es que los constitucionales, intolerantes por naturaleza, son incompatibles con todo lo que no signifique su preponderancia absorbente en las esferas oficiales. Para escalarlas, se pliegan, se achican, son dúctiles y suaves si así consiguen mejor el logro de su deseo; ó amenazan, vociferan y se imponen si creen que por este camino han de llegar con más holgura á la meta de sus aspiraciones incessantes. Ahora reinciden en aquellos procedimientos que tan graves consecuencias ocasionaron en otras épocas, por atentatorios á lo que es fundamental en el régimen representativo, de cuyos resortes pretenden valerse, y por peligrosos para los partidos que en tales aventuras comprometen su respetabilidad y hasta sus derechos.

¡Cuánto contrasta esta actitud de los caídos de hoy, impenitentes y rebeldes en su desgracia, por sus propios desaciertos acarreada, y la actitud noble, siempre leal y sincera de los caídos de ayer, los conservadores, respetuosos, dignos, entusiastas panegiristas de la prerrogativa regia, que creyó llegada la oportunidad de confiar las riendas del Gobierno á los que de ellas se han desprendido por debilidad é impotencia, por impericia del mando y disentimientos de ideas y personas!

Cuando la formación del primer Gabinete Sagasta, los amigos del Sr. Cánovas del Castillo, que figuraban en imponente mayoría en ambas Cámaras, no imaginaron siquiera la posibilidad de cohibir la libérrima voluntad de la Corona con acto alguno que pudiera alentar á los comunes enemigos de todos los partidos verdaderamente monárquicos. ¿Qué exclamaciones no hubieran lanzado los fusionistas, qué acriminaciones é improperios no hubiesen acumulado sobre los conservadores, apellidándoles avaros del poder, falsos apóstoles del orden, hipócritas defensores de la monarquía, si con mejores títulos que hoy los sagastinos, porque al cabo los conservadores no han estado nunca divididos, se hubieran arriesgado á hacer una manifestación, la más tímida y sencilla respecto del término de la crisis de febrero de 1881?...

Aún no hace mucho que los flamantes paladines actuales

de la protesta parlamentaria rechazaban indignados cuanto pudiera traducirse respecto de la izquierda como deseo inmoderado de cumplir en el poder las promesas que después de todo los amigos del Sr. Sagasta habían compartido en primer término para orientar la nave del Estado por los mares del progreso, de las reformas, de la democracia y de la libertad. Se les hablaba de la defección que faltando á estos compromisos habían cometido y empezaban por invocar todas las inmunidades, hasta la del trono, para dificultar la resonancia de la acusación que, en polémica de razones, ni podían destruir ni atenuar.

Y es que á medida que el tiempo avanza y las elecciones se acercan, los fusionistas van descubriendo más nubes en el horizonte de sus futuros destinos, y por consecuencia, su honor se ennegrece, su bilis se exalta y su lenguaje se descompone. Nada más curioso que el espectáculo que ofrecen en sus conversaciones privadas. Todas las tardes se reúnen candorosamente unos cuantos amigos y paniaguados del Sr. Sagasta en la Presidencia del Congreso; donde el jefe de la fusión escucha las quejas de los descontentos y alienta las murmuraciones de los despechados. Allí se habla mal del Gobierno, en general, y del Presidente del Consejo y Ministro de la Gobernación en particular; allí se fantasean las más peregrinas historias de arbitriades electorales, cometidas con irritante tiranía en contra de esos populares representantes del país, que en las Cortes suspensas han legado al *Diario de sesiones* el glorioso recuerdo de unos cuantos apellidos, hasta la fecha incógnitos; allí se acarician halagüeños proyectos para un porvenir que, como Mambrú, no se sabe si vendrá por la Pascua ó por la Navidad; allí, en fin, se supone que sus inocentes entretenimientos preocupan y turban y conmueven al ilustre jefe del partido conservador, á quien los maldicientes creen—¡qué más quisieran ellos!—pendientes de sus chichiveos y cuentos de vecindad, y de quien aseguran que se ha tomado la molestia de calificar de *club* sus reuniones y que ha amenazado con disolverlas—¡si serán soberbios los que tanta importancia se atribuyen!—oído lo cual, dicen que dijo D. Práxedes con gesto olímpico y trágico ademán:

—Defenderé esta barricada, digo, este despacho, con la Constitución en una mano y con un arma en la otra, si es preciso.

Génio y figura...

Por supuesto, que el Sr. Sagasta es tan severo y autoritario con los suyos, que en la cuestión de la asendereada protesta ha acabado por pronunciar las siguientes auténticas palabras:—Se hará lo que debe hacerse.—Conviene que pensemos...—objetó uno.—No se molesten VV. en pensar—le contestó:—en asuntos de conducta del partido, *pienso yo por todos*.

Si al Presidente del Congreso le parece oportuno que las mayorías se reúnan, se reunirán, y si no, no. Este es el estado de las cosas. ¿Quién puede adivinar cuáles serán los móviles decisivos de su acuerdo inapelable?

Alguien supone que entre los varios medios sometidos á estudio, para ver de dar un golpe de mano al Gobierno, existe uno, en verdad no muy ingenioso, pero en cambio descaradamente extragubernamental y revolucionario. Consiste en retirar sus candidaturas para diputados todos los fusionistas y trabajar por que los votos que en los diferentes distritos hubieran de secundarlas, recaigan, por acumulación, en favor del Sr. Sagasta. Éste, una vez electo en tales condiciones, asistiría á la primera sesión de las nuevas Cámaras; formularía en ellas una protesta acusando de... sabe Dios de qué, al Gabinete Cánovas, y pausada y solemnemente se retiraría del salón para no volver á concederle los honores de su interesante presencia. El plan es tan descabellado, que sólo como muestra de los extremos á que se abandonan sus autores, puede estamparse en letras de molde sin comentario ni correctivo de ninguna clase. No los necesita.

Otros afirman que la idea de la reunión de las mayorías y todo lo que acerca de la misma se susurra no responde más que á un objeto egoísta de parte de los que, para las próximas elecciones, pretenden contar con el apoyo de las corporaciones populares: el intento no es más que una amenaza, en cuyas redes tratan de sorprender al Gobierno, obligándole á precipitar la disolución de Cortes y la convocatoria con-

siguiente. Así impedirían que sus elementos se debilitasen por el trascurso de un período más largo de tiempo.

*
* *

En punto al alejamiento en que, con relación á la izquierda, se supone al Sr. Martos, fácil es precisar en qué consiste y á qué obedece. El ilustre orador demócrata está conforme con que las manifestaciones apuntadas en el Mensaje de la Corona, á propósito del sufragio universal y la revisión constitucional, sirvan de base para una conciliación de todos los elementos liberales; pero no con que de ellas se haga bandera y programa del nuevo partido reformista. Éste, á juicio del Sr. Martos, debe sustentar principios aún más radicales y decisivos, siquiera se limite á proclamarlos como ideales, á cuya realización aspire progresivamente, con arreglo á las circunstancias, sin pretender implantarlos desde luego. ¿Cuáles son estos principios? Toda la Constitución de 1869, todo lo que representa el credo democrático en su pristina pureza, ajustado á la coexistencia de la institución monárquica. Basta refrescar el texto del discurso que el *jefe suelto* de la izquierda pronunció en el debate con que el Congreso puso término á sus tareas, del cual aparece lo siguiente: que el Sr. Martos cree que el sufragio puede establecerse «con aquellas ponderaciones propias *para que no prevalezca la brutalidad del número* y para que tengan la debida y equitativa representación todas las clases sociales;» que la monarquía es «la base firme, el fundamento capital, la garantía consistente de todos los intereses sociales enfrente de las fluctuaciones y de los peligros que puede ofrecer dentro del régimen monárquico el ejercicio del sufragio universal;» que «el poder judicial es una expresión de la soberanía, en la cual reside el derecho de juzgar; y el poder legislativo esa expresión de la soberanía, en la cual reside el derecho de legislar, y el poder real es conjunto de expresiones diversas de la soberanía misma, teniendo juntamente con el poder ejecutivo los delicados atributos del poder moderador, parte en las funciones judiciales por el indulto y parte en el poder legislativo por la iniciativa y por la sanción; de tal suerte que en la esfera del

derecho la monarquía es la síntesis y la suma más grande de atributos y de expresiones de la soberanía nacional, y en la realidad es algo más grande todavía.»

Quien así se expresa y así explica el credo democrático, claro es que está muy lejos de apadrinar exageraciones peligrosas; no quiere que la izquierda retroceda, y al temor de que á esto equivalga su cambio de nombre y la adopción del Mensaje como programa, responde el descontento del señor Martos; pero no pretende tampoco que levante el campo y arrolle su bandera, pasándose con armas y bagajes á la república. ¿Era, por ventura, ni podía ser la espontánea profesión monárquica del Sr. Martos un pacto utilitario, *do ut des*, que que quedara anulado y sin efecto de su parte, si inmediatamente, á toda prisa, contra la lógica de los sucesos y los consejos de la política, no se le entregaban desde luego las riendas del poder? El Sr. Martos rechaza con indignación tales hipótesis.

Lo que hay es que los hombres de la izquierda no tienen todos la misma fe ni comparten las mismas aspiraciones: de ahí las suspicacias que entre sí provocan y la dificultad de que marchen unidos y compactos en todos los momentos, según que les impresionen más ó menos las exigencias de las circunstancias.

Por lo demás, decididamente zorrillistas, posibilistas y unionistas republicanos se declaran en precipitada derrota, comprendiendo que las cuarenta semanas que faltan para la aparición de su Mesías, se alargan, por fortuna, indefinidamente, según el fallo inapelable de la opinión, en un todo de acuerdo con el criterio á que han ajustado su curso los sucesos.

Aquellos demócratas avanzados, tan provocadores, tan erguidos, tan temerarios y resueltos, perdona-vidas de los meticulosos hombres de orden, amigos de la monarquía, en quien cifran la más sólida garantía del crédito público, del bienestar general, de la libertad y el progreso verdaderos, van reprimiendo sus expansiones y dulcificando sus alardes y aceptando con resignación el fracaso de sus ideas, que no se oculta á sus ojos, cerrados ya á la esperanza del cercano por-

venir, á cuyo halagador presentimiento se entregaban no hace mucho.

Basta oírles hablar de las próximas elecciones para comprender hasta dónde llega su desencanto. En su mayoría afirman que no pretenden luchar en las urnas: ellos que tan seguro triunfo se prometían del efecto de sus predicaciones en la opinión... A fuerza de complacencias pecaminosas de los anteriores Gobiernos, habían llegado á creer sinceramente que maniobraban y bullían en país conquistado: que el enemigo se les había rendido candorosamente, atado de pies y manos, sin oír siquiera las excitaciones del más vulgar instinto de propia conservación.

A tan perniciosas fantasías ha opuesto la realidad sus inquebrantables fueros: á la debilidad de ayer ha sucedido la normalidad de hoy, incompatible con todo lo que signifique mixtificación inocente ú olvido criminal del derecho constituido. No es extraño, por ello, que convencidos del error que acariciaban, tornen á sepultar sus apetitos entre el limo de las impurezas que, sin la conveniente protesta, jamás han debido salir á la superficie.

Las líneas se van esclareciendo y los campos deslindando. Vale más, á la postre, que se diga francamente dónde está cada partido, cada fracción y cada hombre político, que mantenerse en la sombra y envolverse en el misterio para presentarse un día como gentes de orden y proclamar al siguiente el absurdo y la anarquía.

El Gobierno ve con gusto que sus adversarios se definen: después de todo, entre Castelar, que, á vueltas de primorosas frases, falsifica los principios del organismo del Estado hasta hacerlos incompatibles con la estabilidad y regular desenvolvimiento de los poderes, y Ruiz Zorrilla, que avanza á la misma solución con menos retórica, aunque también con menos hipocresía, de ambos se puede prescindir sin violencia, midiéndolos por el mismo rasero de enemigos.

Cuando así proceden éstos, no es de extrañar que, por su parte, cada vez se congreguen en haz más apretado las fuerzas, hartas más valiosas é influyentes, de la derecha de la Monarquía, donde la unidad de miras contrasta asimismo con la

diversidad de aspiraciones parciales que dividen y debilitan á sus contrarios.

*
* *

En justo respeto á los incesantes progresos del derecho internacional privado, cuya importancia nadie desconoce en la actualidad, el Ministro de Gracia y Justicia ha creado una comisión de legislación extranjera que se ocupará en el cultivo de los Códigos, textos legales y jurisprudencia de España y otros países; ha organizado además en dicho departamento una interesante biblioteca de obras y documentos relativos á la materia, y ha mandado que se publique una Memoria de las alteraciones que en las leyes de los diferentes Estados se introduzcan.

Así se facilitará el conocimiento auténtico de los preceptos que rigen los intereses generales y particulares de cada nación; pudiendo formarse cabal idea de las vicisitudes y progresos de las relaciones jurídicas existentes dentro y fuera del territorio español.

La idea del Sr. Silvela, cuya realización no ocasionará gastos de entidad al Tesoro, pudiendo aplicarse al efecto recursos ordinarios del presupuesto de su secretaría, ha sido acogida con general aplauso, porque responde en realidad á necesidades por todos igualmente reconocidas y apreciadas. La respetabilidad de las personas que han de formar la comisión, es garantía, por otra parte, de que ésta ha de reportar fecundos y provechosos resultados en el concepto apetecido. Hora es de que nuestros gobernantes dediquen especial atención á cuestiones como la aludida, de verdadera utilidad práctica, con preferencia á esos menudeos de política de bajo vuelo, en que derrochan su iniciativa tantos estadistas de indisputable valer.

*
* *

Contrasta con la alegre expansión propia del Carnaval, el extraordinario número de suicidios que señalan con bola negra los días que acaban de transcurrir. A cinco se han elevado en menos de cuarenta y ocho horas los dolorosos atentados

de aquella naturaleza registrados en los fastos madrileños de la desesperación ó de la locura. La manía suicida va tomando alarmantes proporciones. Y, ¿en nombre de cuáles ideas ha de atajarse, cuando el término de la vida se mira como la radical y salvadora panacea de todos los males de este mundo, sino que á través de sus penalidades y miserias, se abra á la esperanza el horizonte infinito de las reparaciones de la justicia eterna? Sin la fe, que muestra al creyente el camino de otra patria, el suicidio es perfectamente lógico é indiscutiblemente razonable.

*
*
*

Un poco de política menuda para terminar.

Acaso es suficientemente expresiva para desentrañarla, una frase que en el baile del Real se escapó de labios de una máscara que embromaba á un fusionista: ¡Revolucionario!—le dijo.—¿Yo? Si hace tres años lo menos que soy hombre de orden—contestó el aludido.—Tú y los tuyos—replicó la dama—entendéis el orden y la fidelidad monárquica como una amiga mía entiende la virtud: es la penosa facilidad con que á la hora de comer reserva el corazón á su marido...

La máscara ha debido leer á Balzac. Y los monárquicos liberales también.—U.





REVISTA EXTRANJERA

DESCUBIERTOS quedan los grandes ideales que han guiado á algunos Ministros franceses en las cacareadas reformas de la enseñanza. Las proposiciones del ya célebre Bert, que se decían inspiradas por el deseo de completar la organización de la instrucción primaria y de mejorar la suerte de los maestros, no es en el fondo más que un instrumento de popularidad y una máquina electoral bien calculada. El gran problema consiste simplemente en convertir á los maestros en eficaces electores de la República.

El plan tiene astucia. Aquella influencia que, en los distritos rurales, se atribuía antes á los curas en las elecciones, se quiere que sea de aquí en adelante, ejercida por el maestro, convertido en poderoso agente del sufragio universal, ó sea de los comités de su distrito. Con este objeto se desea que su situación mejore de una manera notable, que su autoridad y prestigio aumenten, y que tenga por escuela un edificio monumental capaz de eclipsar la antigua casa del que fué señor de haciendas, y hasta la iglesia del pueblo.

Al mismo Sr. Bert se debe el ruinoso sistema de escuelas de lujo que tan enormes sacrificios impuso al presupuesto francés y que tan pocos resultados produce. Quiere que la escuela se convierta en verdadero templo laico, y que los

maestros sean dóciles instrumentos de las maniobras de partido.

Con lógica discurre el exministro, y hasta es de extrañar que no haya tenido en esta ocasión de su parte al gran reformista Sr. Ferry. Bien es verdad que éste verá tal vez hoy de cerca los tristísimos resultados de la dirección que como Ministro de Instrucción pública imprimió á los estudios en las diversas carreras.

El Sr. Alberto Duruy, en un artículo magistral de la *Revue des Deux Mondes*, se ha encargado de demostrar los grandes errores de los planes vigentes. «Para justificar el conjunto de la revolución escolar inventada por nuestros políticos, dice, éstos han querido negar la eficacia de los métodos precedentes, rebajando el pasado de Francia, como si antes de la era actual nuestro país no hubiese tenido un pueblo ilustrado, literatos inimitables y sabios de primer orden.»

No se ha tratado de mejorar la instrucción; se ha querido trasformarla con riesgo de perderla. Era muy fácil en la segunda enseñanza, por ejemplo, desarrollar el útil estudio de las lenguas vivas sin descuidar las muertas; pero otro era el fin principal á que tendían las reformas. Se quiso desterrar el estudio de las letras, el estudio de lo que propiamente era conocido con el nombre de Humanidades, dando todo el predominio á los estudios científicos. La ciencia pura ha sido siempre recomendada por los partidos avanzados, porque no es, como las letras y la historia, la glorificación del pasado. Por esto se quiere aplicar hasta á los elementos de las letras el método científico, y algunos filólogos de la nueva idea pretenden que la enseñanza elemental de la forma y del estilo debe sustituirse por constantes esfuerzos de la razón para *descubrir hechos*, con gramáticas científicas llenas de palabras bárbaras y teorías complicadas, sólo fecundas en contradicciones y dificultades que forman parte del conjunto monstruoso, de lo que ha venido á llamarse racionalismo en la enseñanza. La base de todas estas reformas será siempre, para los que no se dejen seducir por palabrería vana, un espíritu pedantesco y absolutamente infecundo.

Tal es el parecer del ilustre autor de los artículos de la

Revue des Deux Mondes, que tanta sensación han producido entre las eminencias consagradas á resolver los grandes problemas de la enseñanza.

*
* *

El resultado de la expedición y de las pretensiones francesas en en Tong-King son todavía un misterio. Lo que hay de cierto es que China ha tomado allí oficialmente sus posiciones, declarando al Gobierno francés que hará toda clase de esfuerzos para detener la marcha de los invasores en dirección á sus fronteras. Lo difícil es averiguar hasta dónde puede llegar la resistencia del Celeste Imperio.

Cartas muy curiosas publicadas por periódicos franceses dan por otra parte noticias sobre las operaciones, muy diversas de las que comunica el Gabinete de París. La toma de Son-Tay costó pérdidas relativamente enormes, y es de presumir que Bac-Ninh exija sacrificios aún mayores. No merecen crédito muchos de los telegramas que diariamente se reciben acerca del estado de esta plaza.

Sean los Pabellones Negros ó los ejércitos chinos los que hoy se encuentran en frente de los cañones franceses, estén ó no las tropas imperiales mandadas por jefes europeos, hállese ó no en víspera de replegarse hacia su capital los llamados hijos del cielo, es lo cierto que las dificultades de una dominación extranjera á orillas del Río Rojo no habrán concluído. Siempre quedará una población hostil que cuenta con doce millones de habitantes; siempre quedará la enemistad de China capaz de traducirse en momentos dados por nuevas acciones militares; y los franceses, sólo á costa de mucha energía, gran paciencia y continuos sacrificios, podrán hacer frente á la serie de obstáculos que todavía les esperan.

Y es que esa inquieta política republicana que sueña con factorías en el extremo de Oriente, en Madagascar y en el Congo, se extiende por Túnez, alarga la mano á Marruecos y hasta codicia sin disimulo el pobre valle de Andorra, levanta susceptibilidades en todas partes y crea, sin resultados tangibles y de continuo, enemistades muy serias.

*
* *

También las ambiciones de Inglaterra han suscitado graves conflictos en el país que riega el Nilo.

El General Gordon, á semejanza de un héroe de Julio Verne, ha llegado sin tropiezo á Khartum, siendo luego objeto de admiración y casi de escándalo hasta para sus mismos compatriotas. Ese adalid de la civilización europea, llega y pacta con el Mahdí una homérica lucha de violencias que los ingleses llaman ardides de guerra.

Lo cierto es que esas desgracias que se acumulan, esas olas de sangre, ese doloroso eclipse de la civilización en una parte del globo, esos desleales procedimientos, son poco apropósito para dar respetabilidad al nombre de Inglaterra.

Lord Gladstone ha triunfado en la Cámara por una pequeña mayoría de 49 votos, de la proposición de censura presentada por Northcote; pero esto está muy lejos de suponer un voto de confianza. No se ha querido la caída del Gabinete liberal en estas circunstancias graves, pero se quiere que el Gobierno pacifique y organice el Egipto, asumiendo todas las responsabilidades que exclusivamente reclamó y ahora le atañen. La ley de la necesidad y la lógica arrastran á la Gran Bretaña á tomar oficialmente en Egipto el poder que de hecdo viene ejerciendo.

Lord Gladstone está condenado á sostener una ocupación indefinida, á defender aquel país contra los peligros exteriores é interiores. Poco importa que haya de tolerarse el tráfico de negros en aquellas regiones bárbaras. Lo esencial es que Gordon llegue á pacificar el Sudán. No es la Gran Bretaña una de las naciones dadas á luchar por ideales.

Lo que asusta y debe deplorarse es el cúmulo de catástrofes que se vislumbran.

Muy caro cuesta á Inglaterra el codiciado camino de las Indias.

*
* *

La situación más complicada cada día en que los sucesos del Sudán colocan á Egipto y á sus protectores los ingleses, no impide que los periódicos diserten acaloradamente acerca

de otros hechos que afectan también á la política general de Europa.

Mientras que el Gabinete Gladstone sigue con ansiedad las excursiones del Mahdí y de sus jefes; mientras Sinkat y Tokar caen sucesivamente en poder de los rebeldes, preocupa también á muchos la conducta de Rusia en otras regiones del mundo. El Imperio moscovita prosigue, en efecto, su engrandecimiento por la parte del Asia, como lo prueba el hecho reciente de la anexión de Merv y la absorción definitiva de las provincias ilustradas por el valor del malogrado General Kobeleff.

Hechos de tal naturaleza habrían provocado notas terribles del Gobierno inglés en otros tiempos; pero hoy se ve obligado al silencio y finge no saber nada. Sin embargo, estadistas de importancia ven en lo que sucede síntomas de ciertos cambios en el equilibrio general del mundo ó bien direcciones nuevas perfectamente dibujadas en los grandes Estados del continente.

Entre estos síntomas se cita en primer término el nombramiento del antiguo Embajador de París, el Príncipe Orloff, para la Embajada rusa en Berlín. Este repentino acuerdo se explica por el deseo que tienen recíprocamente Rusia y Alemania de dar un giro amistoso á sus relaciones notoriamente tirantes hace algunos meses.

Es sabido que Alemania y Austria verificaban grandes concentraciones de tropas hacia la frontera rusa, y que Rusia reunió grandes masas de caballería por las fronteras de ambos Imperios vecinos. Mientras que estos preparativos militares se efectuaban, interpelado el Conde Kalnoky en las delegaciones austriacas, declaraba que Austria podía contar, en caso de un conflicto, con la cooperación del ejército de Alemania.

Hoy, por el contrario, toma gran consistencia el rumor de una próxima y amistosa entrevista que habrán de celebrar el Czar y el Emperador Guillermo, y por ésta y otras varias inducciones se llega á afirmar que el Canciller de Hierro, después de haberse guardado por el Oeste y por el Sur, trata de consolidar el Imperio germánico desarmando al enemigo

que pudiera amenazarle por el Este. En este caso, ¿podrán conciliarse las ambiciones de Austria y las de Rusia? ¿No condicionan ambos los últimos girones del Imperio otomano?

Para ello es necesario que una de ellas dirija á otra parte sus miradas, y así todo se concilia. Austria, después de haber perdido su supremacía en Alemania y sus hermosas provincias italianas, se inclinará hacia el Este, mientras que el gigante ruso dirigirá sus pasos hacia otro lado del Oriente, hacia el Oriente asiático... Para los que así calculan, Merv no es más que una etapa del inmenso campo de conquistas que á Alejandro III se ofrecen.

La prensa rusa hace, sin embargo, enérgicas protestas de desinterés en lo que concierne al Asia Central, afirmando que la anexión de Merv será la última conquista del lado de las Indias. Pero los mismos periódicos que estampan estas promesas tranquilizadoras para Inglaterra, indican al propio tiempo que se observan nuevas agitaciones entre los vecinos de los turcomanos, y que varias tribus de los distritos limítrofes del Turkestán han pedido su incorporación al Gobierno ruso. Hablan también de ciertos movimientos agresivos de los afghanes.

Pretextos no han de faltar nunca á Rusia el día en que intente añadir nuevas conquistas á las ya efectuadas.

*
* *

Más allá de los mares sigue todavía desastrosa la situación de algunas Repúblicas, que fueron provincias españolas.

El tratado de paz firmado por Chile é Iglesias, lejos de calmar los ánimos de los vencedores y de los vencidos del Pacífico, parece destinado á producir nuevas y graves complicaciones. El peruano General Cáceres, cuyo prestigio crece, no reconoce la autoridad de Iglesias. Por otra parte, Bolivia no quiere resignarse á ceder á Chile los ricos territorios de Atacama.

Entretanto, el ejército chileno, cuyo efectivo es, según se dice, de 10.000 hombres, está acantonado en Puño, y amenaza á La Paz, capital de Bolivia, cuyas tropas, unos 8.000

soldados, se encuentran en pie de guerra á las órdenes del General Camacho.

Por otra parte, la situación financiera de aquellas comarcas, inclusa la vencedora República de Chile, es extraordinariamente crítica. Dícese que el Gobierno de Santiago no tardará en verse reducido al último extremo, y que en Valparaíso la baja del papel moneda toma proporciones muy alarmantes.

Conviene tener en cuenta que, desde el momento en que se firme el tratado de paz, Chile tendrá que atender á reclamaciones colosales. Entre las graves cuestiones que ha de suscitar la anexión de las provincias más ricas del Perú, figuran, en primer término, los empréstitos realizados por esta última República.

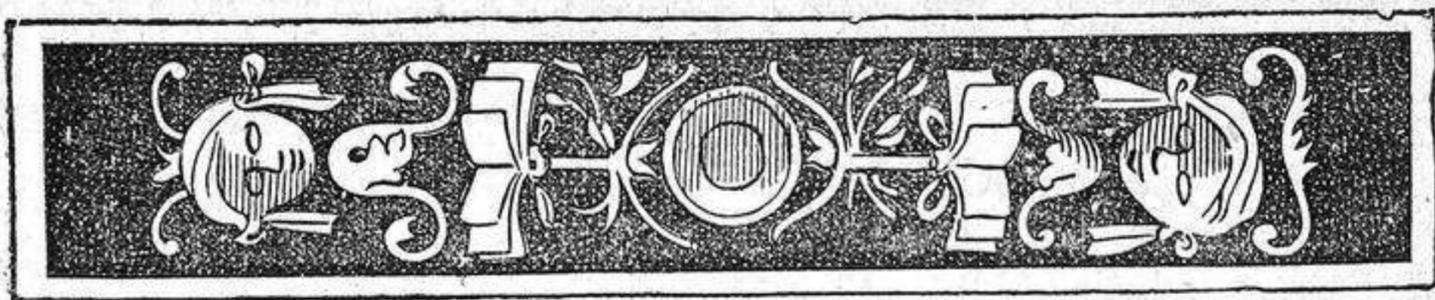
En la Cámara de Inglaterra, ya delaró Lord Filzmaurice que todos los Gobiernos europeos interesados en este asunto harán mancomunadamente representaciones al Perú y á Chile acerca del tratado que despoja de sus garantías, en provecho de esta última potencia, á los tenedores de bonos peruanos.

Es natural que el Perú tenga que limitarse á contestar que se ha visto obligado por su enemigo victorioso á firmar la paz con tales condiciones. Y Chile seguirá creyendo en cambio que las naciones europeas no han de tener el capricho de intervenir seriamente en semejantes contiendas.

¿No han de comprender al cabo aquellas Repúblicas que la guerra fratricida, alentada por sus enemigos, las empobrece, las deshonra y las mata?

S.





BOLETÍN BIBLIOGRAFICO ⁽¹⁾

Comte Paul Vasili.—*La Société de Berlín.—Augmenté de lettres inédites.*—París: *Nouvelle Revue*, 1884.
—Un tomo en 4.º de 262 páginas.

Un estilo seductor y un interés picante han sido cualidades muy suficientes para dar gran boga al libro del Conde Vasili, editado por la *Nouvelle Revue*, con el fin de poner de relieve los personajes, las instituciones, y, en una palabra, la sociedad de la capital del Imperio de Alemania.

No extrañamos que la publicación de las primeras cartas que constituyen el libro de que nos ocupamos originase vivos comentarios en la prensa europea. Eran de sensación aquellas cartas y estaban admirablemente escritas. Las que el Conde Vasili ha ido añadiendo para formar su libro son no menos curiosas que las primeras en revelaciones punzantes, y el conjunto forma un lujoso volumen de memorias, según en Francia se es-

tilaron en el siglo XVIII, pretendiendo hacer el análisis íntimo de una sociedad que no sin razón ocupa en Europa un sitio en realidad preponderante.

El libro de que nos ocupamos es un verdadero modelo de la exageración y de la travesura á que tan acostumbrados nos tienen los escritores franceses, cuando tratan de juzgar el carácter y las costumbres ajenas. Según él, Guillermo III, el anciano Emperador, es bondadoso y no conoce la vanidad; pero tiene una ambición brutal, un talento mezquino, y dista mucho de ser un gran hombre. La Emperatriz Augusta tiene algún talento, pero cree tener mucho más; tuvo en su tiempo admiradores apasionados; es hoy caritativa, pero tiene el desgraciado privilegio de quitar á sus beneficios todo su precio y de aburrir á todo el mundo. El Príncipe imperial no pása de ser un

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

padre de familia y no tiene popularidad en el ejército; han circulado sobre su conducta leyendas desfavorables, y su padre le teme y trata de anularle. La Princesa, su esposa, es una mujer universal, sabia, política, liberal, pero inconstante en sus relaciones. El Príncipe Guillermo, su hijo mayor, es un loco, calavera y amigo de aventuras fáciles.

El Parlamento de Alemania carece de patriotismo; los conservadores aceptan honores y condecoraciones para ser los cómplices del Gobierno; los nacionales liberales son ideólogos sin influencia y soñadores que no merecen simpatía. Los centralistas ó católicos, forman el partido más poderoso de la Cámara; pero también el más necio é incapaz de todos, no habiendo en Prusia más fuerza que la del Canciller.

La corte presenta la impresión que ofrecería un museo de muebles viejos, no precisamente por decrepitud física, sino por la malicia cortesana, no descollando en medio de todo más que el poder inmenso de Bismarck. El Bundesrath ó Consejo federal es una inmensa mistificación de la que las gentes se rien; el ministerio no tiene significación alguna, siendo los ministros simples fantoches que se mueven á capricho de Bismarck; el Conde de Moltke es el táctico más grande de este siglo; pero vive solitario y encerrado en su egoismo; los hacendistas de Alemania son judíos; la alta sociedad de Berlín es murmuradora, orgullosa, fútil y profundamente desmoralizada; el cuerpo diplomático, la burguesía, la prensa y los periódicos son juguetes del temido Canciller... y los grandes artistas y los grandes sabios prescinden en absoluto de Alemania y de su Imperio, no teniendo

más ideal que el adelantamiento de la humanidad.

En una palabra, el elegante libro del Conde Vasili pertenece á la encantadora literatura chismográfica de salón, que pudiéramos llamar tradicionalista en Francia y que ya conocemos mucho en España. Su lectura es de las más interesantes, pero dista mucho de servir para un curso serio de historia contemporánea.

El célebre y sabio dominico P. Didon, que ha visitado detenidamente las principales capitales de Alemania y ha hecho un estudio exegético de sus Universidades, reconoce, sin embargo, que el pueblo alemán es un gran pueblo; califica el libro de Vasili de conversación superficial y entretenida (*babardage*), y aunque muy francés, cree que Alemania es fuerte y que su fuerza proviene en gran parte del elemento joven unido en idénticas aspiraciones y de la organización vigorosa de sus universidades.

El libro francés del P. Didon formará *pendant*, según anuncia *Le Gaulois*, á la obra muy francesa del Conde Paul Vasili.

*
* *

Rubio y Diaz (*D. Vicente*).—*Elementos de Física experimental*.—Cádiz, 1882.—Un tomo en 4.º de 528 páginas.

Además de las cualidades didácticas indispensables en una obra científica consagrada á la enseñanza, se necesita gran acierto en la elección de materias, sobre todo, tratándose de una asignatura en la que de continuo se realizan tantos progresos como en la Física experimental. La mayor dificultad para el profesor es condensar en estrechos límites lo necesario, sin

dejar lagunas en su conjunto. El señor Rubio y Díaz aborda francamente sus trabajos con plena conciencia de los obstáculos en que tropiezan. Así dice en su prólogo:

«No es la Física ciencia construída, hasta ahora, con el rigor lógico de las Matemáticas; atraviesa en estos momentos un período crítico que tal vez conduzca á su renovación total, siendo imposible llegar al rigorismo que se manifiesta en las ciencias exactas; pero fuerza es conocer que cabe alcanzar un mínimo en las imperfecciones del método... Modernas teorías indican un nuevo rumbo y preparan modificación radical: sise toman como base para la enseñanza, se rompe con el pasado, se produce una revolución.... Si se prosigue la corriente ordinaria de la mayor parte de las obras que hoy se dedican á la instrucción de la juventud, se la priva de los adelantos modernos, se estanca en cierto modo la ciencia...»

Felizmente el autor de la obra de que nos ocupamos ha sabido salir airoso de tales perplejidades, adoptando un término medio plausible; esto es, dejando subsistentes los modos de ver más comunes, y aprovechando, sin embargo, las ocasiones de indicar las nuevas teorías.

Sólo un buen libro basado en los mejores principios didácticos, podía esperarse del laborioso director y catedrático del Instituto de Cádiz, profesor encargado de Ampliación de Física en la Facultad de Ciencias, presidente de la Academia provincial de Bellas Artes y expresidente de la Real Gaditana, de Ciencias y Letras. Así ha sucedido.

Esto en cuanto á la parte técnica. Tocante á la parte material, el libro del Sr. Rubio y Díaz, lujosamente

ilustrado con 550 hermosos grabados y dos láminas en cromo, no desmerece, por cierto, de los mejores textos que en el extranjero se publican.

*
* *

Doctor Ph. Hauser.—*Estudios médico-sociales de Sevilla.*—*Tipografía de Manuel G. Hernández. Un tomo en 4.º de 600 páginas, de impresión clara y correcta.*

Cuando se publicó el tomo primero de esta obra, de interés eterno y urgente para la humanidad, los hombres pensadores aplaudieron que su autor tratase exclusivamente de las condiciones médico-topográficas de Sevilla, al paso que indicaba los medios adecuados para evitar las emanaciones del suelo que contaminan el ambiente que respiramos; mas de seguro nadie pudo imaginar que la segunda parte de la científica tarèa del Dr. Hauser excediese á la primera en tanto grado, según nuestra opinión, que hiciese indispensable su conocimiento á todo el que por su autoridad ó carácter pueda ejercer benéfica influencia en la vida y salud de los pueblos.

A Sevilla en especial se refiere, no hay duda; de sus condiciones climatológicas trata en primer término; de su estado social, ventajas é inconvenientes; ufana debe hallarse la reina del Guadalquivir de tener una obra, cual no la tiene ninguna ciudad de España, en que se procure por su existencia y bienestar, se pongan en claro los males que á él se oponen, y se discurra con tanto acierto la manera de conseguirle. Ojalá contase la ruidosa villa del Manzanares con un libro como el del Dr. Hauser, que bien lo ha menester, á cambio de tantos discursos, pareceres y determinaciones, en vista de

la mortalidad creciente y falta de salud que según las estadísticas agobian á la corte.

Reconociendo desde luego el mérito local, digámoslo así, de la obra que á la mano tenemos, su científica erudición, su estudio profundo de las costumbres sevillanas, se recomienda por la universalidad de sus conceptos, aplicables á cualquier latitud y agrupación constituída en sociedad, así como sus variadas materias no hay lector á quien no interesen, aun cuando no fuera por otra cosa que por los curiosos datos que encierran, tanto bajo el aspecto descriptivo, como en el histórico y filosófico.

No pretendemos analizar la obra; para esto fuera preciso escribir un libro, y dado caso que nuestros conocimientos lo permitieran, el espacio nos falta; sólo un indicio hemos de hacer como llamada á la atención general y testimonio del instructivo recreo con que ha sabido el Sr. Hauser embellecer sus estudios médico-sociales.

Trata, por ejemplo, en el primer capítulo de las aguas potables de Sevilla, y concretándose á esto, bastaría con averiguar el caudal de que dispone la ciudad, extendiéndose al análisis de las del Guadalquivir, Caños de Carmona, Fuente del Arzobispo, Tomares y otros manantiales; pero es el caso que después de cuanto á la localidad se refiere, entra el Dr. Hauser en extensas consideraciones acerca de la necesidad biológica del agua y de su cantidad indispensable para la higiene, analizando al paso los trabajos hidráulicos de Roma, Nueva York, Londres, París, Madrid, Marsella, etc.

No menos curioso, y aun entretenido, es el capítulo segundo, referente á la alimentación de Sevilla, pues

con este motivo entra el autor en consideraciones acerca del sistema de alimentación en las diferentes clases de Andalucía, en los debatidos sistemas de alimentación vegetal, animal ó mixta para la especie humana, de la cantidad de alimento necesaria al hombre en estado de reposo ó de movimiento, en el campo ó en la ciudad, de la ración del soldado en varias naciones de Europa, de la influencia del clima en la alimentación, y muchas cosas más, tan importantes bajo el cielo andaluz, como en los círculos polares.

Llega el autor á la parte más delicada de su trabajo, pues delicado es aventurarse en el terreno en que parten lindes la higiene y psicología con la moral, ó sea tratar de la prostitución y manera de reglamentarla ó encauzarla, y aunque el Dr. Hauser se refiere á la de Sevilla, sale al encuentro un resumen histórico de aquella plaga desde los tiempos antiguos, con estudios por demás curiosos de su estado actual, especialmente en Inglaterra, donde á excepción de 14 distritos militares y navales, se halla abandonada á sí misma, con notable perjuicio de la salud pública.

Lástima es no haya dedicado el autor algunos párrafos á la organización de las antiguas mancebías en España, especialmente á las famosas de Valencia, donde sólo se permitía á las pupilas usar seda y terciopelo, y á las de Zaragoza, en cuya organización se puso tanto esmero, que se hallaban bajo la inspección de un juez especial, responsable de su buen régimen.

Los estudios que siguen acerca del pauperismo en general, y particularmente al de Andalucía, merecen fijar la atención, completando á éste el de

la beneficencia en sus tres aspectos, privado, municipal y provincial, examinando las leyes y decretos dados al efecto, y emitiendo acerca de ellos atinadas consideraciones.

La enseñanza pública en Sevilla, Andalucía y España en general, su progreso desde 1836, su estado actual y modo de mejorarle, ocupan al Dr. Hauser con tan minucioso detenimiento, que llega hasta discurrir sobre la influencia de la postura de los niños en los pupitres y bancos en las desviaciones de la columna vertebral, terminando con el examen de los últimos decretos de Fomento dictados con propósito de mejorar la situación de los maestros de primera enseñanza.

Concluye la obra un concienzudo estudio acerca de la criminalidad en Sevilla y en toda España, en que no se sabe si admirar la ciencia del fisiólogo, ó dar la preferencia al moralista pensador, que presenta los males al par que su remedio, analizando el sistema penitenciario, las colonias agrícolas é industriales, los depósitos de mendigos, con observaciones dignas de tenerse en cuenta para su perfección y buen resultado en las costumbres públicas.

Si á la parte amena y puramente literaria de la obra pasamos, no será difícil hallar cuadros de costumbres dignos de competir, con arreglo á la variación de los tiempos, con los renombrados de Rinconete y Cortadillo, Guzmán de Alfarache, el bachiller Trapazas y otros de tan vivo colorido, en que los antiguos clásicos escribieron de las cosas de Sevilla. El doctor Hauser compite con ellos en su descripción de una casa de vecindad, la cárcel sevillana en el siglo XVI, la cébre casa de los Toribios y la mono-

grafía del pilluelo de la ciudad del Betis.

En resumen: la obra del Dr. Hauser abraza en conjunto los problemas más difíciles que agitan á las sociedades modernas; expone sus causas, analiza sus males y ofrece el remedio, aplicándole á una ciudad populosa, donde como en todas las de su género, son más generales y nocivos los efectos de la tendencia á congregarse en grandes centros de población que se nota en los pueblos civilizados de nuestros días.

Si el desempeño deja alguna cosa que desear, si en los variados é importantísimos asuntos que trata se encuentra algún vacío, difícil será llenarle, pues son pocos los dotados de talento y juicio suficiente para tan ardua empresa; mas de cualquier modo, nadie podrá quitar la gloria al autor de los *Estudios médico-sociológicos*, de haber dado á la estampa una obra de que nuestra patria carecía, necesitándola en extremo, que podrá ser raíz y fundamento de otras referentes á poblaciones diversas, como esta lo es á la tercera ciudad de España.

*
* *

Manuel M. Peralta.—*Costa-Rica, Nicaragua y Panamá en el siglo diez y seis, su historia y sus límites según los documentos del archivo de Indias de Sevilla, del de Simancas, etc., recogidos y publicados con notas y aclaraciones históricas y geográficas, un tomo, 4.º, de impresión esmerada y 850 páginas, hecha en el establecimiento de M. G. Hernández, impresor de la Real Casa.*

Es de lamentar el descuido con que por lo general se ha mirado en España la comprobación histórica con

documentos auténticos fehacientes. Esta es la razón de que los extranjeros hayan venido en ocasiones á enseñarnos los hechos de nuestros mayores, alterándolos á su placer muchas veces, ó fingiendo patrañas ofensivas á nuestra nacionalidad, si la pasión se sobrepone al recto criterio. Mengua es que se recomiende WASHINGTON IRVING por su historia de los Reyes Católicos, Prescott por la de América y GACHARD por la claridad con que trata la causa del Príncipe Carlos, en los mismos países donde acontecieron los sucesos, y no porque falten minuciosos cronistas nacionales que los refieran, sino porque yacen sus obras en el olvido, y los comprobantes oscurecidos en los sótanos y desvanes de los archivos y bibliotecas, donde los extraños han ido á buscarlos, si bien comenzasen como los franceses en la invasión de 1808, por hacer cama para sus caballos con los manuscritos del archivo de Simancas, concluyendo por expoliar lo que mejor les convino.

Por fortuna se ha reconocido el mal, y lo que más vale, se acude al remedio con publicaciones como las *Cartas de Indias*, la *Historia de Felipe II*, por Cabrera, impresas bajo los auspicios del Sr. Conde de Toreno, Ministro de Fomento; los documentos del *Saco de Roma*, por el bibliotecario Villa; la obra que hoy anunciamos, y otras.

Trátase en ella de testimonios referentes al descubrimiento, conquista y población de la América central, siempre importantísima, pero mucho más desde que se proyecta romper el istmo de Panamá, convirtiendo aquel territorio en una situación tan magnífica en el Nuevo Mundo como lo es Constantinopla en el Antiguo.

Tres años ha tardado el Sr. Peralta en recoger los documentos relativos á los tres países del istmo por excelencia, mas les ha hecho un gran beneficio cuando se trata la cuestión de límites de cada uno, poniendo en claro su origen respectivo desde que comenzaron á figurar entre los pueblos cultos, á más de proporcionarles una colección de pruebas auténticas de su nacionalidad, cual pocos países logran ostentar.

El Sr. Peralta ha conseguido su objeto; las dudas que pudieran ocurrir acerca de la demarcación de los confines respectivos, quedan desvanecidas ante las pruebas testimoniales que aduce, y España bien pagada de la facilidad concedida al Ministro plenipotenciario de Costa-Rica en sus investigaciones con la publicación de documentos preciosos é inéditos acerca de parte de tanto valor de su poderío ultramarino.

Estímulo debe ser para que otro los complete con las tristes y novelescas disensiones entre el heroico Vasco Núñez de Balboa, descubridor del Mar del Sur, y el turbulento Pedrarias Dávila, Gobernador del Darién, que costaron la vida al primero, y aun más quisiéramos, que sirviera de aliciente el libro del Sr. Peralta para que se escribiese en España, y por autor español, una historia completa de América, bajo un mismo punto de vista, apoyada en los infinitos datos irrecusables que se apolillan en nuestros archivos ó que andan desperdigados en nuestros excelentes historiadores del nuevo hemisferio, según intentó hacerlo Muñoz, sin conseguir otra cosa que hacernos sentir con lo que hizo lo mucho que no pudo hacer.

No es empresa para un hombre solo, si bien único debe ser para di

rigirla; deber es de los Gobiernos proteger el intento de quien la emprendiera, auxiliarle con recursos en su constante y largo trabajo; mas éljale con cuidado, suprimanse algunas de las muchas comisiones, aun suponiéndolas convenientes, menos necesarias que presentar al mundo á la madre España cual la nación más civilizada que ha existido, y borrar de muchos incapaces de pensamiento propio, la idea de que á los españoles les movía sólo el fanatismo y la avaricia en sus prodigiosas hazañas y maravilloso sufrimiento en los trabajos increíbles que arrostraban hasta exceder á los héroes fabulosos.

El Sr. Peralta nos enseña el camino; su obra es uno de los mejores guías en la jornada; otros hay que sólo esperan quien solicite su ayuda, y quizá los mejores yacen escondidos; pero el investigador inteligente sabe donde encontrarlos; imite al Ministro de Costa-Rica y obtendrá el feliz resultado que á él deseamos en justa recompensa de su tarea.

*
* *

Soler y Arques (D. Carlos).—*Método analítico sintético aplicado al estudio de la lengua francesa.*—Un tomo en 8.º de 300 páginas. (4.ª edición.)

Con razón achaca el Sr. Soler, conocido catedrático de escuela especial, antiguo profesor por oposición de institutos provinciales, individuo correspondiente de la Academia de la Historia y premiado por la de Ciencias morales y políticas; con razón achaca la falta de resultados tangibles é inmediatos en el estudio de las lenguas, al empeño de exponer principalmente y ante todo los inmutables principios

gramaticales. «El invariable código gramatical, añade, tan necesario para perfeccionarse, es ineficaz para enseñar al que desconoce en absoluto el habla. La gramática *sola* no enseña á hablar ni á escribir tampoco. De ahí resulta un importante corolario: empezar el estudio de una lengua extraña por la gramática, es decir, empezar por abstracciones, por generalidades, por todo lo árido y más penoso, pugna con las más elementales nociones pedagógicas. No es tampoco suficiente una rutina sistemática. El secreto se halla en presentar en síntesis los materiales del idioma (palabras, construcción é idiotismos), agrupando después ordenadamente las reglas que den ideas claras y sencillas sobre el mecanismo literario del lenguaje. Primero práctica: estudio y teoría muy luego.»

¿Qué método debe seguirse en la enseñanza de una lengua extraña para obtener más fácilmente esos resultados positivos, prácticos, que son el fin del estudio? Por una parte hallamos en los libros existentes el cúmulo de reglas gramaticales, expuestas de una manera invariable en los manuales clásicos, sin más práctica á lo sumo que algunos ejemplos colocados con la antigua y enojosa monotonía de los temas, ó en caso contrario el procedimiento puramente mecánico de una repetición infinita, según el estilo en que llevó la palma Ollendorff. Ambos procedimientos son mejorables, y el Sr. Soler ha hecho arrancar el plan de sus *Lecciones de lengua francesa* en trabajos premiados en la Exposición universal de Londres y en ciertas aficiones al método intuitivo prudentemente aplicado.

Es un deber de la crítica el consignar que el libro de que nos ocupamos,

práctico en primer lugar y teórico en segundo, analítico y sintético, prestándose siempre á todas las ampliaciones que los profesores deseen según el carácter de los alumnos, nos parece sumamente acertado. Es más: no concebimos otro método más idóneo que el estudio de multiplicadas narraciones, interesantes siempre y con sentido completo, para el desarrollo práctico de la doctrina gramatical, y nos atrevemos á afirmar que es la más segura manera de aprender que tienen aquellos que se ven privados de profesor para iniciarse en el manejo de una lengua extraña ó perfeccionarse

en ella. No puede el método ser más sencillo ni menos enojoso.

Esta es la primera razón que tenemos para tributar al autor nuestros plácemes, creyendo que su libro ha de ser de gran provecho para cuantos se dedican al estudio de la lengua francesa, lengua por otra parte que es indispensable conozcan cuantas personas se precien de una educación medianamente esmerada.

No extrañamos que la cuarta edición se halle completamente agotada ni que ya esté en prensa la quinta, éxito que corrobora de una manera elocuente la opinión nuestra.

P.



INDICE DEL TOMO XLIX

15 DE ENERO DE 1884

	<u>Páginas.</u>
Incursión por la botánica, por R. Alvarez Sereix	5
Cosas de Madrid (continuación), por D. Dionisio Chaulié.	17
¶ Las bibliotecas en España (continuación), por D. Nicolás Díaz Pérez.	40
El juego de pelota (conclusión), por D. Víctor Suárez Capalleja.	70
La oda (continuación), por D. Miguel Gutiérrez.....	78
Dimitri Roudine (novela, continuación), por Ivan Tourgueneff.	95
Revista de teatros, por Ramiro.....	103
Crónica política, por U.....	110
Revista extranjera, por S.....	115
Boletín bibliográfico.....	123

30 DE ENERO DE 1884

Cosas de Madrid (conclusión), por D. Dionisio Chaulié.....	129
La oda (continuación), por D. Miguel Gutiérrez.....	152
El sufragio universal, por D. V. S. C.....	172
¶ Las bibliotecas en España (continuación), por D. Nicolás Díaz Pérez.	191
Variedades, por D. R. A. Sereix.	212
Revista de teatros, por Ramiro.....	214
Crónica política, por U.....	222
Revista extranjera, por S.....	240
Boletín bibliográfico.....	249

15 DE FEBRERO DE 1884

Inscripciones antiguas de España, por D. Bernardino Martín Mínguez.	257
// Antonio María Esquivel, por A.....	275
Tres bandos, por D. Rafael Alvarez Sereix.....	212
¡Esto vir! (poesía), por D. Víctor Suárez Capalleja.....	317
La oda (continuación), por D. Miguel Gutiérrez.....	322
Variedades, por D. R. Alvarez Sereix.....	342
Dimitri Roudine (novela, continuación), por Ivan Tourgueneff.....	349
Revista de teatros, por Ramiro.....	355
Crónica política, por U.....	363
Revista extranjera, por S.....	379

29 DE FEBRERO DE 1884

Segisamún ayer: Sasamón hoy, por D. S. de la C.....	385
// D. Antonio María Esquivel (conclusión), por A.....	404
Al siglo XIX (poesía), por D. Blas de Loma y Corradi.....	422
// Reseña crítica del teatro en algunos pueblos antiguos y modernos (continuación), por D. Mariano Amador.....	430
Las peregrinaciones á la Meca, por D. J. de Dios de la Rada y Delgado.	447
Revista de teatros, por Ramiro.....	476
Crónica política, por U.....	484
Revista extranjera, por S.....	496
Boletín bibliográfico.....	503